



A DOS ANUNCIOS DE CONQUISTARTE

© MARTINA LEIVA ©

A DOS
ANUNCIOS DE
CONQUISTARTE

© MARTINA LEIVA ©

Primera edición.

A dos anuncios de conquistarte

©Martina Leiva

©agosto, 2026

©Imágenes por Magnific

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Me encontraba en casa, delante del portátil, dándole los últimos toques a uno de mis trabajos para que estuviera perfecto antes de entregarlo, cuando me entró un correo electrónico.

Era de la agencia para la que trabajaba y, en el momento en que lo abrí, me cagué en la madre que parió a Sanani, el de las Tortas.

Valeria, mi mejor amiga y compañera de piso, que me había escuchado, vino corriendo para ver qué me sucedía.

—Te prometo que estoy hasta la coronilla de que me cambien los planes.

—¿Qué ha pasado ahora?

—¿Recuerdas el trabajo que te dije que le habían asignado a mi compañero, el de Milán?

—¿Ese con el modelo tan famoso?

—El mismo.

—Joder, si es que los hay con una potra...

—¿Potra? ¿Por estar con ese engreído? Venga ya. Potra ha tenido ahora.

—¿Por qué? ¿Se lo han anulado?

—Se lo han anulado a él y me lo han encasquetado a mí.

—¿Me lo dices de verdad? Mira que lo arreglo todo y me voy contigo.

—No te lo aconsejo porque es insufrible.

—Con esa cara, esa boca y ese cuerpo, puede ser todo lo insufrible que quiera, amiga.

—¡Cómo se nota que no lo tienes que aguantar tú!

Pero yo sabía lo que había sucedido para que se llevara a cabo ese cambio. Lo tenía más que claro.

Arturo, que así se llamaba mi compañero, el otro fotógrafo de la agencia, estaba liado con Martín, nuestro jefe directo.

Martín no terminaba de salir del armario y, para todo el mundo, estaba feliz con Marina, su novia de toda la vida. Sin embargo, de quien estaba realmente enamorado —o encaprichado, que eso no lo tenía yo tan claro— era de Arturo.

Era un celoso empedernido y, cada vez que le asignaba un trabajo, se aseguraba de que estuviera rodeado de mujeres bonitas, nunca de hombres.

En este caso, no había sido él quien se lo había asignado, sino otro de los responsables, ya que Martín se encontraba de viaje.

En el momento en que fue consciente de lo que habían hecho, y sin consultarme a mí, que además tenía libres esos días, me lo asignó por la cara.

Pero bueno, llevamos un rato hablando y todavía no me he presentado. Mi nombre es Ainoa Montero, tengo veinticinco años y soy fotógrafa profesional para una de las mayores agencias de publicidad del país.

Vivía con mi mejor amiga, Valeria, ya que mi familia se había marchado a vivir a un pueblecito de Extremadura y yo no quería perderme en la vida rural. Era demasiado urbanita para eso.

Mis padres dejaron de hablarme cuando les dije que no me iba con ellos, que no me veía viviendo allí y que quería seguir adelante con mi carrera.

—Eres una desnaturalizada, Ainoa —me dijo mi padre.

—Si no te vienes con nosotros para cuidarnos y hacernos la vida más fácil, lo sentimos, pero ya no tenemos hija —sentenció mi madre.

—Entonces, podéis recoger vuestras cosas, porque os recuerdo que esta casa es mía. La abuela me la dejó a mí —respondí bastante dolida, la verdad.

Mi padre me miró como si les hubiera dicho que me iba a trabajar a la Luna. Mi madre, por su parte, adoptó el papel de víctima doliente y se marchó mascullando hasta su habitación, donde ya tenían todo preparado.

Mi abuela, antes de morir, había puesto la casa a mi nombre porque decía que no confiaba en mis padres. Alegando que eran capaces de venderla, como habían hecho con todo lo demás.

De lo único de lo que no se habían deshecho había sido de la casa del pueblo. Y no porque no lo hubieran intentado, sino porque allí se vendía tan barata que no les merecía la pena. Mira por dónde, la iban a aprovechar ahora.

Se marcharon sin ni siquiera mirarme y, desde entonces, no había vuelto a saber nada de ellos.

Eran de esos padres que pensaban que podían manejar la vida de sus hijos a su antojo. Lo intentaron con mi hermano, que se marchó a vivir al extranjero y no había vuelto a dar señales de vida, y después lo intentaron conmigo.

Saúl, mi hermano, había estudiado bioquímica molecular y se había marchado a Suiza a trabajar. Mis padres le dijeron lo mismo que a mí, pues ya se veían viviendo como reyes a costa de su trabajo.

Él no lo consintió y se marchó sin despedirse de nadie, ni siquiera de mí. En esos momentos, no sabía dónde se encontraba, si seguía soltero o si, por el contrario, se había casado.

Entre mi hermano y yo no es que hubiera existido una relación muy estrecha, la verdad, porque mis padres se encargaron de que así fuera, haciendo distinciones entre nosotros.

Por ejemplo, él tenía que estudiar porque era el hombre y quien debía labrarse un futuro para mantener a una familia.

En mi caso, lo que debía aprender era a ser una buena ama de casa y buscarme un marido prontito para que me mantuviera y tenerlo contento.

Por cosas como esas, cuando veía que a mi hermano le daban más libertad que a mí, terminaba discutiendo con él. Eso nos fue distanciando, sobre todo durante la adolescencia.

Pero lo echaba de menos, no voy a decir que no, ya que me habría gustado que, después de marcharse, hubiéramos mantenido algún tipo de contacto. Aunque fuera un simple mensaje por Navidad. Sin embargo, eso nunca ocurrió.

En cuanto mis padres se marcharon, utilicé unos ahorros que tenía y parte del dinero que mi abuela me había legado para hacer una importante reforma en la casa y ponerla a mi gusto.

Mientras vivieron allí —y lo hicieron porque yo se lo permití—, no me dejaron mover ni un solo cuadro, porque todo aquello pertenecía a su queridísima madre. La misma con la que ni siquiera se sentaban a hablar cuando cayó enferma.

Ahora que la tenía puesta como a mí me daba la gana y, puesto que era una casa enorme, le pregunté a Valeria si quería venirse a vivir conmigo e independizarse de sus padres. Aceptó de inmediato.

Bueno, volviendo al momento en el que estábamos, le conté a mi amiga lo que había sucedido con aquella campaña y se partió de risa.

—Hija, tu empresa es como un culebrón venezolano, lleno de cuernos.

—Ni que lo digas, pero aquí a la única que han puteado es a mí.

—Ve a reclamarle.

—Claro que pienso hacerlo, pero cuando termine esta campaña, para que no pueda decirme nada.

—¿Cuándo te irías?

—Dentro de tres días. Tengo que estar en Milán el viernes para prepararlo todo durante el fin de semana y empezar el lunes.

—¿Toda la campaña será en Milán?

—Para nada. El trabajo durará un mes y será en Milán, Roma y Florencia, para terminar en el lago de Como.

—Y ahí será donde te lo vas a comer porque, si yo estuviera en tu lugar, me lo comía despacito y sin prisas.

—Y seguro que se me indigesta... ¡Quita, quita! Yo voy a trabajar.

—Eso mismo te estoy diciendo: que te lo trabajes.

—Desde luego, hija mía, siempre pensando en lo mismo. En vez de arquitectura, tendrías que haber estudiado sexología.

—Claro que sí, para analizarme a mí misma. ¿Tú sabes el tiempo que llevo sin darle una alegría a mi cuerpo?

—Pues, día arriba, día abajo, el mismo que hace que no lo hago yo.

—Y eso sí que no lo entiendo, porque, rodeada de esos bombones...

—Todavía no te has enterado de que esos bombones, en su mayoría, están caducados.

—Anda ya. ¿Cómo van a estar caducados con menos de treinta años? Si me lo dijeras a mí, por los especímenes que hay en mi despacho...

—Eso es verdad, ahí te tengo que dar la razón. Tu despacho tuvo que fundarlo el hombre de Atapuerca y dejó a sus familiares al cargo.

Valeria me miró y soltó una carcajada tan fuerte que el sorbo de cerveza que acababa de tomar salió disparado como un aspersor, dejando todo el suelo de la terraza perdido.

—Ya puedes ir a buscar la fregona y recoger todo esto, porque yo tengo que vestirme para ir a ver al fantástico de mi jefe.

—¿Qué le vas a pedir a cambio? Porque, que te quede claro, lo vas a tener que hacer.

—Eso ya lo sé. Pero lo mismo le pido el doble de lo que me pagan y, además, un mes libre cuando vuelva de Italia.

—Hija, pues pídele un crucerito para las dos, que falta nos hace.

—Claro que sí. Dos pasajes para un crucero de solteros, marchando.

—¡Toma ya! En eso no había pensado, pero no te preocupes, que esta tarde, cuando salga del despacho, investigaré a ver si hay algo interesante por ahí.

—Quita, loca, que cualquiera te dice a ti nada...

La dejé allí, en el salón, y entré en mi habitación riéndome y negando con la cabeza, porque aquella mujer era imposible.

Capítulo 2



Acababa de llegar a la oficina con mi portátil a cuestas y estaba haciendo la revelación digital de las fotografías de la campaña que había terminado recientemente.

En el momento en que tuviera todo listo, subiría al despacho de Martín. Primero, para presentarle cómo había quedado la campaña y, segundo, para pedirle explicaciones sobre el trabajo de Milán.

—Buenos días, Ainoa.

—Buenos días serán para ti, Arturo, porque a mí me han puteado a base de bien.

—Te he visto llegar y he venido a darte una explicación.

—No eres tú quien me la tiene que dar, sino Martín.

—Lo sé, pero no podría quedarme tranquilo sin hablar contigo.

—¿Te apetece una cerveza?

—Venga, que nos vendrá bien a los dos. Así nos tranquilizamos un poquito.

Dejé todo funcionando, con las fotografías imprimiéndose, y nos fuimos hasta la cafetería del edificio, que estaba en la planta baja. Nos sentamos en una mesa junto al cristal que daba a la calle.

—¿Qué ha pasado, Arturo?

—No sé ni por dónde empezar.

—¿Qué te parece si lo haces desde el principio? No tienes que contarme nada personal, solo el motivo por el que me he visto afectada por este cambio.

—Es que necesito hablar con alguien, Ainoa, o voy a terminar volviéndome loco.

—Empieza.

Arturo cogió aire para reunir las fuerzas necesarias y empezó a contarme todo lo que había sucedido.

—Fue el sábado, cuando salí a tomar algo con uno de los modelos que va a participar en la campaña de Milán. Nos conocemos desde hace mucho tiempo y nos encontramos por casualidad.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Contigo, nada. Conmigo, todo. En el mismo restaurante en el que entramos estaba Martín con Marina y parecían muy acaramelados.

—Tuvo que ser un choque para ti.

—Ni que lo digas. Ese modelo, que es bisexual declarado, al ver mi cara, no dudó en darme un abrazo.

—Uno que sentó como un tiro a Martín, por lo que he podido ver.

—No te lo puedes imaginar. Aproveché una de las veces que fui al baño para venir detrás de mí y me montó un pollo de mucho cuidado.

—¿Por qué sigues con él, Arturo? Está clarísimo que no va a dejar a su chica, que no va a salir del armario y que siempre estarás condenado a permanecer en la sombra.

—Eso mismo me pregunto yo, Ainoa, pero, cuando viene a buscarme, soy incapaz de decirle que no.

—¿Le reprochas alguna vez su relación con Marina?

—Jamás. En la vida le he dicho nada. Y eso es lo que no entiendo. Se supone que entre nosotros no hay nada serio y que cada uno puede hacer lo que le dé la gana.

—Claro, porque solo hay sexo y no os debéis lealtad ni fidelidad.

—Sí, pero, al parecer, eso solo se aplica a mí. Me reprochó que hubiera ido allí para ponerlo celoso, dijo que no iba a permitir que me liara con ese hombre y soltó muchas burradas más.

—¿Qué hiciste?

—Dejar que me follara allí mismo y salir del baño completamente destrozado, anímicamente hablando.

—Y, después de eso, él siguió con su cena y se marchó con su novia. ¿No es así?

—Lo estás describiendo como si hubieras visto la escena.

—No te entiendo, de verdad. Dale carpetazo. Tú vales mucho, Arturo.

—Eso quisiera yo, pero lo siguiente que recibí fue un adelanto de las vacaciones y un correo electrónico en el que me comunicaban que me habían quitado ese trabajo.

—Se me acaba de ocurrir una cosa.

—Miedo me das, de verdad.

—La campaña dura un mes y voy a necesitar a alguien que me ayude. Además, como se supone que entre vosotros no hay nada y vas a estar de vacaciones, te vienes conmigo.

—¿Me lo dices en serio?

—Por supuesto que lo digo en serio, faltaría más. Déjame a mí, que vamos a darle una bofetada sin manos a ese egocéntrico.

—¿Sabes que te adoro?

—El sentimiento es mutuo. Eso sí, te agradecería que me quitaras de encima al insufrible de Di Luca, por favor.

—No es como parece, te lo aseguro. Cuando lo conozcas bien, no querrás separarte de él.

—Lo dudo, pero bueno, si tú lo dices...

Terminamos lo que estábamos tomando y subimos de nuevo a nuestra área, donde ya tenía todo impreso y listo para enseñárselo a Martín.

Lo recogí y lo metí en una carpeta tipo dossier antes de encaminarme hacia el despacho del gran jefe indio, como yo lo llamaba.

Di varios golpecitos en la puerta, pues su secretaria no estaba, y esperé a que me diera paso.

Cuando me dijo que pasara, supe lo que había ocurrido allí dentro. Aquel tío era un cabrón de primera: también se estaba trajinando a su secretaria, que se recolocaba la falda en el momento en que entré.

—Dime, Ainoa. ¿En qué puedo ayudarte?

—Buenas tardes, Martín. Venía a traerte el resultado de las fotos de la campaña que hemos terminado y a hablar contigo de la nueva.

—Entiendo que te haya podido fastidiar el cambio de planes, pero...

—Ah, no, si eso me da igual. Lo que ocurre es que tengo unas condiciones para aceptar el trabajo. Como bien sabes, no es posible cambiar las vacaciones de un trabajador salvo por una causa de fuerza mayor, y este no es el caso.

—¿Cuáles son esas condiciones?

—La primera: quiero el doble de lo que se me paga por campaña...

—Hecho. Pasemos a la segunda.

—Es una campaña larga y necesito que Arturo venga conmigo. Además, me apetece muchísimo contar con él.

—Arturo tiene otro trabajo asignado para esos días.

—Mentira, porque acabo de hablar con él y estará de vacaciones.

—No, por ahí sí que no voy a pasar.

—Bueno, pues, como me vas a pagar el doble y él estará de vacaciones, lo invito a venir y le pago yo como colaborador externo.

—No te lo voy a permitir.

—Mira, Martín, vamos a poner las cartas sobre la mesa. Arturo es mi amigo y, como comprenderás, entre nosotros no hay secretos. ¿Lo pillas?

—Sí que lo pillo, pero no voy a entrar en ningún tipo de chantaje.

—¿Cuándo he dicho yo algo que haga pensar que intento chantajearte?

—Si no es chantajearme, ¿qué es lo que quieres?

—Que lo dejes en paz, porque él también tiene derecho a ser feliz. Por eso, y porque le hacía una ilusión inmensa participar en ese trabajo, lo vas a enviar como mi colaborador. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo, pero antes tengo que hablar con él.

—Me parece perfecto. Llámalo.

—En privado.

—No. Esto es un asunto laboral. Lo que tengáis en privado me da igual. Yo he venido aquí para reclamar algo que considero justo desde el punto de vista profesional.

Salí de aquel despacho con todo por escrito y firmado, como no podía ser de otro modo, porque las palabras se las lleva el viento y, con alguien como Martín, nada servía si no quedaba reflejado en un documento.

—Amigo, nos vamos a Milán. Ve preparando las maletas.

—¡No me jodas!

—Eso os lo dejo a otros. Vamos a comer juntos, que tengo mucho que contarte.

—Supongo lo que me vas a decir y sí, lo sabía. Bueno, más bien lo intuía, porque no lo tenía confirmado.

—Pues yo te lo confirmo, pero delante de un buen entrecot de ternera con patatas fritas, que mi estómago está bailando por bulerías.

Arturo soltó una risotada que se escuchó en toda la planta, sobre todo porque su estómago estaba igual que el mío y los dos teníamos más hambre que Carpanta.

Así nos encontró Martín, riéndonos mientras nos marchábamos de la empresa, y no dudó en intentar que Arturo se quedara con él.

—Arturo, me gustaría hablar contigo un momento.

—Lo siento, Martín. He quedado con Ainoa y unos amigos para comer. Me va a resultar imposible.

—¿Vas a dejar que esta mujer te manipule así?

—¿Manipularme? ¿Ainoa? Si alguien tiene ese poder, no es ella: eres tú.

—¿Me lo dices de verdad?

—Absolutamente. Nos vemos a la vuelta de la campaña, a no ser que tu novia te diga que quiere ir a pasar unos días allí, porque es la única manera que tenemos de vernos cuando estoy fuera.

Martín se quedó mirándolo como si le estuviera pidiendo la luna, mientras Arturo, con los ojos empañados por las lágrimas, se dio media vuelta y lo dejó allí plantado, sin saber qué hacer ni qué decir.

Yo había ido en coche y lo tenía aparcado en la misma puerta del edificio, por lo que Martín no tuvo tiempo de salir detrás de él: cuando quiso reaccionar, ya nos habíamos marchado.

Arturo esperó hasta que estuvimos fuera de su alcance para dejar salir todo lo que llevaba retenido. No le dije nada, tan solo permití que se desahogara como necesitaba. Ya tendríamos tiempo de hablar más tarde.

Capítulo 3



—Ya has soltado todo lo que tenías retenido, ¿no?

—Sí, no podía aguantar más.

—Pues ahora, solo lágrimas de felicidad, que ya es hora de que vivas.

Entramos en el restaurante en el que íbamos a comer y donde habíamos quedado con Valeria, que también se había unido a aquel plan improvisado.

—No quiero que me digáis nada, que hoy vengo que echo humo.

—¿Qué te ha pasado, blanca flor? —le preguntó Arturo.

—Un idiota que ha venido a encargarme un proyecto y se piensa que lo sabe todo.

—Pero seguro que está buenísimo, como todos tus clientes —le dije riendo.

—Eso siempre. En mi despacho saben que, si está bueno, es para mí; los demás, que se los sorteen.

Soltamos una carcajada porque, aunque pareciera surrealista, era una verdad absoluta, os lo prometo.

Nos contó que el hombre vivía en Italia, trabajaba para una gran empresa de biotecnología molecular y pasaba grandes temporadas en nuestra ciudad, por lo que necesitaba una casa. Pero no quería una cualquiera, sino diseñarla a su gusto.

—El muchacho se ha comprado un terreno cerquita del mar y quiere algo que, por ley, no podemos hacer. Parece que no lo entiende.

—¿Se lo has explicado?

—Amigo, me ha faltado coger una pizarra y hacerle un esquema de las leyes, te lo juro.

—Pues entonces tendrá que entenderlo, no le queda otra.

—Eso mismo pienso yo, pero no se da por vencido. Esta misma mañana ha vuelto para decirme que, si ponemos la piscina donde le hemos indicado, no podrá disfrutar de las vistas al mar.

—Envíale la ley de costas para que se la vaya estudiando.

—No te creas que no me han entrado ganas, la verdad. Bueno, vamos a dejarlo a un lado, que me enervo. ¿Vosotros habéis arreglado algo?

—Pues sí, nos vamos juntos a Milán —le dije.

—¿Me vais a dejar sola los dos a la vez? Sois muy cabrones, eso no se hace.

—Vente unos días —le propuso Arturo.

—Como si eso fuera tan fácil, chico. Podría aprovechar el puente, que, si lo uno a mi semana de vacaciones...

—¿Ves cómo tampoco es tan difícil? —le respondió él.

—Mira, ¿sabes qué? Que me voy a liar la manta a la cabeza y me marcho con vosotros. Tan solo espero poder dormir con uno de los dos, porque los hoteles, en esta época y en esas ciudades, deben de estar por las nubes.

—Habló la pobretona, como si tuviera problemas de dinero...

—No, chica, pero quiero ahorrar para comprarme una casa, que no pienso vivir eternamente en la tuya.

—Sabes que eso no es un problema. Hay suficiente espacio para las dos.

—Vale, entonces, cuando me eche novio y me quede embarazada, te pagamos un alquiler, ¿no?

—Para cuando eso suceda, lo mismo te ha tocado la Primitiva — afirmó Arturo.

—Lo que yo os diga, sois unos cabrones de manual.

Comimos entre risas y bromas hasta que llegó la hora de despedirnos, pues Valeria debía volver al trabajo y yo tenía que ir a casa para terminar de prepararlo todo, ya que salíamos en dos días.

Al correo electrónico de Arturo llegó el mensaje con el billete de avión y el nuevo contrato, en el que aparecían reflejadas las condiciones económicas. A nuestro amigo se le cambió la cara.

—Me encanta que haya cedido, pero eso significa que él se irá con su novia a cualquier paraíso y que, cuando vuelva, todo seguirá como antes.

—Seguirá así porque tú quieras. Mira, Arturo, cuando he llegado esta mañana al despacho, se estaba zumbando a su secretaria. ¿Necesitas más motivos para dejarlo?

—No, si motivos me sobran. Lo que me faltan son fuerzas.

—Ábrete a conocer a otra persona, amigo. A alguien que sepas que puede hacerte el hombre más feliz del mundo.

—Te prometo que lo voy a intentar.

—No lo vas a intentar, lo vas a conseguir, que es muy diferente. Y, para que eso ocurra, tienes que estar dispuesto a dejarlo todo atrás y abrir tu corazón.

Lo dejé en la puerta de su casa y quedamos en vernos el jueves a las cuatro para ir juntos al aeropuerto.

Sabía que Valeria sería quien nos llevaría, porque no había hecho un solo viaje sin que ella fuera a despedirme al aeropuerto.

Para ella, que yo me marchara era como una losa, porque estábamos acostumbradas a compartir las noches en el sofá, viendo nuestra serie favorita y comiéndonos una *pizza* familiar.

En aquella ocasión era todavía peor porque, por regla general, mis trabajos no solían prolongarse más de una semana o diez días, mientras que, con aquella campaña, estaríamos separadas más de un mes.

En cuanto llegué a casa, me puse a preparar todo lo que me faltaba, pues no quería llegar allí, descubrir que me faltaba algo necesario para trabajar y tener que comprarlo en Italia, donde el material solía costar bastante más y no me servía el descuento de empleado.

Lo revisé todo más de diez veces con la lista que hacía antes de cada viaje en la mano y fui poniendo una crucecita al lado de cada cosa que había guardado en su lugar correspondiente.

Estaba en ello cuando escuché las llaves en la cerradura de la puerta. Miré el reloj y no podía ser.

¿Cómo había pasado la tarde tan rápido? ¿Ya era aquella hora y no me había dado tiempo a preparar nada para cenar?

—Como si lo viera, se te ha ido el santo al cielo con el trabajo y no te has movido de aquí.

—Pues sí. He dejado a Arturo en su casa y, desde que he llegado, estoy aquí preparando el material.

—¿Cómo está él?

—Destrozado. Mi jefe es un cabronazo que se tira a todo lo que se menea, da igual que sea hombre o mujer, y, encima, intenta controlar su vida.

—Joder, y parece una mosquita muerta.

—Esos son los peores, amiga, los que parecen no haber roto un plato y llevan rotas más de diez vajillas.

—Bueno, me doy una ducha y cenamos. Ve pidiendo *pizza*, porque está claro que la cocina hoy está cerrada por descanso del personal.

—Si quieres, rebusco en la nevera a ver si puedo preparar algo.

—Anda ya, tonta, con lo buenas que están y lo sanas que son. Aunque, si quieres, pedimos hamburguesas, porque te vas a hartar de *pizzas* en los próximos días.

—Pide lo que quieras. Por mí no lo hagas, porque supongo que allí habrá más cosas para comer que *pizzas*.

—Hombre, claro. Eso sería como decir que en España solo se come paella.

Solté una carcajada mientras me dirigía al baño de mi habitación. Valeria se marchó al suyo con el móvil en la mano, buscando la aplicación de comida a domicilio con la que iba a hacer el pedido.

Nos pusimos nuestros pijamitas de verano, pues el calor ya apretaba, aunque lo peor era la humedad, que se te quedaba pegada a la piel y provocaba una sensación de lo más incómoda.

Eso era lo que menos me gustaba de mi ciudad. Cuando llegaba el verano, la humedad hacía que te quedaras pegajosa, mientras que, en invierno, a pesar de que las temperaturas no eran muy bajas, se te metía en los huesos y no había manera de quitarse aquella sensación de frío.

—He hablado con mi jefe y podría ir a veros la última semana del mes. Ya he comprado los billetes.

—¿Y si no estamos allí?

—Los he comprado abiertos para poder cambiar de destino si tuviera que hacerlo.

—Mira que eres impaciente. Podrías haber esperado a que nos instaláramos y te dijéramos la ciudad de destino.

—Me da igual, no podía esperar. Como si tengo que coger después un tren o lo que sea para llegar hasta vosotros.

—Bueno, esa también es una buena opción. Ahora cuéntame algo sobre ese hombre, el italiano de la casa con vistas al mar.

—No es italiano, es español, pero vive allí.

—¿Es español? Mira que puedes haber encontrado al hombre de tu vida.

—¿Estás loca? No voy a decir que no le daría un repasito, porque tiene un polvo... o más de uno, pero hasta ahí.

—¿Tan insufrible es?

—Te lo aseguro. No hay quien aguante a ese hombre más de diez minutos. Es egocéntrico, narcisista y está convencido de que todas las mujeres van a caer rendidas a sus pies.

—¿Y no es así?

—Claro que es así, pero él no tiene por qué ir pavoneándose por el mundo.

—Como si tú no fueras igual que él.

—¿Qué dices, chavala? Yo soy un amor de mujer a la que todos los hombres persiguen por el vaivén de mis caderas.

Mi amiga se levantó y empezó a mover el trasero mientras se dirigía hacia la puerta, donde ya habían llamado al timbre.

Capítulo 4



Fabrizzio

Había quedado con mi amigo Saúl, que acababa de llegar de España, donde había hecho una inversión inmobiliaria y se estaba construyendo una casita en su ciudad natal.

Nos habíamos conocido por casualidad siete años atrás, cuando llegó a Milán por motivos laborales procedente de la fría Suiza.

Yo, que había nacido allí, conocía toda la ciudad como la palma de mi mano y, por eso, no dudé en indicarle la ubicación de la calle por la que me había preguntado.

Resultó que iba a ser mi vecino y quedamos esa misma noche para tomar algo. Por aquel entonces, todavía podía hacerlo sin preocuparme demasiado.

No es que ahora no pudiera, pero tenía que ser más cuidadoso porque mi carrera había despegado de forma meteórica.

Era modelo internacional, las firmas se me rifaban para convertirme en la imagen de sus campañas y, por eso, en cuanto ponía un pie en una discoteca, las mujeres me rodeaban.

No voy a decir que no me gustara, porque sí que lo hacía y, en alguna que otra ocasión, había terminado en la cama de un hotel con una de ellas, pero aquello empezaba a cansarme.

—¿En qué piensas, Fabri?

—Hombre, el españolito se ha dignado a aparecer. ¿Qué tal la arquitecta?

—Me vuelve loco en el sentido más amplio de la palabra, te lo juro.

—Tengo ganas de conocerla.

—Y una mierda. Si te conoce, enseguida pasaré yo a un segundo plano, y eso no me conviene.

—Vamos, hombre, ni que fuera a lanzarme sobre ella. Ya sabes que respeto a las mujeres de mis amigos, aunque alguna se me haya insinuado.

—Por eso mismo. Porque en ti confío, pero en ella no tanto. Todavía no ha pasado por mi cama y entre nosotros no hay nada.

—Quizá, si no fueras tan cabrón y no le hicieras tantos cambios en el diseño, aceptaría ir a cenar contigo.

—No puedo evitarlo. Cada vez que veo su cara de desesperación cuando me dice que lo que pido no puede hacerse por la ley de costas, me pongo tontito.

Solté una carcajada porque él era la única persona con la que podía ser yo mismo, puesto que con todos los demás tenía que mantener una barrera.

Sé que muchos medios dicen que soy un egocéntrico e incluso que mis manías son insufribles, pero nada de eso es cierto.

Esa es la máscara que muestro ante los demás, aunque hay alguien más que me conoce bastante bien: Arturo, uno de los fotógrafos con los que suelo coincidir en las campañas.

—Espero que venga él en esta ocasión y así podamos pegarnos una buena juerga.

—Yo también, pero me da la impresión de que quien vendrá será la otra fotógrafa.

—¿Has trabajado con ella alguna vez?

—No, nunca hemos coincidido. Mis compañeros dicen que es una siesa de cuidado, como decís vosotros.

—Lo suponía, porque nunca me has hablado de ella.

—Es que no la conozco, ni siquiera la he visto nunca. Solo sé lo que cuentan.

—Tú, mejor que nadie, deberías saber que no todo lo que se dice es cierto.

—Tienes razón. Iré con la mente abierta y sin prejuicios.

—Yo no podré estar en la primera sesión, pero, en las demás, cuenta conmigo. Al menos en las que se hagan aquí, en Milán.

—Después podrías cogerte unos días libres y venirte con nosotros.

—Lo intentaré, pero no prometo nada.

—Con eso me basta, te lo aseguro.

A pesar de la relación tan cercana que manteníamos, Saúl no me había hablado de su familia, igual que yo tampoco le había contado nada de la mía. Una familia que me dejó las cosas muy claras cuando decidí dedicarme al mundo de la moda.

Mi padre, el gran Giovanni Benetti, era el CEO de una importante empresa vinícola, y mi madre, la señora Sabrina, una alta ejecutiva de una farmacéutica.

Cuando les conté que quería ser modelo y que me habían ofrecido participar en mi primer desfile, mi padre se sentó conmigo para decirme que no querían que se los relacionara conmigo.

—Fabrizzio, lo sentimos, pero no queremos que se nos relacione contigo si vas a dedicarte a una profesión tan frívola —me dijo mi madre.

—No os preocupéis. A partir de ahora, vosotros no tenéis hijo y yo no tengo familia. Y, por el apellido, no hay ningún problema, ya encontraré alguno que ponerme...

—Eso de que no tienes familia no lo voy a permitir. Tu abuela siempre estará a tu lado y te apoyará hagas lo que hagas —intervino la nona.

—Nona, te lo agradezco de corazón, pero eso significaría que mis padres también dejarían de hablarte.

—¿Crees que eso me importa?

—Mamá, si apoyas a nuestro hijo en esta locura, sobras igual que él.

—Fabri, recojo mis cosas y nos vamos.

—Abuela, no tengo ningún lugar al que acudir. Tendremos que ir a un hotel hasta que pueda encontrar algo que esté a mi alcance, porque no quiero ni un céntimo de ellos.

—Es que no pensamos darte ni un céntimo, Fabrizzio. Has sido tú quien ha elegido esta profesión —dijo mi padre, como si con eso pudiera conseguir que me retractara de mi decisión.

—Ni falta que le hace, yerno. Vamos, hijo, que yo sí tengo. Además, no me pueden negar mi parte de la empresa, porque esa la levantó mi padre con sus propias manos —le dijo la nona.

Salimos de allí con dos maletas cada uno, en las que llevábamos lo imprescindible, nos montamos en mi coche, que mi abuela me había regalado cuando cumplí la mayoría de edad, y lo dejamos todo atrás.

—Hijo, vamos a mi casa.

—¿De qué casa hablas, nona?

—De la que tengo a las afueras de la ciudad y que he conservado porque sabía que, tarde o temprano, esto iba a pasar.

—Dijiste que te habías deshecho de todas tus propiedades... ¿De dónde ha salido esta?

—Claro que me deshice de todas, pero esta la puse a tu nombre. Técnicamente, es tu casa, no la mía, aunque espero que me hagas un huequito en ella o tendré que marcharme a una residencia de ancianos.

—Por encima de mi cadáver, abuela. Esa casa es tuya y el invitado soy yo.

Mi abuela me dio la dirección exacta. La casa se encontraba en una urbanización privada, una de las más prestigiosas de la ciudad.

Cuando llegamos a la garita, el guardia de seguridad nos detuvo para preguntarnos a qué vecino íbamos a visitar, hasta que reconoció a mi abuela.

—Señora Di Luca, cuánto tiempo sin verla.

—Buenos días, Mateo. Este es mi nieto y, a partir de ahora, vas a vernos muy a menudo, porque nos mudamos aquí.

—Entonces será un placer verlos cada día.

En el momento en que Mateo levantó la barrera de seguridad para dejarnos pasar, lo tuve claro: ese era el apellido que quería para mí. Y así se lo hice saber.

—Nona, ya sé cómo me llamaré artísticamente.

—¿Cómo? No te entiendo, hijo.

—Mi padre me ha dicho que nadie puede saber que soy su hijo y que no utilice su apellido públicamente. Ya sé cómo me llamaré.

—¿Qué apellido vas a utilizar, Fabri?

—A partir de ahora seré Fabrizio Di Luca. Suena a persona importante.

—Es que, triunfes o no, siempre serás importante, Fabri. No lo olvides nunca.

Paré el coche el tiempo suficiente para darle a mi nona un abrazo que me reconfortó más a mí que a ella, os lo aseguro.

La casa era una maravilla. Tenía una valla alta que proporcionaba muchísima privacidad y, por dentro, estaba decorada con un gusto exquisito.

Mi abuela me contó que había contratado a una decoradora de interiores y que una mujer se encargaba de la limpieza y de mantenerlo todo en orden, aunque no vivía allí.

Se llamaba Aura y, desde aquel día, pasó a formar parte de nuestras vidas. Todavía trabaja conmigo y, en la actualidad, tiene cuarenta años. La quiero muchísimo porque, para mí, es como una hermana mayor, y sé que ella siente lo mismo por mí.

Viví con mi nona en aquella casa unos años. Fueron, sin duda, algunos de los mejores de mi vida.

Cinco años atrás, se marchó de este mundo y, para sorpresa de mi madre, su única hija, me legó todos sus bienes.

La casa ya estaba a mi nombre cuando nos mudamos allí, pero también heredé una importante suma de dinero y el veinte por ciento de las acciones de la empresa de la que mi padre era el CEO. El ochenta por ciento restante pertenecía a una sociedad administrada por mis padres.

Aquel porcentaje me proporciona cada año unos beneficios más que suficientes para vivir sin necesidad de trabajar, pero yo no soy de los que se quedan de brazos cruzados viendo pasar la vida.

Capítulo 5



—Venga, chica, que perdemos el avión —me dijo Arturo en la entrada del aeropuerto.

—Ya va, ya va, que nos estamos despidiendo —le espetó Valeria, que no me soltaba.

—Por Dios, Valeria, que no me marchó a la Luna.

—Ni a la guerra. Mira que eres exagerada, Valeria —dijo Arturo, negando con la cabeza.

—Claro, como tú no te quedas aquí sola y muerta de asco durante todo un mes...

—Pero si vas a volver a vernos dentro de unos días, hija mía. Anda, dame un beso, que nos tenemos que ir ya o perderemos el avión, y no me gustaría escuchar al cabronazo de Martín echándonos la bronca.

Nos despedimos de Valeria de una vez por todas y, con nuestras maletas a cuestas, nos dirigimos a la terminal desde la que salía nuestro vuelo, cuyo embarque ya había comenzado.

Habíamos conseguido que nos cambiaran los asientos para poder sentarnos juntos, pues, aunque el viaje no era muy largo, no nos apetecía ir separados o junto a desconocidos estando los dos en el mismo avión.

—Estás nervioso.

No fue una pregunta, sino una afirmación, porque no paraba de mover la pierna.

—Lo estoy, y lo peor es que no sé el motivo, la verdad.

—Pues yo sí lo sé.

—Ah, ¿sí?

—Por supuesto.

—Pues ilumíname, lista.

—Eres consciente de que tienes en tus manos la oportunidad de que tu vida dé un giro radical y de terminar, de una vez por todas, con esa relación, si es que se le puede llamar así. Y eso te da un vértigo horroroso.

—¿Has pensado en estudiar psicología?

—Sí, hombre, lo que me faltaba a mí. Con la edad que tengo, ponerme ahora a estudiar. Quitita, quitita, que estoy divinamente.

—Lo que se ha perdido el mundo de la psique contigo, chavala.

Nos reímos bajito porque no queríamos molestar al resto de los pasajeros, pero no podíamos evitarlo. Cuando estábamos juntos, las risas siempre eran las protagonistas.

—Tengo miedo, Ainoa.

—¿Miedo de qué, cariño?

—De enamorarme de una persona que vuelva a hacerme daño.

—A eso estamos expuestos todos, Arturo. No puedes negarte la posibilidad de ser feliz por miedo.

—¿Y eso me lo dices tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—Hija, que eres un bloque de hielo. Nunca te he conocido pareja, ni siquiera un amigo con derecho.

—A lo mejor es que todavía no ha llegado la persona capaz de derretirme.

—Pues yo conozco a uno que lo va a hacer, te lo aseguro.

—No empieces ya, Arturo. No quiero a nadie de la farándula, y mucho menos a un personaje como ese al que te refieres o a alguien tan egocéntrico que solo sea capaz de mirarse el ombligo.

—Te estás equivocando con él, pero bueno, ya te darás cuenta tú sola.

Por megafonía nos dieron las indicaciones habituales cuando estábamos a punto de aterrizar, por lo que dejamos la conversación a un lado.

En cuanto bajamos del avión, fuimos a recoger nuestro equipaje y nos dirigimos hasta el coche que la agencia había puesto a nuestra disposición para llevarnos al hotel en el que nos alojaríamos.

Nuestra primera parada era Milán y disponíamos de un par de horas antes de la reunión que habían fijado con todo el equipo, en la que nos entregarían la agenda de las diferentes paradas de la campaña.

—Necesito darme una ducha y cambiarme de ropa.

—Hija, ni que vinieras de un vuelo de quince horas.

—No, pero sabes que los aviones no me gustan mucho y me hacen sudar una barbaridad.

—Claro, hueles como si vinieras de hacer una mudanza.

—O de picar en la mina.

Volvimos a reírnos porque esa era nuestra dinámica, no había otra. Íbamos de disparate en disparate y eso nos hacía los más felices del mundo.

El coche nos llevó hasta uno de los hoteles más lujosos de la ciudad, donde nos habían reservado dos habitaciones, una para cada uno, aunque, siendo sinceros, con una habríamos tenido suficiente.

—Nos vemos en el pasillo dentro de media hora o no llegaremos a la reunión.

—Está bien, intentaré darme toda la prisa posible.

—No lo intentes, hazlo, que ya sabes cómo se ponen cuando alguien llega tarde.

Se refería a los encargados de la campaña, tanto españoles como italianos, que organizaban la agenda y se ocupaban de llevar a cabo todos los trámites necesarios para disponer de las localizaciones.

Entré en mi habitación y me di una ducha rápida, lo suficiente para refrescarme y quitarme el sudor, aunque tampoco es que viniera de una obra.

Antes de entrar en el baño, había dejado sobre la cama la ropa que iba a ponerme. Hacía muchísimo calor, por lo que me decidí por un vestido blanco, largo y de estilo ibicenco, que combiné con unas sandalias de cuña.

Si no hubiera tenido que asistir a la reunión, habría elegido unos pantalones y unas deportivas para estar más cómoda mientras conocía la ciudad. Sin embargo, como primero teníamos que reunirnos con todo el equipo, preferí arreglarme un poco más.

Me recogí el pelo en una coleta, pues no tenía tiempo de dejarlo suelto y arreglarme los rizos. Era la manera más fácil y cómoda de llevarlo.

Me apliqué máscara de pestañas y me pinté los labios de rojo, un color que me encantaba porque destacaba mi boca, la parte de mi cuerpo que más me gustaba. Después, cogí el bolso y salí al pasillo a buscar a Arturo.

—No se puede estar más guapa que tú.

—Venga ya, como si no estuvieras acostumbrado a verme de todas las maneras habidas y por haber.

—Sé de uno que se va a volver loco cuando te vea.

—No empieces, Arturo, que ya te he dicho que no.

—Pues yo pienso dejarme querer por todo el que se me acerque, lo tengo claro.

—No. Tú vas a dejarte querer por uno solo, que, según tengo entendido, ya te ha demostrado lo que siente por ti.

—Sí que me lo ha dicho, por activa y por pasiva, pero no creo que fuera justo por mi parte.

—¿Por qué, Arturo? ¿Por qué no lo consideras justo?

—Porque él tiene sentimientos hacia mí y yo no siento lo mismo por él.

—¿Estás seguro de que no sientes nada? Porque a mí me parece que lo que te ocurre es que estás cegado por Martín, por el morbo de lo prohibido, nada más.

—No lo sé, quizá tengas razón, pero lo veo como a un buen amigo.

—De la amistad al amor solo hay un paso, cariño.

—Igual que del odio al amor, que no se te olvide.

—Yo no siento odio por nadie. Es un sentimiento muy feo y ni siquiera lo siento hacia mis padres, que son quienes más daño me han hecho en esta vida.

—Bueno, quizá no fuera esa la palabra. ¿Qué tal si la cambiamos por aversión?

—Pon la palabra que quieras, pero lo que yo siento hacia ese hombre es indiferencia. Joder, si es que ni siquiera lo conozco.

—Eso se va a solucionar dentro de unos minutos.

Negué con la cabeza mientras nos bajábamos del coche ante el edificio donde se celebraría la reunión, la filial italiana asociada a nuestra agencia.

Saludamos al personal de seguridad que estaba en la entrada y nos indicaron que la reunión se celebraría en una sala de la segunda planta.

Tomamos el ascensor con varias personas con las que habíamos coincidido en otras de las muchas campañas que llevábamos a nuestras espaldas y a las que saludamos con todo nuestro cariño.

Al entrar en la sala, donde ya se encontraba casi todo el equipo, lo vi y no entendí por qué mi corazón dio un vuelco.

Nuestras miradas se quedaron enganchadas, incapaces de apartarse, hasta que Arturo se acercó a saludarlo.

—Fabri, buenas tardes, campeón.

—Buenas tardes, Arturo. ¿Qué tal va todo?

—Bien, aunque diría que a ti acaba de mejorarte el día —bromeó Arturo al ver cómo me miraba—. Te has quedado sin palabras, ¿eh?

—Es que ha sido una sorpresa encontrarte aquí. Pensaba que no participarías en esta campaña.

—Y no voy a hacerla. En esta ocasión, vengo como ayudante de Ainoa, a quien no conoces.

—No, no tengo el placer. Buenas tardes, Ainoa, soy Fabrizzio.

—Buenas tardes, Fabrizzio. Encantada.

Se acercó a mí y me saludó a la española, con dos besos, mientras apoyaba una mano en mi cintura. El contacto consiguió estremecerme y él lo notó, a juzgar por la sonrisa que se dibujó en su boca.

Afortunadamente, el momento fue interrumpido por la voz del responsable de la campaña, que nos dio la bienvenida a todos.

Tomamos asiento y escuchamos atentamente sus explicaciones, que también aparecían recogidas en el dossier que teníamos delante.

De vez en cuando, no podía evitar desviar la mirada hacia Fabrizzio, que tenía un poder de atracción que no era ni medio normal.

Arturo se había sentado entre Carlo Sofredi y yo. Carlo era el otro modelo con el que mantenía aquella bonita amistad, vivía en nuestra misma ciudad y estaba claramente interesado en él.

Arturo tampoco podía evitar sonreírle de vez en cuando, y eso me gustaba mucho porque, aun sin conocerlo, Carlo me parecía la pareja ideal para mi amigo. Y así se lo haría saber.

—Bueno, pues nada más que añadir. Mañana, a las ocho y media, nos vemos en el lugar indicado para empezar a rodar.

—Gracias, allí estaremos —respondió Fabrizzio.

Una vez que el responsable se marchó, Arturo me presentó a Carlo, mientras Fabrizzio nos observaba atentamente.

—¿Qué piensas hacer ahora? Porque no creo que te hayas puesto así de guapa para encerrarte en el hotel —me dijo Carlo sonriendo.

—Pues no. Tenía pensado salir a dar una vuelta y conocer un poquito la ciudad, porque no la conozco.

—Entonces, tenéis aquí al guía turístico perfecto, que no tiene nada mejor que hacer que ejercer de anfitrión —respondió Fabrizzio, sonriendo y señalándose a sí mismo.

No me preguntéis por qué, pero me puse demasiado nerviosa. Tanto que no fui capaz de articular una sola palabra.

Salimos de allí los cuatro y, la verdad sea dicha, me moría de vergüenza. Arturo fue consciente de ello y se acercó a mí, aprovechando un momento en el que Fabrizzio y Carlo se adelantaron.

—No tienes que avergonzarte. Ese hombre causa ese efecto en todas.

—No es eso. Me ha sorprendido un poco su ofrecimiento, nada más.

—Ya te dije que no es la persona que tú crees.

—Será eso, pero vamos, que nos están esperando en el coche.

Llegamos hasta el coche, donde ellos nos esperaban con las puertas abiertas.

—Creo que la señorita debería ir en el asiento del copiloto —dijo Arturo.

—Ah, no, de verdad que no hace falta.

—Claro que hace falta. Así nos vamos conociendo mejor y dejamos que estos dos hablen de sus cosas —contestó Fabrizzio.

—Fabrizzio, de verdad que...

—Fabri, por favor. Solo mi padre me llama por mi nombre completo y hace mucho que no sé nada de él.

—Vaya, entonces estamos en la misma situación.

—¿Tampoco sabes nada de mi padre? —me preguntó, consiguiendo que soltara una carcajada.

—¡Nooo! De quienes no sé nada es de mis padres.

—¡No me digas!

Le estuve contando cómo mis padres habían intentado chantajearme y cómo me había negado a entrar en su juego, mientras él me escuchaba con atención.

—Yo tampoco sucumbí a los deseos de mis padres y eso me ha llevado a no mantener ningún tipo de contacto con ellos, pero no me arrepiento de haberlo hecho.

—Yo tampoco me arrepiento, la verdad.

—Creo que te llevarías genial con un amigo mío. ¿Os importa que lo llame para que venga a comer con nosotros?

—Para nada. Cuantos más seamos, mucho mejor —dijo Arturo.

Capítulo 6



Paramos en un restaurante del centro de Milán, cerquita de la Piazza del Duomo, según me contó Fabri, como prefería que lo llamáramos en confianza.

—Quiero ver esa catedral por dentro.

—Y la veremos, *bella*, pero antes iremos a comer algo, que no pruebo bocado desde primera hora de la mañana —me contestó Carlo.

Fabri se apartó un poco para llamar a ese amigo del que nos había hablado durante el trayecto y al que pensaba invitar a comer con nosotros.

Mientras hablaba con él en un perfecto italiano, Arturo se acercó a mí sonriendo y supe que tenía algo que contarme.

—¿Qué tienes que contarme?

—Ay, amiga, Carlo me ha dicho que está dispuesto a hacerme olvidar a Martín.

—Pues ya sabes, pon todo de tu parte para que eso ocurra.

—¿Y tú? ¿Vas a poner de tu parte?

—¿Tú crees que yo tengo alguna posibilidad con un hombre así? Venga ya, eso no se lo cree nadie.

—Yo sí me lo creo. No sé si os durará un mes, una semana o un polvo, pero que vais a terminar en la cama, te lo digo yo.

—Sabes que no soy de esa clase de mujeres que mezclan el trabajo con el placer.

—Eso tiene fácil solución: te lo tiras antes o después de trabajar.

Se encogió de hombros y empecé a reír, pues no se callaba ni debajo del agua. A veces pensaba que, cuando repartieron la discreción, mi amigo estaba en la cola de los churros, nunca mejor dicho.

Carlo se unió a nosotros y empezó a contarnos que tenía muchísimas ganas de comenzar la campaña, porque ya estaba aburrido de estar de brazos cruzados. Arturo levantó una ceja, sorprendido.

—Pues ya quisiera yo aburrirme durante una buena temporada.

—Eso tiene fácil solución: deja de aceptar una campaña detrás de otra y tómate unas vacaciones, chaval.

—No todo el mundo tiene la suerte de ganar el dineral que ganáis vosotros, corazón mío.

—También es verdad, chico.

Estábamos hablando de aquello cuando vimos que Fabri se acercaba a nosotros con una sonrisa en los labios.

—Mi amigo tiene un par de horas libres y viene para acá.

—Perfecto, nos tomamos una cervecita mientras llega —le dijo Arturo.

—Eso mismo. Podemos sentarnos ahí, en esa terracita desde donde se ve el Duomo, que me encanta —propuse.

Nos dirigimos hasta la terraza, donde me senté de cara a la catedral, embelesada ante la belleza que tenía delante.

Fabri se colocó frente a mí, mirando hacia la calle por la que se suponía que llegaría su amigo, mientras Arturo se sentaba a mi lado y Carlo junto a su compañero.

—¿Por dónde empezaremos mañana? —me preguntó Fabri sin dejar de mirarme a los ojos.

—En principio, lo primero que haremos será el reportaje fotográfico de la ropa con la que se grabará uno de los anuncios.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—Tenemos permiso para fotografiar en el interior del Duomo y también en la Galería Vittorio Emanuele II, pero no sé si nos dará tiempo a hacerlo todo mañana.

—Estaremos aquí toda la semana, así que no tenemos por qué correr, Ainoa —me dijo Arturo.

—Lo sé, pero ya sabes cómo se ponen los de vídeo cuando les comemos un día de rodaje.

—No nos vamos a comer nada...

—Pues yo te dejo que me comas, moreno —le contestó Carlo a Arturo.

—Yo tampoco tendría inconveniente en que alguien me comiera, pero preferiría que fuera ella —respondió Fabri, mirándome.

Si mi amigo se puso rojo, no os podéis imaginar cómo me puse yo. Casi me salía humo por las orejas.

De repente, escuché una voz demasiado familiar. Hacía una eternidad que no la oía, pero no dije nada.

Quería comprobar si él me reconocía, si me había tenido tan presente como yo lo había tenido siempre en mi vida, aunque lo dudaba. De haber sido así, habría hecho cualquier cosa por localizarme, por llamarme...

—Chicos, este es mi mejor amigo, Saúl. Ellos son Arturo, Carlo y...

—¿Ainoa?

—La misma que viste y calza.

—¿Os conocéis? No me jodas, Saúl, que es una de tus conquistas. Porque la chica de la que me has estado hablando no es: no coincide ni el nombre ni la profesión.

—Nos conocemos desde que ella nació. Le llevo dos años.

Vi las lágrimas agolpándose en los ojos de mi hermano. No se atrevía a acercarse por miedo a que lo rechazara, pero no iba a hacerlo. No después de haberlo encontrado tras tanto tiempo.

—¿No piensas darme un abrazo?

—Uno y mil, porque, después de esto, te quiero en mi vida para siempre.

Nos fundimos en un abrazo entre lágrimas, desconcertando a todos los que nos acompañaban.

—¿Podéis contarnos vuestra historia, por favor? Más que nada para saber si estoy haciendo el idiota con la mujer de mi mejor amigo —dijo Fabri, como si estuviera enfadado.

Mi hermano empezó a reír a carcajadas, que contrastaban muchísimo con las lágrimas que todavía rodaban por nuestras mejillas.

Lo miré y Saúl asintió, como si me diera permiso para contarles qué relación nos unía, pero decidí mentir un poco para ver cómo reaccionaba Fabri.

—Pues mira, nos conocemos de toda la vida. No tengo un solo recuerdo importante de mi infancia en el que no esté Saúl.

—Eso es muy bonito, amiga —me dijo Arturo.

—Y todo aquello nos llevó a vivir un amor de juventud, uno de esos que se quedan grabados en el alma y que no eres capaz de olvidar nunca, pero que terminó cuando él se marchó de España.

—No me jodas, Saúl. No me habías contado nada...

Mi hermano ya no pudo contener más la risa y soltó una carcajada al ver la cara de quien después supe que era su mejor amigo.

—Es mi hermana, idiota. Ya puedes volver a respirar —le aclaró Saúl.

—Saúl, coño, que ya los tenía casi convencidos.

—Eso que has hecho no te lo voy a perdonar en la vida, que lo sepas —me dijo Fabri, con el rostro un poco más relajado.

Esta vez era yo quien reía por la cara con la que mi hermano lo observaba. Giraba la cabeza de uno a otro como si estuviera siguiendo un partido de tenis.

—Te voy a decir una cosita, Fabrizzio. Como le hagas daño a mi hermana, te corto las pelotas.

—Amigo, que tampoco he dicho que vaya a pedirle matrimonio...

No sé por qué, pero aquella respuesta me sentó como un tiro. Yo no le estaba pidiendo amor eterno, pero tampoco iba a consentir que me utilizara como una muñeca hinchable.

Mi hermano, que, a pesar del tiempo que llevábamos sin vernos, me conocía muy bien, lo miró con una sonrisa y no dudó en hablar por mí.

—Fabri, con esa frase acabas de firmar tu sentencia de muerte.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó él, pero esta vez contesté yo.

—Porque no soy el juguete sexual de nadie y no soporto a los hombres con el ego más elevado que la moral. Lo siento.

—Hombre, nos acabamos de conocer. No pretenderás que te diga que me muero de amor por ti.

—Ni lo pretendo ni lo quiero, que son dos cosas diferentes, pero igual de importantes.

—Fabri, cariño, hay muchas maneras de decir las cosas —le señaló Carlo.

—Eso mismo digo yo, que, además, llevo toda la semana diciéndole que se está equivocando contigo —intervino el bocachanca de mi compañero.

—¿Me estabas prejuzgando sin conocerme? —me preguntó Fabri, mirándome directamente a los ojos.

—Simplemente hablaba con mi amigo de lo que todo el mundo dice de ti. No he juzgado ni prejuzgado a nadie.

—Me parece que quien se ha hecho una idea equivocada de ti soy yo. Ahora, si me disculpáis, creo que vosotros tenéis muchas cosas de las que hablar y yo muchas cosas que hacer.

—¿En serio vas a ser tan inmaduro como para marcharte así? —solté sin pensarlo.

—Según tú, soy creído, egocéntrico, juego con las personas y ahora, además, soy inmaduro. ¿Algo más?

—Mira, chico, haz lo que te dé la gana. Tengo demasiados problemas como para prestar atención a cosas insignificantes.

—Gracias. Ahora también soy insignificante. Vamos, que soy una joyita.

—Fabri, deja de hacer el tonto y siéntate a comer con nosotros, por favor —le pidió mi hermano.

—No me apetece, Saúl. Entiendo que es tu hermana y que llevas muchos años sin tener contacto con ella, pero no es como yo pensaba. Será mejor que me vaya.

—Déjalo, hermano. Está visto que no es capaz de mantener una conversación civilizada con una mujer cuando sabe que no va a acostarse con ella.

Fabrizio me miró y pude ver la decepción en sus ojos, pero me dio igual. Él tampoco había pensado en el daño que podían causarme sus palabras antes de soltarlas.

Como he dicho anteriormente, no pretendía que me profesara amor eterno, pero tampoco que hablara de mí como si fuera un simple pasatiempo.

Había muchas formas de decirlo y no había escogido las palabras más adecuadas, se pusiera como se pusiera.

Mi hermano se levantó, después de disculparse con nosotros, y fue a hablar con él, mientras yo permanecía sentada a la mesa junto a Carlo y Arturo.

—Amiga, no tendrías que haber sido tan dura con él.

—¿Dura? ¿Yo? Venga, hombre, no me hagas reír.

—Sí, porque Fabri no es un mal hombre. Es muy bruto, no te voy a decir que no, pero tiene un corazón enorme.

—Yo no he dicho que sea un mal hombre. No pongas en mi boca palabras que no he pronunciado.

Mi hermano regresó con Fabri a su lado, aunque la expresión de ambos decía mucho más que cualquier palabra.

Saúl me miró como pidiéndome algo y no tuve ningún problema en hacerlo, porque pensaba disculparme de todas maneras.

—Fabrizzio...

—Fabri, por favor.

—Perdona, Fabri. Siento si he dicho algo que te haya molestado. No era mi intención crear un ambiente incómodo entre nosotros.

—Yo también te pido disculpas por lo que he dicho antes. Podría haber utilizado otras palabras o haberlo expresado de otra manera.

—Disculpas aceptadas. Si te parece bien, podemos empezar de cero.

—No me gusta empezar de cero, pero podemos continuar desde donde estábamos antes de que ocurriera todo esto.

—De acuerdo. Por mí no hay problema.

Nos sentamos y pedimos la comida allí mismo, donde se estaba de maravilla, con unas vistas preciosas y unos platos exquisitos, aunque la conversación brillaba por su ausencia.

Nos limitamos a pronunciar monosílabos y poco más, hasta que Carlo se hartó y dio un manotazo sobre la mesa.

—Ya está bien, coño, que parece que estamos en un velatorio.

—Estamos comiendo, nada más —le respondió Fabri.

—¿Sin una mísera conversación? Mira, será mejor que echéis un polvo y acabéis con esta tensión sexual no resuelta.

—A lo mejor el que necesita echarlo eres tú, que se te va la vista detrás del trasero de Arturo —le soltó Fabri, cogiéndonos a todos por sorpresa.

—Y pienso hacerlo, mi vida. Y no uno, sino todos los que podamos, porque lo mío con él no va a ser cosa de una sola noche.

—¿Lo ves, Ainoa? No se puede ser más burro que Fabri, pero lo hace a la defensiva, cuando se siente atacado, no porque tenga mal corazón —dijo Arturo.

—Te repito que yo no he dicho nada de eso. No lo conozco lo suficiente como para afirmar algo así.

Fabrizzio se levantó, entró en el restaurante y salió unos minutos después. Se marchó sin decir siquiera adiós, y eso me jodió. Mucho, la verdad.

Capítulo 7



Pasé el resto de la tarde con mi hermano, poniéndonos al día. Me llevó hasta su casa e insistió en que, durante el tiempo que estuviera en Milán, me quedara allí con él, pero me negué.

—No puedo, Saúl. No quiero invadir tu intimidad.

—Me importa un huevo la intimidad. No sabes cuánto te he echado de menos, Ainoa.

—Y yo a ti porque, aunque siempre estuvimos en bandos distintos, te quería...

—¿Hablas en pasado?

—No, para nada, pero estos años sin saber nada de ti me han hecho pensar mucho.

—A mí también. Y la culpa de lo que ocurrió no fue ni tuya ni mía, sino de nuestros padres, que pensaban que, enfrentándonos de aquella manera, se saldrían con la suya.

—Pues contigo no fue así y conmigo tampoco.

—¿Qué pasó contigo? ¿Sigues viviendo con ellos?

—Para nada. También intentaron manejar mi vida, pero no lo consiguieron.

Mientras nos tomábamos un buen capuchino, le conté a mi hermano cómo había sido mi vida desde que se marchó.

—Tuve que estudiar a escondidas y fui comprándome el equipo poco a poco, sin que ellos se dieran cuenta.

—Es que no lo entiendo. ¿Qué pretendían conseguir con eso?

—Contigo estaba claro: querían que los mantuvieras y los trataras como a dos reyes. Y conmigo, que fuera la solterona que se encargara de cuidarlos y de que nunca les faltara un plato en la mesa.

—No creo que fuera eso...

—Oh, sí, créeme que sí. Es más, me enteré porque esas palabras salieron de la boca de la que se hace llamar nuestra madre.

—¿Te lo dijo? ¿Así de claro?

—Con todas sus letras y sus sílabas, te lo aseguro.

—¿Siguen viviendo en la misma casa?

—No, porque la abuela me lo dejó todo a mí: tanto la casa como el dinero que tenía en la cuenta.

—¿Los echaste?

—Bueno, más bien los invité a marcharse. Ya lo tenían todo preparado para irse a vivir al pueblo de papá, a la casa de los otros abuelos, y pretendían que yo lo dejara todo para acompañarlos.

—Como es lógico, no te fuiste.

—¿Cómo iba a renunciar a todo por alguien que nunca me había valorado?

—Tienes toda la razón del mundo.

Estuvimos charlando hasta después de la hora de cenar. Luego me acompañó al hotel e insistió de nuevo en que me marchara con él.

—De verdad, Saúl, prefiero quedarme aquí. Es más cómodo para el trabajo, porque salimos todos juntos.

—Vale, pero prométeme que nos veremos mañana. Dame tu móvil.

Lo saqué del bolso y se lo entregué. Lo vi marcar un número y, unos segundos después, su teléfono empezó a sonar. Entonces cortó la llamada.

—Aquí tienes mi número y yo ya tengo el tuyo.

—Lo guardaré y te llamaré mañana cuando termine de trabajar.

—Si no te contesto, no será porque no quiera, sino porque estaré ocupado. Te prometo que te devolveré la llamada en cuanto pueda.

—Lo sé, no te preocupes. Que descanses.

—Igualmente, hermanita.

Saúl me dio un beso en la mejilla y se marchó. Esperé a que entrara en el ascensor antes de volver a mi habitación.

Sin embargo, no me dio tiempo a cerrar la puerta cuando un pie apareció entre esta y el marco, impidiendo que lo hiciera.

Me asusté, y mucho, pues estaba sola y no sabía quién podía ser. Asomé un poco la cabeza para descubrir de quién se trataba y me encontré con la mirada de Fabrizzio.

—¿Puedo pasar?

—Claro, pero...

No pude terminar la frase porque se lanzó sobre mis labios y me devoró la boca como si no hubiera un mañana.

Podría haberlo rechazado, pero os juro por lo más sagrado que no fui capaz. Me entregué a aquel beso como nunca antes lo había hecho.

—Me moría de ganas de hacer esto.

—¿Has venido para eso?

—No, he venido para hablar contigo, pero creo que a los dos nos apetece hacer otra cosa antes.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Te aseguro que, si ahora mismo metiera los dedos en tu sexo, lo encontraría tan dispuesto como estoy yo.

—No, porque...

No me dejó terminar. Me cogió por la cintura y se pegó a mí, haciéndome comprobar lo excitado que estaba, mientras volvía a besarme con la misma intensidad.

—¿Estás segura de que no es así?

—Calla y no pares.

—Eso me parecía.

Fabrizio posó las manos en mi trasero y me levantó, haciendo que enroscara las piernas alrededor de su cintura.

Entre besos, me llevó hasta la cama y me bajó, apoyando de nuevo mis pies en el suelo.

Fue descendiendo por mi cuello con los labios mientras deslizaba los tirantes de mi vestido hasta dejarlo caer al suelo.

Cuando mis pechos quedaron al descubierto, bajó hasta ellos con las manos y la boca. Los amasó, lamió y succionó a su antojo.

Mis manos tampoco se quedaron quietas. Me deshice de su camiseta y la lancé al suelo para que le hiciera compañía a mi vestido. Después, acaricié su torso, duro como una piedra y perfectamente definido.

No hubo palabras, tan solo miradas, gestos, caricias y placer. Un fuego que nos recorría las venas y convertía nuestra sangre en lava hirviendo.

En pocos minutos, ya estábamos desnudos y no pude evitar fijarme en la pronunciada uve de sus caderas, que conducía hasta su miembro, grande, grueso y apuntando directamente hacia mí.

Nunca me había ocurrido algo así, pero me sentí atraída hacia él como si ejerciera un imán sobre mí. No me lo pensé y me arrodillé frente a él.

Lo miré como pidiendo permiso, aunque no me hizo falta. La lujuria que vi en sus ojos me dio la respuesta, así que atacé sin miedo.

Recorrí su longitud con la lengua antes de llevármelo a la boca. Succioné y jugué con el glande hasta que me sujetó por los brazos y me hizo incorporarme, obligándome a abandonar mi misión.

—Me encanta lo que estás haciendo, pero no pienso quedarme con las ganas de estar dentro de ti. Esto tendremos que dejarlo para otro momento.

Me tumbó en la cama y recorrió una de mis piernas con besos, desde los dedos del pie hasta la ingle. Al llegar a mi sexo, lo esquivó para hacer lo mismo con la otra.

Cuando por fin noté su lengua entre mis pliegues, no pude evitar soltar un grito de placer, sin que me importara absolutamente nada.

Un placer descomunal me atravesó de improvviso, pero no fue comparable con lo que sentí cuando me penetró.

No hubo nada lento ni romántico. Fue hambriento y desesperado, con movimientos rápidos y nuestras caderas saliendo al encuentro de las del otro.

Cambiamos de postura como diez veces y, en cada una de ellas, sentí más placer que en la anterior.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero sí que, después del tercer orgasmo, perdí la cuenta.

Cuando el placer nos atravesó a los dos al mismo tiempo, viví la experiencia más demoledora de mi vida. Me quedé sin fuerzas hasta para respirar.

Fabrizio se tumbó a mi lado y me abrazó. Yo apoyé la cabeza en su pecho.

Se suponía que teníamos que hablar, pero no llegamos a hacerlo. Al menos yo, que caí rendida y me quedé dormida pocos minutos después.

Cuando abrí los ojos al sonar la alarma, estaba sola en la habitación. Toqué el otro lado de la cama y lo encontré frío, por lo que Fabrizio se había marchado en mitad de la noche sin decir esta boca es mía.

Supuse que hablaríamos después, cuando termináramos de trabajar, pues no tenía ninguna intención de decir nada durante el rodaje de la campaña.

No me gustaba airear mi intimidad, mucho menos si acababa de acostarme con uno de los modelos de la campaña. Y no uno cualquiera, sino el protagonista, el que coparía todas las portadas.

Me levanté, me di una ducha y me vestí dispuesta a bajar a desayunar antes de salir del hotel, donde un coche nos recogería para llevarnos hasta el lugar que serviría como centro neurálgico de nuestro trabajo.

—Chica, no has dado señales de vida desde ayer.

—Estuve con mi hermano toda la tarde y, cuando regresé, recibí una visita.

—¿Te has acostado con él!

—No grites, capullo, que se va a enterar todo el mundo.

—Como si la gente supiera de quién estoy hablando.

—Nunca se sabe.

—Bueno, ¿me lo vas a contar?

—Ahora no. Te lo contaré después. Tan solo voy a decirte que jamás en mi vida había sentido tanto placer.

Capítulo 8



Desayunamos entre bromas y confesiones, pues Arturo me contó que también había pasado la noche con Carlo, que se había marchado a primera hora para ir a casa a cambiarse de ropa.

El resto del personal de la agencia que se alojaba en el hotel ya estaba en la puerta, esperando a que saliéramos los que faltábamos.

Al final, nos recogería un microbús en lugar de ir en varios coches. Comprobé que llevaba todo el material, pues no quería llegar allí, descubrir que me había olvidado algo y tener que volver al hotel.

En cuanto llegamos, lo primero en lo que me fijé fue en que Fabrizzio parecía ausente, pero no sería yo quien le preguntara qué le ocurría.

Preparamos todo y empezamos con las fotografías. Mientras yo disparaba, Arturo iba dando indicaciones a los modelos.

En la parte central estaba Fabri junto a una modelo sueca de piernas interminables que se lo comía con la mirada.

Se suponía que tenía que hacerlo, pero me incomodaba de una manera inexplicable, aunque intenté disimular todo lo que pude.

Arturo había dado todas las indicaciones y nadie había puesto ninguna objeción, pero había algo que no me convencía y se notaba en la última fotografía.

Me habían explicado que Fabri era el modelo principal, pero que podía cambiar y recolocar a los demás, incluida la modelo que apareciera junto a él, así que eso hice.

—Marcela, cámbiate con Sofía, por favor. En las fotografías se te ve demasiado forzada y quizá sea porque estás cansada.

—No pienso moverme de aquí. Yo soy la protagonista junto a Fabri y no voy a consentir aparecer como una segundona —me respondió, mirándome como si estuviera por encima de mí.

Todo el que me conocía sabía que no había nada que soportara menos que una persona que se creyera superior a los demás, bien por su dinero o porque se considerara más guapa que el resto.

Aquel comentario fue suficiente para que saliera mi lado más inflexible y antipático, que era también el responsable de la fama que tenía entre los modelos, porque nunca permitía que nadie me pisoteara.

—Mira, chica, no sé qué te habrán dicho, pero tengo plena libertad para colocarlos como considere conveniente. Te he pedido que te cambies, así que mueve el culo, que nos estás retrasando.

—Ya quisieras tú tener el culo que tengo yo, estúpida —me soltó mientras se apartaba.

—No me busques la lengua, haz el favor, y quítate de en medio, bonita, que tengo que continuar con mi trabajo. Si tú no quieres seguir haciendo el tuyo, ya sabes dónde está la puerta.

—¿Me estás llamando irresponsable o vaga?

—¡Qué pereza de mujer! ¿Te importaría dejarme trabajar e irte a llorar a la llorería?

—Ainoa, me parece que te estás pasando. Y, si estás haciendo esto por motivos personales, desde ahora mismo te digo que no va a servirte de nada —intervino Fabrizzio.

Os prometo que me entraron ganas de acercarme a él y estamparlo contra la pared, pero eso solo retrasaría aún más la campaña, y no me convenía. Cuanto menos tiempo tuviera que pasar a su lado, mucho mejor.

—Mira, chaval, lo que tú hagas con tu vida personal me importa un carajo. ¿He sido lo bastante clara?

—Ainoa, ve a tomarte algo y a fumarte un cigarro. Yo continúo —me dijo Arturo.

Le entregué la cámara y salí de la zona acordonada en la que estábamos trabajando.

El encargado de la campaña, al ver que los ánimos se habían caldeado, concedió diez minutos de descanso, por lo que mi amigo no tuvo que continuar con las fotografías.

Vi cómo aquella tipa se acercaba a Fabrizzio y cómo él, con un gesto demasiado cariñoso, le sujetaba la cara y la acariciaba para, acto seguido, besarla en los labios.

Después levantó la cabeza y me dedicó una mirada acompañada de una sonrisa que, al menos para mí, decía demasiado.

Con aquel gesto me estaba dejando claro que lo ocurrido entre nosotros la noche anterior no había significado nada más que un polvo, justo lo que había dado a entender en la mesa. Y yo, que era gilipollas, se lo había puesto en bandeja.

Arturo, que también se había dado cuenta, vino corriendo hasta donde yo estaba. Carlo, que se encontraba a su lado y había presenciado la escena, lo siguió.

—¿Eso que acabo de ver va en serio?

—Completamente. Tú podrías decir que es buena persona y todo lo que te dé la gana, pero lo que acaba de hacer no es propio de alguien con buen corazón.

—¿Alguien puede explicarme a qué ha venido eso? Si Fabri no soporta a Marcela...

—Pues debe de haber cambiado de opinión, porque le está plantando un morreo en toda regla —les dije, señalándolos.

—No me lo puedo creer. Retiro todo lo bueno que he dicho de él. Es un cabrón de manual.

—Y yo soy gilipollas, que es lo peor.

—No, chica, tú te has dejado llevar, nada más.

—Lo peor será tener que aguantarlo durante todo el mes y que, cada vez que corrija algo, me acuse de hacerlo por la noche que hemos pasado juntos.

—No te preocupes, que de eso me ocupo yo —me aseguró Carlo.

Nos dejó allí, tomando un refresco para intentar paliar un poco el calor, y fue directo a hablar con Fabrizzio.

Los vimos gesticular mucho e incluso llegué a pensar que acabarían llegando a las manos, por lo que mandé a Arturo para que calmara un poco los ánimos.

Podría haber ido yo, pero, conociéndome, era mejor que me mantuviera al margen o les daría el doble de trabajo a los de maquillaje, porque tendrían que disimularle el moratón del ojo después del puñetazo que me entraban ganas de darle.

No me lo esperaba. Estaba de espaldas, preparando el material y revisando las fotografías que había hecho para eliminar las que no me gustaban, cuando alguien me agarró del brazo y tiró de mí de una manera intimidante, por no decir violenta.

—¿Qué coño te has creído, Ainoa?

—Suéltame ahora mismo.

—¡Contéstame!

Me zafé de él con un manotazo y Fabrizzio me miró como si no entendiera que hubiera reaccionado de aquella manera.

—No tengo que contestarte nada. Primero, porque estoy haciendo mi trabajo y, segundo, pero no menos importante, porque me importa un carajo y medio lo que tengas con quien sea.

—Eso no es verdad y lo sabes.

—¡Modesto, baja, que sube Fabrizzio!

—¿Qué estás diciendo?

Por un momento había olvidado que no estaba en mi país y que, por mucho que aquel hombre hablara español, no entendía la mayoría de nuestras expresiones, pero me dio igual.

Me di la vuelta y les indiqué a todos que volvíamos al trabajo, pero, antes de que pudiera añadir nada más, se acercó el encargado de la campaña.

—Ainoa, tengo que corregir una cosa que te dije.

—Tú dirás.

—No puedes sustituir a Marcela. En su contrato figura como modelo principal junto a Fabrizzio, aunque antes te dijera que podías cambiarla.

—Mientras haga su trabajo sin que parezca que tiene un palo metido por el culo, por mí no hay ningún problema.

—Si hay algo que no te gusta, la corriges y listo.

—Siempre que me haga caso, ¿no?

—Hablaré con ella, no te preocupes.

Se marchó y, antes de volver a colocarme delante de ellos, respiré hondo y caminé hacia donde se encontraban.

Desde lejos vi a Fabrizio demasiado cerca de Marcela. Por lo visto, también se acostaba con ella y por eso se había molestado tanto cuando intenté cambiarla por Sofía, que era mucho mejor modelo.

En aquellas tomas no tenían que aparecer ni Sofía ni Carlo, por lo que se acercaron hasta donde yo estaba.

Aprovecharon un cambio de vestuario para hablar conmigo mientras revisaba las fotografías.

—No lo entiendo, de verdad. Esa mujer parece un maniquí —dijo Sofía.

—Ya, cariño, pero en la cama debe de soltarse bastante —le contestó Carlo.

Todos entendimos perfectamente por qué lo había dicho.

Nos miramos y los cuatro soltamos una carcajada, que coincidió con el momento en que apareció en el portátil una de las fotografías de Marcela. Ella dio por hecho que nos reíamos de la imagen.

—¿De qué os reís?

—De lo que nos da la gana, chica —le contesté.

—Me parece que quieres quedarte sin trabajo, porque, como yo abra la boca...

—Consigue que despidan a cualquiera de los que estamos aquí y entonces sabrás de verdad quién es Carlo Sofredi —la amenazó nuestro amigo.

—No merece la pena, Carlo. Aquí, quien más y quien menos, ya tiene una trayectoria a sus espaldas que no va a quedar destruida por una niñata que se cree alguien —le aconsejé.

—Ya lo verás —me amenazó.

Y supe que aquella niñata iba a complicarme la campaña mucho más de lo que imaginaba.

Capítulo 9



Fabrizzio

No sabía qué me había pasado con aquella mujer, de verdad. Jamás había permitido que ninguna se quedara a dormir después de acostarme con ella y, sin embargo, allí estaba, con Ainoa recostada sobre mi pecho.

Esa mujer me nublaba los sentidos desde el primer momento en que la vi. No era ni medio normal que, después de todo lo que había ocurrido entre nosotros y de la imagen que se había formado de mí, hubiera terminado acostándome con ella.

Me levanté procurando no despertarla porque entre nosotros había lo que había. No iba a colgarme por ella, por mucho que me atrajera.

Por eso, me largué de allí y decidí volver a levantar aquel muro, recuperar la máscara con la que me mostraba ante los demás y conseguir que se alejara de mí.

La primera oportunidad se presentó en cuanto le pidió a Marcela que se cambiara con Sofía.

Marcela no estaba haciendo su mejor trabajo, eso era evidente, pero no iba a permitir que Ainoa la apartara. Tenía que demostrarle que sus sentimientos no me importaban, aunque para ello tuviera que comportarme como un auténtico borde.

—Ainoa, me parece que te estás pasando. Y, si estás haciendo esto por motivos personales, desde ahora mismo te digo que no va a servirte de nada.

Se volvió hacia mí y os aseguro que, si las miradas matasen, habría caído fulminado al instante. Sin embargo, detrás de toda aquella rabia, pude ver que mis palabras le habían dolido.

Me respondió con la misma dureza con la que yo le había hablado. Tampoco me gustó, pero era justo lo que estaba buscando.

Intercambiamos varias frases bastante contundentes, pero no dejé la cosa ahí. Por mucho que Marcela me desagradara, tenía que actuar y demostrar que me interesaba.

No me lo pensé y, en cuanto se acercó para protestar, aproveché la ocasión.

—No entiendo qué le pasa a esa mujer conmigo, pero, si piensa que voy a quedarme quieta, está muy equivocada.

—Lo que le ocurre es que me acosté con ella anoche y pensará que lo nuestro es para toda la vida. Ya sabes, celos.

—A mí me importa un carajo. No voy a permitir que se cargue mi trabajo porque le dé la gana.

Me acerqué a Marcela, le acaricié la cara, preparando el terreno, y la besé. Lo hice con pasión y delante de las narices de Ainoa, para asegurarme de que le quedara claro.

Os prometo que fue como besar a un maniquí. No sentí absolutamente nada y eso me sorprendió muchísimo.

Al levantar la mirada hacia Ainoa, vi rabia en sus ojos, pero también dolor y desilusión, como si hubiera creído que entre nosotros podía existir algo más, cuando yo no pensaba permitir que fuera así.

—Fabrizzio, lo siento, pero yo... tengo una relación con alguien y no quiero perderla.

—No pasa nada, Marcela. Te pido disculpas. Ha sido un impulso provocado por la tensión del momento.

La vi alejarse después de que uno de los responsables de la campaña le hiciera un gesto. Por la mirada que intercambiaron, supe que aquel era el hombre con el que mantenía una relación y, con sinceridad, me dio exactamente igual.

Lo que no me daba igual era la manera en que Ainoa se estaba comportando y, por eso, no dudé en acercarme a ella.

—¿Qué coño te has creído, Ainoa?

—Suéltame ahora mismo.

—¡Contéstame!

Os prometo que la sangre me hervía en las venas. No entendía su actitud y seguí insistiendo.

Me dolió que dijera que le importaba una mierda con quién estuviera liado, porque sabía que no era cierto. Ella estaba tan interesada en mí como yo en ella.

Y fue entonces cuando comprendí que, por mucho que quisiera negarlo, ya no había marcha atrás. Me había pillado por aquella mujer, aunque acababa de elegir perderla para no sentirme atado a nada ni a nadie.

Retomamos la campaña y Arturo volvió a encargarse de dar las indicaciones, pero tampoco se quedó corto.

—Marcela, bonita, ¿te importaría quitar esa cara de estreñimiento que llevas?

—No tengo ninguna cara de esas que dices.

—¿Perdona? El que está viendo los resultados soy yo.

—Tú estás viendo lo que tu amiguita te está diciendo.

—Te aseguro que no he cruzado una sola palabra con Ainoa. Y esto, en lugar de una campaña de ropa interior, parece un anuncio de laxantes.

—Ya vale, Arturo. No me parece lícito ni lógico que la ataques de esa manera por celos o por...

—¿Qué dices de celos? Ven aquí y juzga por ti mismo.

Arturo me hizo un gesto para que me acercara. Mientras Ainoa hacía las fotografías, estas se volcaban automáticamente en el portátil.

Amplió una de ellas en la pantalla del ordenador y, aunque intenté disimular el impacto que me causó, no lo conseguí demasiado, porque Arturo esbozó una sonrisa.

—¿Ves lo que te digo?

—Tampoco es para tanto. Una mala fotografía la tiene cualquiera.

—En eso estoy de acuerdo contigo, pero es que no hay una sola. Ve pasándolas y me dices qué te parecen.

Eso hice y lo cierto era que no había ni una fotografía en la que Marcela saliera bien.

No sabía si el hombre con el que estaba le había reprochado la complicidad que parecía existir entre nosotros o si le había echado la bronca por aquel beso, pero el caso era que tenía que darle la razón a Arturo.

—Dame un momento. Hablaré con ella.

—Mira, Fabrizzio, si esa mujer no pone de su parte, llamo ahora mismo a la agencia y solicito oficialmente que la cambien, aunque tengamos que retrasar la campaña —me advirtió Ainoa.

—No creo que sea necesario —le respondí con un tono demasiado seco, la verdad.

—Por supuesto que lo es. Es mi trabajo el que está en juego y no pienso presentar una campaña que parezca hecha por un niño de doce años con un móvil.

Arturo nos miró, especialmente a mí, y asintió. No supe qué decir porque ambos tenían razón. Me di media vuelta y me marché dispuesto a ponerle las pilas a Marcela, que se encontraba hablando con aquel hombre.

—Marcela, ¿podemos hablar?

—Lo que tengas que hablar con ella puedes decirlo delante de mí —intervino él.

Lo miré y después dirigí la vista hacia Marcela, que asintió con una soberbia increíble, como si estuviera por encima del trabajo de todos los demás y lo que yo pudiera decirle le importara un huevo.

—Perfecto. He visto las fotografías y no hay por dónde cogerlas. O cambias de actitud o...

—O se cambia al equipo de fotografía —me interrumpió aquel hombre.

Tuve claro lo que pretendía. No quería que Ainoa continuara en la campaña después de lo que le había dicho a Marcela, y eso sí que no iba a permitirlo.

—Si se cambia al equipo de fotografía, yo abandono la campaña.

—Como si fueras el único modelo del mercado.

—El único, no, pero sí el mejor. Es más, creo que ahora mismo voy a llamar al propietario de la firma y seré yo quien solicite el cambio de la modelo principal femenina.

—Espera, por favor. No puedo perder este trabajo. Te prometo que todo cambiará a partir de ahora.

—Eso espero, porque a tu novio tampoco le conviene que ocurra algo así. La campaña se retrasaría, su empresa perdería mucho dinero y él no tendría manera de justificarlo.

Por lo que supe después, aquel tipo estaba casado y tenía hijos, pero se había encaprichado de Marcela.

Ella tampoco era tonta y sabía que, mientras estuviera con él, no le faltarían trabajos y podría ascender con mayor rapidez, así que no había dudado en liarse con él.

Pero todo aquello me daba exactamente lo mismo. Solo quería que la campaña saliera bien y haría todo lo posible para conseguirlo.

Minutos después de aquella conversación, me dirigí hacia donde estaba Arturo, pues Ainoa no aparecía por ninguna parte.

Tan solo esperaba que no hubiera llamado a nadie para solicitar el cambio de modelo. Tenía claro que a Marcela no iban a quitarla de allí ni con agua caliente y que el trabajo que podía verse afectado era el de Ainoa.

—Todo arreglado. Podemos continuar.

—No podemos. Ainoa ha salido un momento.

—¿Adónde?

—No lo sé. Ha dicho que necesitaba hacer una llamada.

Salí corriendo de la zona acordonada, sin que me importara ir en bóxer, hasta que la localicé hablando por teléfono en la otra esquina de la plaza.

—Corta esa llamada ahora mismo.

Mi tono no fue el más adecuado, la verdad, pero no me arrepentí de haberlo utilizado.

Capítulo 10



No podía aguantar ni un minuto más allí y así se lo hice saber a mi compañero. Aprovecharía para llamar a Valeria, con quien no había hablado en dos días y que estaría desesperada por saber de mí.

Además, quería contarle que había encontrado a mi hermano y que había cambiado mucho respecto al que yo recordaba. Pensé que, cuando terminara la campaña, me quedaría allí una temporada, si a Saúl no le importaba, claro.

—Arturo, no puedo estar aquí ni un minuto más. Necesito alejarme un poco. Voy a hacer una llamada.

—Ainoa, no vayas a cometer una tontería, por favor.

—No pienso hacer ninguna, pero necesito ver la situación desde otra perspectiva.

—Está claro que esta mujer está muy bien relacionada, por decirlo de una manera suave.

—Ni que lo digas, pero no te preocupes, que me la tendré que tragar con patatas si no quiero que Martín me ponga de patitas en la calle por perder una campaña como esta.

—No lo hará, aunque tenga que encargarme yo.

—Que ni se te pase por la cabeza, amigo. Ese capítulo debes tenerlo más que cerrado.

—Bueno, digamos que la puerta está entornada.

—De eso nada. Tienes que darle una patada y cerrarla de una vez por todas.

—Voy por buen camino. Carlo me está ayudando mucho.

—Y así debe seguir, no lo dudes. Ahora me marchó, no tardaré.

Dejé a Arturo allí, borrando casi todas las fotografías de la última tanda porque no nos servía ninguna, mientras yo salía de la zona acotada.

Me fui hasta una esquina, saqué el teléfono y marqué el número de Valeria.

—Menos mal. Pensé que te habían abducido los extraterrestres.

—Casi, pero sin salir de la ciudad.

—¿Te han secuestrado?

—¿Te importaría dejar de preguntar tonterías y escucharme?

—Vale, vale, no abro la boquita, pero empieza a largar ya mismo.

Empecé a contarle cómo habían transcurrido aquellos dos días y cómo me había impactado Fabrizzio por su cercanía y su manera de hablar.

—Lo sabía. Tenía claro que, en cuanto lo tuvieras delante, ibas a caer a sus pies.

—Chica, pues más bien ha sido todo lo contrario, pero luego...

—¿Luego qué?

—Que sigue siendo el mismo gilipollas que yo pensaba. Además, eso no es todo lo que ha ocurrido.

Le conté cómo habíamos pasado la noche juntos y cómo me había tratado al llegar al set de rodaje.

Los gritos de júbilo que mi amiga había soltado al principio fueron convirtiéndose en palabras malsonantes dirigidas a Fabrizio, que consiguieron hacerme reír.

—Y ahora vamos a la parte más interesante.

—¿Todavía hay más?

—Pues sí, y no te lo vas a creer.

Le conté lo de mi hermano, un tema que apenas habíamos tocado porque ni siquiera llegó a conocerlo.

—¿Sabes una cosa?

—Dime, ¿qué estás pensando?

—Pues que ya he terminado el proyecto de la casa de la playa y el pesado no vuelve a España hasta dentro de un mes. Así que voy a adelantar mi vuelo y mañana estaré allí con vosotros.

—¿Me lo dices en serio?

Justo cuando hablaba de aquello con Valeria, escuché unos pasos detrás de mí y supe que era él.

No tardé en confirmarlo, pues me cogió del brazo para hacerme girar y se dirigió a mí.

—Corta esa llamada ahora mismo.

Lo dijo como si fuera mi dueño, como si tuviera algún derecho sobre mí o sobre lo que podía hacer o dejar de hacer.

—Espera un momento, no me cuelgues —le pedí a Valeria.

—No pienso hacerlo ni por todo el oro del mundo —me contestó riendo.

Ya me la imaginaba con el altavoz del móvil puesto y comiendo palomitas como si estuviera viendo una película.

—¿Me puedes decir quién coño te crees para decirme lo que tengo que hacer?

—Te he dicho que cuelgues.

—Y yo te he dicho que no me sale del... alma, por no ser grosera.

—Ya está todo arreglado con Marcela. No tienes que pedir que la sustituyan.

—¿Perdona? ¿Acaso crees que toda mi vida gira alrededor del trabajo?

—¿No estabas hablando con la agencia?

—Pues no. Y no tendría por qué darte explicaciones, ni a ti ni a nadie, pero aun así voy a hacerlo. Estoy hablando con una amiga y ahora, si me disculpas...

—Perdona, lo siento mucho. Yo... te espero dentro.

—Sí, porque estoy viendo a más de una a punto de sufrir un desmayo...

Fabrizzio me miró sin saber si reír o llorar, pero optó por no hacer ninguna de las dos cosas y darse la vuelta antes de volver a meter la pata.

Respiré hondo y retomé la conversación con Valeria, que seguía muerta de risa, hasta el punto de que apenas era capaz de hablar.

—¿Me puedes explicar a qué ha venido eso?

—¿Lo ves? Es medio gilipollas, por no decir que lo es entero.

—Ese tío me encanta. Se cree el gallo del corral y no llega ni a pollito.

—En eso no llevas razón... Cómo se nota que no has estado con él en la cama.

—Ni quiero, la verdad. Eso sí, si el antipático de la casita de la playa mantuviera la boquita cerrada, te juro que no le haría ascos.

—Espero conocerlo algún día y ya te daré mi opinión.

—Será la misma que la mía.

—Bueno, amiga, te veo mañana. No reserves habitación en ningún hotel, que podemos dormir las dos en la mía.

—Claro que sí, y ponemos al modelo en medio.

—Eso no va a volver a ocurrir, te lo puedo jurar.

—Nunca digas «de esta agua no beberé», que el camino es muy largo y puede darte sed.

—Uy, uy, qué refranera. Esa versión tuya no la conocía yo, fíjate.

—Te dejo, que tengo que cambiar los billetes, a ver si encuentro uno tempranito.

—Y yo tengo que volver a la campaña, que tengo a Di Luca en bóxer paseándose por todo el set.

—A ver si al final le va a dar un jamacuco a alguna señora mayor y vais a tener que lamentarlo.

Soltamos una carcajada y colgamos. Aquella conversación con Valeria me había venido de maravilla, pues me había cambiado el humor por completo y había disipado todo el malestar que llevaba dentro.

—Venga, chicos, volvamos al trabajo.

—Marcela, tal y como te he dicho antes, por favor —le pidió Arturo.

La tal Marcela me miró con mala cara, pero me daba igual. Al día siguiente tendría allí a mi otra mitad, la que me alegraba los días, y no pensaba permitir que aquella mujer me amargara el momento.

Parecía que las advertencias de Arturo y Fabrizio habían surtido efecto, puesto que no tuvimos que repetir ninguna toma.

Mi trabajo había terminado por aquel día y ahora le tocaba el turno al equipo encargado de grabar el anuncio, por lo que empecé a recoger mis cosas para regresar al hotel.

Llamaría a mi hermano para ver si todavía estábamos a tiempo de comer juntos, aunque, por la hora que era, no las tenía todas conmigo. Estaba casi segura de que ya habría almorzado.

Pero me daba igual. Si era así, quedaríamos para tomar un café o una copa, pues lo único que quería era estar con él y recuperar los años que nuestros padres nos habían arrebatado.

Estaba a punto de marcharme cuando vi que Arturo se acercaba a mí sonriendo.

—¿Con quién has hablado para volver con esa cara de felicidad?

—Con quien tú estás pensando.

—¿Qué tal está mi segunda loquita preferida?

—Estupendamente. Además, tenía preparada una sorpresa.

—¿Se ha casado?

—Me parece que me equivoqué de profesión. Tendría que haber estudiado psiquiatría.

—No, cariño, porque con nosotros dos no habrías dado abasto. Pero venga, dime cuál es esa sorpresa, porque tiene que ser buena, a juzgar por tu carita.

—Buena, no, buenísima. Llega mañana. Estoy esperando a que me confirme la hora.

Arturo empezó a gritar y a saltar a mi alrededor como un niño pequeño al que acababan de decirle que al día siguiente iría al parque de atracciones.

—Ahora me marchó, que quiero ver si puedo comer con mi hermano o, al menos, tomarme un café con él.

—Tu hermano está para mojar pan, chica. Qué calladito te lo tenías.

—Arturo, hacía más de cinco años que no lo veía. No sabía si había engordado o se había quedado calvo. Ni siquiera sabía que vivía aquí; yo creía que seguía en Suiza.

—Me alegro de que os hayáis reencontrado, de verdad.

—Nos vemos luego, si es que no pasas la noche con Carlo.

—Yo me quedo. Voy a esperar a que termine y así nos marchamos juntos.

Le dejé un beso en la mejilla y, mientras me alejaba, no pude evitar volver la cabeza para mirar a Fabrizio, que seguía concentrado en su trabajo.

Capítulo 11



Una vez en el hotel y después de darme una ducha, bajé al restaurante a comer.

Al final, no pude hacerlo con mi hermano, puesto que tenía una reunión importante y no podía escaparse ni aplazarla.

No me importaba comer sola, pero me había hecho ilusiones de hacerlo acompañada. Qué le íbamos a hacer.

El restaurante estaba a rebosar, pero, como por arte de magia, encontré una mesa que acababa de quedarse libre. No dudé en correr hacia ella, aunque alguien se me adelantó.

Era un hombre de unos cuarenta años, guapísimo y, por su aspecto, de lo más educado.

No sé si fue porque me quedé mirándolo o porque me vio cara de hambrienta, pero el caso es que, unos minutos después, me hizo un ofrecimiento.

—Si no te importa, podemos compartirla.

—No me gustaría importunarlo.

—No me importunas. Y tutéame, por favor, que, si no lo haces, me siento demasiado mayor.

—Entonces, por mí, encantada. Soy Ainoa.

—Un placer, Ainoa. Me llamo Moisés, pero todo el mundo me dice Moi.

—Pues nada, aunque yo no soy todo el mundo, te llamaré Moi.

El hombre soltó una carcajada que terminó contagiándome y me senté con él.

Me contó que se dedicaba a la importación y exportación de productos españoles y que por eso se encontraba en la ciudad, pues tenía varias reuniones con clientes potenciales.

Yo también le expliqué a qué me dedicaba y se sorprendió bastante, porque decía que tenía aspecto de ejecutiva importante.

Lo cierto es que aquel hombre me caía bien y conseguía que me sintiera muy cómoda. No sabía cuánto tiempo iba a permanecer él en Milán y ni siquiera yo tenía claro cuánto me quedaría, pero no dudé en preguntarle si le apetecía salir a cenar y conocer un poco la ciudad aquella noche.

—Chica, qué rápida eres. Eso iba a preguntarte yo ahora mismo.

—Entonces, ¿qué me dices?

—Por supuesto que sí. Nos vemos en el vestíbulo a las ocho y media. ¿Te viene bien?

—Me viene perfecto. Gracias por este ratito tan agradable.

—Gracias a ti, Ainoa.

Subí a mi habitación para descansar un rato. Encendí la televisión y puse uno de esos concursos que tanto me gustaban y que emitían en el canal internacional.

No sé cuándo ni cómo, pero me quedé dormida. Me despertó la vibración del móvil sobre la mesilla de noche, donde lo había dejado al llegar.

—Hermanita, ¿cenamos juntos?

—Hola, Saúl. Como no sabía si podrías, he quedado con un amigo. ¿Te apetece venir con nosotros?

—No quiero estropear la cita...

Mi hermano soltó una risilla que no me gustó nada, pues daba a entender que había quedado con su amigo del alma, cuando no era así, y no dudé en aclarárselo.

—No he quedado con quien estás pensando.

—¿No habéis pasado la noche juntos?

—Tú lo has dicho: la noche, nada más. Esta mañana se ha comportado como si tuviera algo contra mí.

—No me lo estás diciendo en serio.

—Sí, completamente.

—Este tío es gilipollas desde que iba en los huevos de su padre.

—Definitivamente, estoy de acuerdo contigo.

—Espera, si no es con Fabri con quien has quedado... ¿Con quién vas a cenar entonces?

—Con un hombre que he conocido esta tarde. Se llama Moisés y está aquí por negocios.

—Ten cuidado, Ainoa, que el mundo no está como para largarse con cualquier desconocido.

—Si fuera por eso, tú no te acostarías con nadie.

—Pero es diferente...

—No me digas que es porque tú eres un hombre, ya que eso sí que no pienso permitírtelo. Ya he escuchado esa excusa demasiadas veces.

—Tienes razón y te pido perdón. Tan solo quiero pedirte una cosa.

—Dime.

—En cuanto regreses al hotel, envíame un mensaje, por favor, para que me quede tranquilo.

—Es curioso que, después de tantos años sin saber de mí, ahora te salga la vena protectora.

—No me ataques por ahí, Ainoa. Te aseguro que siempre he estado preocupado por ti. Otra cosa es que tú no lo supieras.

—Ahora me toca a mí pedirte perdón.

—Venga, olvidémoslo y corramos un tupido velo.

—Te quiero, hermano.

—Yo también, enana. No lo dudes nunca.

Con aquella simple palabra recordé nuestros primeros años de vida, cuando él me llamaba con ese apelativo cariñoso, y me invadió una nostalgia horrorosa.

Eso había sido antes de que nuestros padres empezaran a ponernos el uno contra el otro, antes de que iniciaran su campaña para separarnos y poder hacer con nosotros lo que quisieran.

Por suerte, no lo habían conseguido, al menos no del todo, aunque nadie podría devolvernos los años que habíamos pasado separados.

Terminé la llamada con mi hermano y me metí en la ducha para empezar a arreglarme, pues se me había echado el tiempo encima y, si seguía así, llegaría tarde.

Al salir, me apliqué un producto para definir mis rizos sin necesidad de secarlos, porque hacerlo me habría llevado un tiempo precioso.

Una vez arreglado el pelo, empecé con el maquillaje, que apliqué de manera sutil: tan solo máscara de pestañas y los labios pintados de rojo.

Sí, sé que es un tópico, pero, cuando me ponía aquel color, me sentía otra mujer, más segura y fuerte, y siempre que podía recurría a él.

Elegí un vestido azul marino, de escote en uve y estilo camisero, que me gustaba mucho y con el que me sentía sexy y cómoda a la vez.

Unas sandalias rojas de tacón medio, a juego con mis labios, completaron el conjunto. El bolso era multicolor, tipo bandolera y con una cadena dorada que aportaba un toque informal a todo lo elegido.

Cuando llegué al vestíbulo, Moi ya estaba esperándome. Llevaba unos pantalones de lino verde botella y una camisa blanca remangada hasta los codos.

Decir que estaba guapísimo era quedarse muy corta. Las mujeres que se encontraban a cien metros a la redonda no podían evitar fijarse en él.

—Vaya, si esta mañana estabas guapa, ahora estás... sencillamente increíble.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

—¿Dónde te apetece ir?

—Siendo sincera, no conozco nada aparte de la plaza en la que hemos estado trabajando esta mañana, así que dejaré que me sorprendas.

—Eso me gusta, porque conozco el sitio ideal para cenar y tomar una copa.

—Entonces, vámonos antes de que nos quedemos sin mesa.

Moi me ofreció el brazo y yo me agarré a él con todo el gusto del mundo. Al día siguiente ambos trabajábamos temprano, por lo que no podíamos quedarnos hasta demasiado tarde o no daríamos pie con bola en nuestras obligaciones.

Había pedido un taxi, pues el hotel estaba bastante lejos del restaurante al que pensaba llevarme. Además, aunque los zapatos eran muy cómodos, no lo suficiente como para caminar hasta allí sin que acabaran doliéndome los pies.

—Te noto tensa, Ainoa, y quiero que sepas que no tengo ninguna mala intención contigo.

—Lo sé, se nota. Y no es tensión, sino una mezcla de nervios y expectación, la verdad.

—¿Se puede saber qué esperas de esta noche?

—Siendo sincera, solo pretendo sentirme a gusto, estar cómoda y olvidarme de todo lo que llevo encima.

—Lo vas a conseguir, te lo prometo.

Casi sin darnos cuenta, llegamos al restaurante, que tenía unas vistas preciosas de aquella parte de la ciudad, pues la mesa que nos asignaron estaba en la terraza.

Parecía que nos encontrábamos en el escenario de una película romántica, porque el ambiente no podía ser más bonito.

Moi empezó a contarme que acababa de separarse y que tenía una hija de diecisiete años que había decidido quedarse a vivir con él.

—¿Llevabais mucho tiempo casados?

—Toda la vida. No es que estuviéramos casados desde que nacimos, pero empezamos juntos siendo dos niños.

—Quizá ese fuera el problema, que llevabais tantos años juntos que la relación terminó desgastándose.

—No, no tiene nada que ver con que empezáramos a salir con quince años y nos casáramos con veinte.

—¿Entonces? ¿Qué os llevó al divorcio? Si no es indiscreción.

—Para nada. Pretendemos seguir siendo amigos, así que no tiene nada de malo que lo preguntes.

—Ya, pero acabamos de conocernos y quizá no te apetezca hablar de eso.

—De verdad, no hay ningún problema. Tan solo puede resultar chocante. Lo fue para mí, así que imagino que para los demás también lo será.

—¿Tan malo fue? ¿Se acabó el amor?

—Para nada. Quiero a mi exmujer como el primer día, pero no se puede luchar contra una decisión como la que ella tomó.

Moi me contó que su mujer, Casandra, había padecido un cáncer de mama y que tanto él como su hija habían permanecido a su lado durante toda la enfermedad.

—Fueron dos años muy largos hasta que, por fin, pudo tocar la campana que anunciaba el final del tratamiento.

—¿Entonces? ¿Qué sucedió?

—Después de pasar por aquello, nos dijo que se había dado cuenta de que la vida era demasiado corta y de que había renunciado a muchas experiencias por permanecer a nuestro lado...

—Y quería recuperar el tiempo perdido.

Debería haberme guardado aquella frase, pero, como me ocurría tantísimas veces, mi boca habló antes que mi mente y la dije en voz alta.

—Eso mismo fue lo que dijo. Que necesitaba saber qué se sentía al estar con otros hombres, salir de fiesta, viajar y actuar sin tener que pensar que nosotros la estaríamos esperando en casa, como antes.

—Déjame decirte algo, aunque pueda sentarte mal, pero hay cosas que no soy capaz de callarme.

—No me sentará mal. Mi hija es la primera que lo piensa y lo dice, te lo aseguro.

—Tu mujer ha sido muy egoísta. No ha pensado en el dolor que podía causaros.

—Pues sí, pero, si eso es lo que quiere, no seré yo quien le diga que no debe hacerlo.

—Claro. Igual que entiendo que tú no tengas por qué aguantar que se acueste con unos y con otros mientras esperas a que se decida.

—Por supuesto que no voy a consentirlo. Jamás, durante todo el tiempo que estuvimos juntos, le fui infiel, por muchas oportunidades que tuve, tanto en mis viajes como en las cenas de negocios.

—Y eso dice muchísimo de ti como hombre. No te arrepientas de haberla amado de esa manera.

—Sé que me costará encontrar otra pareja. No porque esté cerrado al amor o haya dejado de creer en él, sino porque, mientras siga sintiendo lo que siento por ella, no engañaré a nadie.

No pude evitarlo y me levanté para abrazarlo. Los dos lo necesitábamos. Lo comprendía a la perfección, pero la verdadera sorpresa llegó cuando me separé y levanté la vista.

Allí, observándome con dolor y rabia, estaba Fabrizzio, acompañado de mi hermano, que, a diferencia de él, contemplaba la escena con diversión y una sonrisa en los labios.

—Veo que no te aburres y que has encontrado pronto un sustituto.

—Y eso lo dice quien le ha comido la boca a una tía a la que no soporta.

—A quién bese o deje de besar no es asunto tuyo.

—¿Y con quién esté yo sí es asunto tuyo?

—Venga, Fabri, vamos a cenar y deja a mi hermana en paz.

Capítulo 12



Fabrizzio

Llegué a casa agotado, tanto física como mentalmente, así que llené la bañera, eché unas sales y me metí dentro con una copa de vino.

Cuando la campaña se desarrollaba en Milán, no necesitaba que me reservaran una habitación de hotel. Prefería dormir en mi cama, donde me sentía mucho más cómodo.

Estaba casi dormido debido a la relajación que sentía cuando escuché sonar el teléfono y alargué la mano para contestar.

—Hola, cabronazo.

—Saúl, estoy agotado y no tengo ganas de sermones ni de tonterías.

Pensé que me llamaba para echarme la bronca por lo que había ocurrido con su hermana, pero me equivoqué de todas todas.

—¿Y de salir a cenar con tu mejor amigo? ¿De eso tienes ganas?

—Siempre y cuando no mencione a su perfecta hermana, puedo hacer un esfuerzo.

—Hecho. Nos vemos en el restaurante de siempre a las nueve. El que llegue primero que pida una cerveza para el otro.

—Claro, y, cuando llegue, estará como caldo de puchero, como dices tú.

—Tienes razón. Mejor las pedimos cuando estemos allí los dos.

Salí de la bañera, pues eran casi las ocho de la tarde y todavía tenía que arreglarme, sobre todo el pelo, que era lo que más tiempo me llevaba.

Fui hasta el vestidor para elegir la ropa que iba a ponerme. No me resultaba difícil ir siempre como un pincel, porque era bastante presumido, pero, aun así, también sentía la presión de los medios.

No podían verme con un aspecto desaliñado o la prensa se lanzaría sobre mí como si fueran buitres y yo su cadáver favorito.

Al final, me decanté por unos pantalones chinos de color chocolate, que se llevaban mucho aquel año, y una camiseta blanca a juego con las deportivas.

El restaurante al que íbamos no tenía un código de vestimenta establecido, aunque era lógico que nadie apareciera allí en bañador y chanclas.

Me monté en el coche y me dirigí hasta el lugar en el que habíamos quedado. Por suerte, el restaurante disponía de un aparcamiento estupendo, porque en aquella zona era imposible encontrar un hueco, os lo aseguro.

La imagen de Ainoa dormida sobre mi pecho seguía instalada en mi mente y un nudo volvió a formarse en mi estómago.

¿Estaba dispuesto a mantener aquella actitud y perderla para siempre? ¿O, por el contrario, sería capaz de empezar una relación con ella?

Estaba hecho un lío. Necesitaba hablar con Ainoa, averiguar qué pensaba de todo aquello y encontrar un punto medio en el que ambos nos sintiéramos cómodos.

Como había quedado con su hermano, quien mejor debía de conocerla, pensaba preguntarle cuál sería la mejor manera de acercarme a ella.

—¿Vienes a cenar o estás preparando un viaje a la Luna?

—Muy gracioso. Estaba pensando. Tengo que hablar contigo.

—Vaya, al final vas a ser tú quien mencione a mi hermana.

—Me conoces tan bien que sabes de qué quiero hablarte antes incluso de que abra la boca.

—Son muchos años, amigo.

—Está bien, entremos. Esta conversación será un poco más llevadera con un buen plato de pasta y una copa de vino delante.

Mi amigo soltó una carcajada que terminó contagiándome mientras entrábamos en el restaurante y solicitábamos una mesa en la terraza, que era donde solíamos sentarnos.

El jefe de sala nos conocía muy bien y normalmente nos reservaba la misma, pero en aquella ocasión nos dijo que estaba ocupada.

—Mientras sea en esa zona, nos da igual la mesa, Sandro —le dije al hombre con una sonrisa.

—Eso mismo, salvo que pretendas sentarnos sobre dos cojines y ponernos una caja de cervezas como mesa —añadió Saúl.

—No, por favor, y mucho menos tratándose de unos clientes como vosotros.

Pasamos a la terraza riéndonos por las ocurrencias de Saúl y, justo cuando nos acercábamos a nuestra mesa, los vi.

No podía creerlo. Allí estaba Ainoa con otro hombre, fundidos en un abrazo que dejaba patente la complicidad y la cercanía que existía entre ellos.

Os prometo que fue como si me atravesaran el corazón con un puñal. En aquel instante comprendí que, por mucho que intentara negarlo, esa mujer se había apoderado de él.

El simple hecho de imaginarla con aquel tipo de la misma manera en que había estado conmigo consiguió erizarme el vello.

Me acerqué a ella y le solté lo peor que podía haberle dicho. Me di cuenta nada más hacerlo.

—Veo que no te aburres y que has encontrado pronto un sustituto.

—Y eso lo dice quien le ha comido la boca a una tía a la que no soporta.

Fue un intercambio breve, pero suficiente para que la brecha que ya existía entre nosotros se convirtiera en un abismo.

Saúl observaba la escena con una diversión que yo no comprendía, pero decidió que ya había tenido bastante y me animó a sentarme a cenar.

No podía apartar la vista de ellos, sobre todo de él, que había quedado sentado frente a mí, y notaba cómo la sangre me hervía cada vez más.

—Deja de apretar la mandíbula o mañana tendrás que hacer las fotos con la boca cerrada.

—¿Te has dado cuenta?

—¿De que estás enamorado de mi hermana? Sí, desde antes de entrar en el restaurante.

—No seas cabrón, hazme el favor.

—¿Cabrón yo? Venga ya, hombre, como si no tuvieras pensado hablarme precisamente de eso.

—Sí, pero creo que se me han quitado las ganas.

—No te cierres. Tan solo es un amigo.

—Ese tipo quiere ser algo más que su amigo. Te lo digo yo, que soy hombre.

—Oh, no me había dado cuenta de que yo era un ornitorrinco. Perdona.

—Sabes a qué me refiero.

—Yo también soy hombre y en él solo veo a alguien que necesita atención, nada sexual, te lo aseguro. Parece que quiere contarle su historia a una persona que no lo juzgue.

—Esos son los peores, te lo prometo.

—¿Sabes qué creo que te ocurre, Fabri?

—Si no me lo cuentas, me parece que no voy a averiguarlo nunca.

—Amigo, tienes un ataque de celos de padre y señor mío.

—Nunca he sido celoso. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

—Hasta que ha llegado ella y ha puesto tu vida patas arriba.

—No puede ser eso. Solo nos hemos acostado una vez.

—Y una sola noche ha bastado para que mi hermana te robe el corazón.

—Tengo que encontrar la manera de acercarme a ella, pero, cada vez que lo intento, termino saboteándome a mí mismo.

—Eso tiene fácil solución, amigo.

—¿Y cuál es? Vamos, señor sabihondo, ilumíname.

—Dile lo que sientes sin tapujos. Ábrele tu corazón.

—Claro, ahora mismo voy hasta su mesa para decírselo.

—Si no estás dispuesto a hacerlo, será mejor que te olvides de ella y la dejes marchar para que pueda volver a enamorarse y pasar página.

—Es que no quiero eso.

—Mira, tienes dos opciones: o te armas de valor y le dices cómo te sientes o la dejas ir. Ahora eres tú quien tiene que decidir qué hacer.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer con la arquitecta?

—De momento, en cuanto vuelva a España el mes que viene, pienso invitarla a cenar.

Estuvimos cenando mientras seguíamos hablando de todo y de nada, pues decidimos dejar aparcado durante un rato el tema de su hermana.

Ainoa y aquel tipo continuaban cenando tranquilamente, pero, cada vez que él conseguía hacerla reír, sentía que el puño que me oprimía el corazón se cerraba un poco más.

No era capaz de apartar la vista y, siendo sincero, ni siquiera escuchaba lo que Saúl me estaba diciendo.

—He visto un apartamento en Marte que me vendría muy bien para vivir allí.

—Genial.

—Y te llevaré conmigo. He hablado con un marciano que está interesado en que te cases con su hija. Eso me hará millonario.

—Me parece perfecto.

—Tío, ¿eres gilipollas de nacimiento o te has vuelto así con el tiempo?

—¿Perdona?

—Que no has escuchado nada de lo que te he dicho.

—Tienes razón y lo siento, pero...

—Ya, estabas más pendiente de mi hermana que de mí.

—No he podido apartar la vista. Es culpa mía.

—Por supuesto que es culpa tuya. Tú eres quien se ha comportado como un cretino con ella y no tienes más que lo que te has buscado.

—Gracias por tu sinceridad. Era justo lo que necesitaba en estos momentos.

Los vi levantarse para marcharse y, ante la posibilidad de que terminaran la noche juntos, me puse en pie sin pensarlo, ignorando lo que Saúl intentaba decirme.

Conseguí alcanzarlos antes de que llegaran a la puerta y salieran del restaurante para perderse de mi vista.

—Ainoa, ¿podemos hablar un momento?

—Fabrizzio, te estás volviendo un poco cansino. Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar.

—Te he dicho que quiero que me llames Fabri. Y sí, tenemos mucho de lo que hablar.

—Mira, estoy agotada tanto física como mentalmente. No entiendo qué quieres de mí y, aunque no te lo creas, esa incertidumbre me desgasta muchísimo.

—Ainoa, preciosa, creo que deberías hablar con él. Os debéis esa conversación, aunque solo sea para cerrar este capítulo de tu vida —le dijo aquel hombre.

Os prometo que me entraron ganas de cogerlo por las solapas de la camisa y apartarlo de ella de un empujón.

¿Quién coño se creía aquel tío para decirle que cerrara ese capítulo de su vida?

¿Acaso pretendía que empezara un nuevo libro con él? Porque podía seguir soñando, ya que yo no pensaba permitirlo.

—Perdona, no nos conocemos, pero esta es una conversación privada —le dije con el tono más educado que fui capaz de utilizar.

—Dejó de serlo en el momento en que decidiste abordarla delante de mí.

—Ainoa, afloja un poco, que tampoco te ha dicho nada —intervino Saúl, que se había acercado al ver lo que ocurría.

—¿Ahora estás de su parte?

—No estoy de parte de nadie, hermanita, pero es cierto que os debéis una conversación. No tiene por qué ser hoy ni en este momento, pero que necesitáis hablar es indudable.

—Ainoa, por favor, déjame hablar contigo.

—Está bien, pero ahora no. Mañana, cuando terminemos de trabajar.

—¿No puede ser antes, por favor?

—No, porque, después de las fotos, tengo que ir a recoger a mi mejor amiga al aeropuerto.

—Ahora, por favor. Tan solo serán unos minutos.

Me miró hastiada y comprendí que estaba agotando la poca paciencia que le quedaba. Si volvía a negarse, dejaría de insistir. No me gustaba obligar a nadie a hacer algo que no quisiera.

—Me duele la cabeza, Fabri, y sé que, cuando empecemos a hablar, no serán solo unos minutos.

—Está bien. Disfruta de la noche. Cuando te apetezca, ya sabes dónde encontrarme.

Me di la vuelta y me dirigí hacia mi coche. Ni siquiera me despedí de Saúl, que se quedó allí mirando a su hermana como si no terminara de comprender lo que acababa de ocurrir, aunque no sabía si dudaba de ella o de mí.

No me apetecía volver a casa, así que me detuve en el primer local de copas que encontré, entré y pedí una copa antes de sentarme en la barra.

Mi deseo de que nadie me reconociera estuvo a punto de cumplirse, hasta que una mujer se sentó a mi lado y se quedó mirándome.

Capítulo 13



—No deberías haberle dicho eso, Ainoa.

—¿Qué pasa? ¿Tengo que romper todos mis planes porque al señorito le apetezca?

—Tampoco es eso, pero no perdías nada por hablar con él.

—Claro que sí: mi dignidad. Tú no estabas allí esta mañana cuando me ha tratado como a un trapo. Tampoco estabas delante cuando se ha morreado con una de las modelos, a la que, además, no soporta, y todo para humillarme.

—No creo que lo haya hecho por eso, Ainoa.

—Entonces, ¿por qué, según tú?

—Porque no sabe gestionar sus sentimientos, hermana.

—Tu hermano tiene razón. No todo el mundo sabe gestionar lo que siente, Ainoa. Deberías darle la oportunidad de explicarse —me dijo Moi.

—Está bien. Mañana, en cuanto lo vea, hablaré con él, pero eso no significa que vaya a perdonarlo.

—No tienes que hacerlo si no quieres, tu corazón es tuyo, pero piénsalo bien antes de tomar una decisión —me respondió Moisés.

—Gracias, Moi, por ser tan comprensivo.

—Tan solo espero que nuestra amistad dure mucho tiempo.

—No lo dudes. Será una de esas amistades para toda la vida.

—¿Os llevo a alguna parte o tenéis coche? —preguntó mi hermano.

—Pues sí, puedes llevarnos al hotel, que estoy muerta de cansancio y no puedo con mi cuerpo —le contesté.

—Anda, vamos, que tengo el coche ahí.

Me senté en el asiento delantero, junto a mi hermano, mientras Moi ocupaba el trasero, desde donde entabló una conversación con Saúl.

Estuvieron hablando sobre sus trabajos, sus vidas y todo lo que tenían pensado hacer en un futuro próximo como si se conocieran desde siempre.

Era cierto que mi hermano estaba más cerca de la edad de Moisés que yo, pero, aun así, con él me sentía como en casa y podía hablar de todo sin sentirme juzgada ni intimidada.

No dejaba de darle vueltas a cómo abordar a Fabri al día siguiente, pues, por lo poco que lo conocía, tenía claro que no sería él quien se acercara a mí.

No hablaríamos hasta que yo diera el primer paso y tenía que encontrar la manera de hacerlo sin que se sintiera acorralado.

Sin darme cuenta, habíamos llegado a la puerta del hotel. Moi y mi hermano ya se habían bajado del coche y estaban hablando, mientras yo continuaba sentada, sumergida en mis pensamientos, como si la cosa no fuera conmigo.

—¿Te bajas o te vienes a mi casa? —me preguntó mi hermano.

—¿Cómo?

—Que si te...

—No hace falta que lo repitas, que ya te he escuchado a la primera.

—Pues, ¿para qué preguntas?

Aquello parecía un diálogo de besugos y Moi nos miraba alternando la vista entre uno y otro, sin entender muy bien qué estábamos haciendo, hasta que no pudo más y soltó una carcajada que terminó contagiándonos.

—Sois únicos, de verdad.

—Gracias a Dios y a la Virgen del Carmen —le contesté.

—Por un momento, parecía que estaba viendo uno de esos sketches de televisión en los que aparece un matrimonio discutiendo.

—Casi, casi, amigo —le dijo mi hermano, secándose las lágrimas provocadas por la risa.

Nos despedimos de Saúl y entramos en el vestíbulo del hotel, donde esperamos a que llegara el ascensor para subir a nuestras habitaciones.

Justo cuando estábamos a punto de entrar, aparecieron Arturo y Carlo, riendo y agarrados de la mano como si fueran una pareja consolidada.

—Aquí está mi fotografía favorita —me dijo Carlo, dándome un beso en la mejilla.

—Claro, como que soy la única. El siguiente ya es este y con él tienes algo más que una relación profesional.

—Hola, soy Arturo —se presentó mi amigo ante Moi.

—Encantado. Yo soy Moisés, pero todo el mundo me llama Moi.

—¿Estás casado, Moi?

—¡Arturo! Por favor, perdona su indiscreción, no tiene remedio —le dije a Moi mientras miraba a mi amigo de manera recriminatoria.

—Lo siento, pero, como te he visto tan guapo, he pensado que eras el hombre ideal para mi amiga. —Se disculpó, aunque, cada vez que hablaba, metía un poco más la pata.

—Amor, te he dicho que debes dejar de meterte en la vida amorosa de todo el mundo. Te llamas Arturo, no Celestina —dijo Carlo.

Todos empezamos a reír, Moi el primero.

—Anda, vamos a subir antes de que sigas metiendo la pata, amigo.

—Sabes que la cerveza me sube muy rápido y me he tomado tres.

—Pues, para la próxima, pide agüita, campeón —le aconsejó Moi, volviendo a reír.

El ascensor se detuvo en mi planta y Moi salió un momento al pasillo. Su habitación estaba más arriba, por lo que se quedó junto a la puerta para impedir que se cerrara y poder continuar subiendo.

—Ten dulces sueños, preciosa, y piensa bien qué quieres hacer respecto a ese chico.

—Gracias. Sí, lo pensaré.

—Nos vemos mañana. Te enviaré un mensaje cuando esté disponible y nos tomamos algo, que todavía me queda mucha ciudad por enseñarte.

Me dio un beso en la mejilla y volvió a entrar en el ascensor. Yo me quedé plantada en el pasillo hasta que las puertas se cerraron.

En cuanto Moi dejó de vernos y oírnos, Arturo se plantó delante de mí, con las manos en jarras, esperando a que le contara quién era aquel hombre.

—Anda, entrad en mi habitación y os lo cuento, que estáis deseando saberlo, cotillas.

—Te lo dije, no haría falta ni preguntarle —comentó Arturo, dirigiéndose a su chico mientras entrábamos en mi habitación.

Una vez dentro, nos acomodamos los tres en la cama y empecé a relatarles todo lo que me había sucedido desde que entré en el restaurante a comer hasta el encontronazo con Fabri.

—Amiga, sigo pensando que mi compañero está coladito por ti, pero no sabe cómo actuar —me dijo Carlo.

—Eso mismo dice mi hermano, pero yo no estoy tan segura, la verdad.

—¿No piensas hablar con él?

—Sí, pero no aguanto más tonterías, te lo prometo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues muy sencillo: no pienso quedarme a medias tintas con él. Será todo o nada, sin más vuelta de hoja.

—No puedes ser tan radical, Ainoa. Tenéis que encontrar un punto medio.

—Claro, un punto medio en el que él venga a buscarme cada vez que le pique el asunto y quiera tema y, después, cada uno por su lado.

—Hija, lo pintas como si fuera un obseso sexual —me riñó mi compañero.

—No es eso. Lo que ocurre es que ya estoy cansada de que todo el mundo me utilice a su antojo. Va siendo hora de que empiece a hacerme valer, aunque solo sea un poco.

—En eso tienes razón, Ainoa. Si quiere estar contigo, debe aceptar, al menos, que haya exclusividad y que no todo se reduzca al sexo —me dijo Carlo.

—¿Lo ves? A eso me refiero, Arturo. Quiero hacer cosas normales, como cualquier pareja.

—Eso de la normalidad depende de cada uno.

—Para mí solo significa una cosa. Quiero salir a cenar, ir al cine o tomar una copa sin tener que esconderme de nadie y, por supuesto, que no venga a mi habitación a escondidas, como hizo la otra noche.

Arturo no me entendía y yo sabía el motivo. Llevaba tanto tiempo viviendo con Martín una relación como la que acababa de describir que la había normalizado.

Al final, se marcharon bien entrada la madrugada. Sabía que al día siguiente estaría hecha una piltrafa, pero había merecido la pena.

Gracias a todo lo que habíamos hablado, tenía más claro que nunca lo que quería y lo que no, así que no me costaría hacérselo saber a Fabri si finalmente hablábamos.

Me acosté con la tranquilidad de tener las ideas claras, pero también con los nervios de saber que, al día siguiente, a aquellas horas, ya estaría con mi amiga, a la que me moría de ganas de ver.

Cerré los ojos, pero la imagen de Fabrizzio acudió a mi mente una y otra vez, impidiéndome descansar.

Recordé cómo me había tocado en aquella misma cama, la forma en que había recorrido todo mi cuerpo con los labios y cómo me había penetrado, y sentí que la sangre comenzaba a arderme.

—Me cago en tu estampa, italiano de mierda —murmuré para mis adentros, pues no había nadie más en la habitación.

Me levanté de la cama y me metí en la ducha para ver si así conseguía aliviar los calores que me habían entrado.

Capítulo 14



A la mañana siguiente, me levanté como si la noche anterior me hubiera bebido todo el vino almacenado en una bodega, cuando lo cierto era que solo había tomado una copa de blanco.

Aquella especie de resaca y el dolor de cabeza tenían poco que ver con lo que había bebido. Eran más bien emocionales, provocados por la cantidad de vueltas que le había dado a todo.

Volví a meterme en la ducha, pues necesitaba terminar de espabilarme y, después de vestirme de manera cómoda, bajé al restaurante a desayunar.

Necesitaba que me inyectaran el café en vena, pero, como no podía ser, pedí uno doble, sin leche ni azúcar, y una tostada con aceite y pechuga de pavo.

Me habría gustado mucho más con jamón ibérico, pero allí era difícil encontrarlo, así que tendría que conformarme con aquello.

Continuaba teniendo hambre, por lo que volví a llamar al camarero y le pedí algo dulce. Me recomendó una especialidad típica de la zona, la torta paesana.

Se trataba de una tarta de chocolate con piñones, pasas y trozos de fruta que, después de verla en la vitrina, descubrí que tenía una pinta estupenda.

Arturo y Carlo me encontraron con un trozo en la boca cuando bajaron a desayunar poco después que yo.

—Las malas lenguas dicen que el chocolate es un sustituto del sexo —me dijo Carlo.

—Quien dijo esa frase no había tenido un orgasmo en condiciones en su vida —le contestó Arturo.

El trozo que estaba masticando casi provocó que me ahogara de la risa por la manera en que lo dijo, completamente convencido.

—Idiota, que casi me ahogo por tu culpa.

—No, idiota es quien afirmó eso, te lo aseguro.

—¿Listos para lidiar otro día más con la odiosa de Marcela? —preguntó Carlo.

—Más que listos. Batalla es nuestro segundo apellido, chaval —le contestó su chico.

—Pues yo, qué quieres que te diga, me da igual lo que haga mientras me deje trabajar tranquila.

—Eso es lo que queremos todos, pero me parece que sigue en pie de guerra.

—¿Tan mal terminó todo ayer?

—Peor que mal, te lo juro. Fabri le dijo que parecía una muñeca de cera y el responsable de grabar el anuncio le reprochó que no tuviera expresividad.

—Vamos, que fue todo un desastre. Espero que, al menos, hayan terminado de grabar y no nos retrasen a nosotros.

—Pues siento comunicarte que no. Tenían que continuar a primera hora de la mañana.

—Me cago en la leche. Eso me retrasará para ir a recoger a Valeria.

—Siempre puedes decirle que coja un taxi y vaya hasta donde estemos —me propuso Arturo.

—Sí, no me quedará otro remedio, pero no me gusta.

—Sabes que ella no se molestará.

—Pero yo sí. Siempre tiene que haber algún tonto dando por culo en todos los trabajos.

Terminamos de desayunar y nos dirigimos hasta la parada en la que el microbús nos recogía a diario.

El trayecto no era demasiado largo, pero, si podíamos ahorrarnos aquella caminata, mucho mejor, porque nos esperaba un día intenso en todos los sentidos.

Entramos en el microbús y una de las chicas de maquillaje y peluquería, que tenía el teléfono en la mano, nos miró con una sonrisa.

—Desde luego, este hombre es un portento. No pierde una oportunidad —nos dijo.

—¿A quién te refieres? —preguntó Carlo.

—A Di Luca, que aparece en toda la prensa digital besándose con una morena como si no hubiera un mañana.

Os prometo que sentí cómo se me desplomaba la tensión. Arturo se dio cuenta y no tardó en quitarle el móvil de las manos para comprobar si lo que decía era cierto.

—¡Me cago en toda su estampa! —exclamó.

—No te pongas así, chico, que tú ya sabías que este no jugaba en tu liga —le dijo ella.

Arturo no quiso seguir haciendo aspavientos, por lo que se sentó a mi lado y habló antes de que yo pudiera decir nada.

—No adelantes acontecimientos, por favor.

—Yo no he adelantado nada. En todo caso, quien se ha adelantado a todo y a todos ha sido él.

—Sois los dos iguales, de verdad.

—Eh, a mí no me compares con él, que yo no me he liado con nadie.

—Pero te fuiste a cenar con Moi.

—No es lo mismo. Para mí es un amigo y no me han fotografiado comiéndome la boca con nadie.

—Habla con él. No lo dejes pasar, por favor.

—Por supuesto que no pienso dejarlo pasar. En cuanto tenga la oportunidad, me acercaré a él y le diré todo lo que tengo que decirle.

Mi amigo sabía a qué me refería. No solo quería hablar de lo que había sucedido entre nosotros, sino que también pensaba reclamarle y reprocharle lo que había hecho la noche anterior.

Llegamos al set, donde ya estaban grabando lo que faltaba del anuncio. Después tendría lugar un cambio de vestuario y de localización, pues nosotros ya habíamos terminado las fotografías de aquella zona.

Preparé todo lo necesario para llevar a cabo mi trabajo y, cuando terminé, levanté la vista. Allí estaba la mujer con la que Fabri se había liado la noche anterior.

Fue como recibir una patada en el estómago y tomé una decisión. No sería yo quien se acercara a pedir explicaciones. Que lo hiciera él, que era quien me había fallado.

—Ainoa, Fabri está en el vestuario. Deberías aprovechar para ir a hablar con él.

—Que siga soñando. ¿Has visto quién está ahí?

Al señalar la zona en la que se encontraba aquella mujer, descubrí que ya no estaba allí y mi cabeza hizo el resto. Seguro que se había metido en el vestuario con él. Entonces cambié de opinión.

—Mira, ¿sabes qué? Voy a decirle algo.

—Ainoa, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte, por favor.

—No te preocupes, no lo haré.

Me dirigí con paso firme hacia el vestuario donde suponía que estaría Fabrizzio, pero no lo encontré allí, así que empecé a preguntar por él.

—¿Habéis visto a Fabrizzio? Tengo que hablar con él de algo urgente.

—Sí, acabo de cruzarme con él. Iba en esa dirección.

Me dirigí hacia la zona que me habían señalado y lo encontré apoyado en una de las barandillas que delimitaban el lugar, como si necesitara estar solo.

—¿Podemos hablar?

—No me apetece. Déjame en paz, que no quiero salir en las fotos con cara de cabreo.

—Creo que me merezco una explicación, ¿no crees?

—No te mereces una mierda cuando tú misma te fuiste anoche al hotel con ese hombre. ¿Qué tal folla? ¿Ha merecido la pena?

—Eres un gilipollas. Si Moi vino conmigo al hotel fue porque también se aloja allí, aunque dos plantas por encima de la mía. Pero bueno, si yo no me merezco ninguna explicación, mucho menos tú.

—Ainoa, espera...

—Vete a la mierda, Fabrizzio.

—No es lo que piensas. Entre esa mujer y yo...

—Me importa un carajo y ahora sí que lo digo de corazón. Te quiero en el set dentro de cinco minutos. Hoy no pienso repetir ni una fotografía, que he quedado y tengo prisa.

Cuando Fabri llegó, aquella mujer apareció de nuevo en escena. Parecía que lo estuviera vigilando y aquello no me gustó nada.

Pero no era asunto mío. Me limitaría a hacer las fotografías y a marcharme a la hora acordada para recoger a Valeria, a la que me moría de ganas de abrazar y besar.

La sesión fue tediosa no lo siguiente. Marcela estaba en plan tocacojones y Fabri tampoco se quedaba atrás.

Estábamos terminando las últimas fotografías cuando se acercó alguien de la organización para hablar con nosotros.

—Chicos, la firma responsable de la campaña organiza esta noche una fiesta en la terraza de uno de los mejores hoteles de la ciudad y quiere que asistáis todos.

—Te referirás a todos los modelos, ¿no? —preguntó la antipática de Marcela, dándoselas de importante.

—No, Marcela. Cuando he dicho todos, me refería exactamente a eso: todos. Desde el equipo de maquillaje hasta los fotógrafos, pasando por el de vestuario.

—¿Hace falta invitación? —preguntó otra de las chicas.

—Sí. Precisamente he venido para repartirlas y explicaros el código de vestimenta. Además, cada invitación permite llevar a un acompañante.

El chico las repartió entre todos e insistió en que nadie debía faltar, pues la firma lo tendría muy en cuenta.

Me apetecía tanto ir a aquella fiesta como que me operaran de apendicitis. Vamos, lo que viene siendo entre cero y nada, pero no tenía más remedio que acudir.

Capítulo 15



Fabrizzio

La mujer que se sentó a mi lado resultó ser muy insistente y, aunque no me acosté con ella, no paró hasta conseguir que la besara.

No era mi tipo, ni mucho menos. A mí me gustaban las mujeres menos artificiales, pero estaba celoso y despechado, así que me dejé llevar hasta que comprendí que aquello era un error.

—Para. Lo siento, pero no quiero seguir. Estoy enamorado de otra mujer y esto sería como traicionarme a mí mismo.

—De una que se ha marchado a su hotel con un hombre al que acaba de conocer, por lo que he podido averiguar.

—¿Perdona? ¿De qué estás hablando?

—Mira, chico, en cuanto te he visto entrar, he sabido quién eras y de dónde venías.

—¿Cómo que sabías de dónde venía?

—La historia es muy larga, pero se resume en que he mandado seguir a esa mujer. Aquí tienes las pruebas.

Giró la pantalla del móvil hacia mí y me mostró unas imágenes de Moi y Ainoa en el vestíbulo de su hotel, dirigiéndose hacia los ascensores. Fue como si me arrancaran el corazón.

A pesar de lo que acababa de enseñarme y contra todo pronóstico, no me fui a la cama con ella. Me aparté y la dejé allí, en medio del local, riéndose a carcajadas.

Había algo en aquella mujer que no me gustaba y, tratándose de mí, eso ya era suficiente. En cuanto detectaba una señal de alarma, huía como si me estuvieran persiguiendo.

No habían transcurrido ni dos horas desde que llegué a casa cuando el teléfono empezó a pitar como un loco por la cantidad de mensajes y notificaciones que estaba recibiendo.

Todos hablaban de lo mismo, pero el que más me cabreó fue el de Saúl, mi mejor amigo y hermano de la mujer que me estaba volviendo loco.

Saúl: *No sé a qué coño estás jugando, pero no pienso consentir que el juguete sea mi hermana. Ya está bien. Aclárate de una puta vez: o te declaras o te alejas de ella para siempre.*

¿Cómo sabía Saúl lo que había hecho? ¿Me había seguido? ¿Tendría algo que ver con la mujer del local de copas?

No tuve tiempo de plantearme nada más, pues mi representante me envió un enlace y me exigió una explicación.

Pinché en él y me llevó hasta un diario digital en el que aparecían varias imágenes mías besándome con aquella mujer.

Era la misma escena captada desde diferentes ángulos, y eso me hizo pensar que todo estaba preparado y que había una intención detrás de aquello.

Me acosté. No quería seguir dándole vueltas. Al día siguiente podría averiguar todo lo que necesitara, pero en aquel momento me tocaba dormir y descansar o aparecería en las fotografías como si acabara de escaparme de una película de terror.

No fue fácil conciliar el sueño, aunque finalmente lo conseguí. Ni siquiera eran las doce cuando miré el reloj por última vez, así que, al menos, podría descansar siete horas.

Cuando sonó el despertador, llevaba un buen rato con los ojos abiertos. Me levanté, me di una ducha y preparé el desayuno.

Después, me monté en el coche y puse rumbo al lugar en el que terminaríamos de grabar el anuncio del día anterior.

No tenía el cuerpo para aguantar demasiadas tonterías, por lo que, nada más llegar, fui directo a buscar a Marcela y ponerle los puntos sobre las íes.

—Hombre, pero si está aquí el modelo del año.

—Mira, niñata, hoy no tengo el cuerpo para aguantar tus tonterías, así que voy a ir al grano.

—¿Qué te pasa? ¿La de anoche no te dejó lo bastante satisfecho?

—Vete al carajo, Marcela. Solo voy a decirte una cosa: como hoy vengas en plan tocapelotas, pediré que te sustituyan. No estamos aquí para perder el tiempo.

—Eso díselo a tu amiguita la fotógrafa, que le pone pegas a todo y tiene sorbido el seso al resto del equipo.

—Sabes que eso no es cierto. Has sido tú quien se ha dedicado a boicotear el trabajo de los demás por un capricho, pero se acabó.

Me di media vuelta y entré en el vestuario. Justo cuando salía, después de cambiarme de ropa, volví a darme de bruces con la mujer del local de copas.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscar a mi hombre.

—No soy tu hombre, te lo aseguro.

—Ah, pero lo serás, no lo dudes.

—¿Qué carajo quieres de mí?

—Uy, me parece que esa pregunta sobra, pero haré como si no la hubiera escuchado.

—Vete a la mierda. Ni siquiera recuerdo tu nombre, así que ahora soy yo quien te asegura que no pasarás ni por la puerta de mi casa, mucho menos por mi cama.

—Ahora no tengo tiempo, pero ya te enterarás de lo que ocurre.

Se dio media vuelta y se marchó, dejándome apoyado en la barandilla del set de rodaje, sin saber qué hacer ni qué decir.

Pero mi mala suerte no terminó ahí. Todavía faltaba una cosa más: la aparición de Ainoa en el peor momento, cuando aún no había conseguido tranquilizarme.

—¿Podemos hablar?

—No me apetece. Déjame en paz, que no quiero salir en las fotos con cara de cabreo.

—Creo que me merezco una explicación, ¿no crees?

—No te mereces una mierda cuando tú misma te fuiste anoche al hotel con ese hombre. ¿Qué tal folla? ¿Ha merecido la pena?

Me arrepentí al instante de todo lo que salió por mi boca, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Ainoa me miró y vi la decepción en sus ojos. Sin embargo, lejos de amilanarse, me dio la explicación que yo le estaba exigiendo, aun sabiendo que no me la merecía.

Después de aquello, me sentí como una mierda. Era como si nada en mi vida tuviera sentido, como si todo por lo que había luchado pudiera irse por la borda a las primeras de cambio.

Tuve que poner mi mejor sonrisa para que nadie notara lo mal que estaba. En cuanto terminara de trabajar, volvería a casa, me daría un baño caliente y me metería en la cama.

No quería pensar, solo dormir. Eso me ocurría siempre que la depresión empezaba a hacer acto de presencia.

No era la primera vez que me sucedía y ya sabía reconocer las primeras señales, por lo que tenía claro que, en cuanto terminara, llamaría a mi psicólogo.

Él era la única persona, junto con Arturo, que lo sabía todo sobre mi vida: mis episodios más oscuros y aquellos hechos que tanto daño me habían causado, pero que, si llegaban a manos de la prensa, podrían destrozármela.

Y no, jamás estuve metido en las drogas ni tuvo nada que ver con algo parecido, pero no os voy a contar nada más. Ya lo sabréis cuando llegue el momento.

Las tomas que faltaban del anuncio se grabaron a la primera y lo agradecí sobremanera. Sentí cierto alivio, hasta que reunieron a todo el equipo para explicarnos el motivo de la presencia de uno de los representantes de la agencia.

Una fiesta. Genial. Justo lo que más me apetecía en aquel momento.

Sin embargo, tal y como nos dejaron muy claro, no teníamos más remedio que asistir todos.

Encima, cuando Marcela preguntó si solo estaban invitados los modelos, aquel hombre respondió que debía acudir el equipo al completo. Eso significaba que me encontraría allí con Ainoa, que seguramente iría acompañada por aquel hombre.

Después del anuncio, cambiamos de vestuario y retomamos la sesión fotográfica. Una de las tomas requería que me subiera a una fuente mientras Ainoa hacía las fotografías desde abajo.

Cada minuto que pasaba me encontraba peor que el anterior. Llegué a temer por mi integridad física, pues empezaba a marearme y no sabía cuánto tiempo sería capaz de mantenerme allí arriba.

—¿Podemos parar un minuto, por favor? —grité desde lo alto de la fuente.

—Hacemos una pausa, pero no más de diez minutos, que vamos con retraso —dijo Ainoa, observándome con atención.

Arturo, al ver mi semblante, se acercó a mí y llegó justo a tiempo para sujetarme, pues todo empezó a darme vueltas.

—Fabri, joder, ¿qué te ocurre?

—Estoy mareado, pero no es nada.

—¿Has comido o bebido algo?

—Tan solo un poco de agua, de una de las botellas que...

—Fabri, las botellas de agua todavía no han llegado. Si has bebido de una, no era de la organización.

—Joder, no digas nada, Arturo, por favor. Acompáñame al vestuario.

Arturo me ayudó a llegar hasta allí. De cara a los demás, me había mareado por el calor y por no haber comido lo suficiente, así que mi amigo solicitó media hora de descanso y un zumo de naranja.

Una vez que estuvimos a solas, le entregué la botella de la que había bebido para que la enviara a analizar sin que nadie más se enterara.

Capítulo 16



Fui a recoger a Valeria al aeropuerto porque Fabrizzio no se encontraba demasiado bien y, como tenía que asistir a la fiesta aquella misma noche, habían aplazado la sesión hasta el día siguiente.

Noté a Arturo demasiado ausente, como si su cuerpo estuviera allí con nosotros, pero su mente se encontrara en un lugar completamente distinto.

—Arturo, ¿qué te ocurre?

—Nada, no te preocupes.

—Precisamente que me digas eso es lo que más me preocupa. ¿Es por Martín?

—¿Perdona? No sé a qué te refieres.

—A Martín y a la fiesta de esta noche. Seguro que aparece con su novia.

—Eso, en estos momentos, es lo que menos me preocupa, te lo aseguro.

—Entonces, ¿qué es lo que te tiene así? Pensaba que confiabas en mí, Arturo.

—Y confío, pero no me corresponde a mí contarlo.

—Somos amigos y compañeros de trabajo desde hace mucho tiempo. Lo que me digas no saldrá de aquí, te lo prometo.

—No es eso... Está bien, te lo contaré, pero no aquí. Lo haremos cuando volvamos al hotel.

—Mira, ahí está la loquita que nos faltaba.

Vimos cómo Valeria salía corriendo hacia nosotros, dejando la maleta abandonada en mitad del camino como si le importara una mierda.

—¡Chicos! No sabéis las ganas que tenía de veros.

—Me lo puedo imaginar, porque yo tenía las mismas o más que tú.

—Amigo, ¿no me das un abrazo?

—Sí, sí, perdona, cariño. Estaba pensando y ni siquiera me he dado cuenta de que habías llegado hasta aquí.

—Tienes cara de funeral, Arturo. ¿Algo que contar?

—Sí, pero nos lo contará en la habitación del hotel. Por cierto, esta noche tenemos una fiesta privada, así que tendremos que buscar algún modelito que ponernos.

—¿Una fiesta privada? Joder, esto sí que es entrar en Milán por la puerta grande.

—Ni que lo digas. Pero, cuanto antes lleguemos al hotel, antes nos contará Arturo qué le ocurre.

Nos montamos en un taxi que paramos en la puerta del aeropuerto y fuimos directos al hotel.

Después, cuando Arturo se hubiera liberado de aquello que lo oprimía y lo tenía tan afligido, bajaríamos a la *boutique* del hotel para ver qué encontrábamos.

Estaba completamente segura de que ni Valeria ni yo tendríamos nada a la altura de un evento de aquel tipo, por lo que no nos quedaría más remedio que buscar algo acorde con la ocasión.

Subimos en completo silencio a mi habitación, aunque me moría de ganas de preguntarle a mi amiga cómo estaba y qué había ocurrido con aquel cliente que la traía loca en todos los sentidos.

—Chicas, lo que tengo que contaros es bastante delicado. Por eso, lo primero que os pido es que seáis discretas.

—Sabes que puedes confiar en nosotras —le respondí.

—Lo sé, pero esto no me afecta directamente a mí, sino a otra persona.

—Ay, chico, por favor, suéltalo ya, que me estás poniendo de los nervios —le pidió Valeria.

Pensaba que sería algo relacionado con Carlo o incluso con Martín. Lo que menos podía imaginar era que aquello que lo tenía tan preocupado se refería a Fabrizzio.

—Hoy han drogado a Fabri durante el rodaje...

—¿Estás seguro de que no ha sido él quien ha tomado algo por su cuenta? —le pregunté.

—Tan seguro como que me llamo Arturo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque lo conozco. Puede ser el hombre más cabrón y antipático del mundo, pero jamás ha consumido nada y tiene sus motivos.

—¿Qué motivos? ¿De qué estás hablando?

—Eso sí que no pienso contároslo. A lo que íbamos: tenemos que ayudarlo y encontrar a la persona que intenta hacerle daño.

Empecé a repasar mentalmente todo lo ocurrido durante el día, como si estuviera viendo una película, y solo había una cosa que no me encajaba: la presencia de aquella mujer.

—Esta mañana estaba en el set la mujer con la que fotografiaron anoche a Fabrizzio.

—Eso no tiene nada de excepcional, Ainoa. Mucha gente se acerca para ver los rodajes.

—Sí, pero no cualquiera consigue entrar en la zona reservada a los modelos.

—A lo mejor la invitó él —sugirió Valeria.

Arturo y yo intercambiamos una mirada. Sabíamos que aquello no era posible porque, por lo que habíamos observado, aquella mujer no era precisamente de su agrado.

—Será mejor que esta noche estemos pendientes de todo, incluido Fabrizzio —dije.

—Sí, pero, para conseguirlo, tendremos que llevar un atuendo acorde que nos permita pasar desapercibidas en el evento.

—Venga, os dejo para que vayáis a buscarlo, pero, por favor, que esto quede entre nosotros. Ni siquiera Carlo lo sabe.

—No te preocupes, no saldrá de aquí.

La idea de que alguien pudiera intentar hacerle daño al hombre del que estaba enamorada puso todos mis sentidos en alerta.

De pronto, empecé a darle vueltas a cosas que hasta aquel momento no me habían resultado extrañas. No me cuadraba que Moi hubiera aparecido justo cuando más necesitaba hablar con alguien ni que, casualmente, me llevara al mismo restaurante al que solían ir mi hermano y Fabri.

—Ahora eres tú la que está rara —me dijo Valeria.

—No estoy rara, estoy intentando ordenar todo lo que tengo en la cabeza.

—Pues empieza por decidir qué nos vamos a poner esta noche, que tenemos que parecer modelos y dejar a todo el mundo con la boca abierta.

—Eso es precisamente lo que no debemos hacer. No podemos llamar la atención.

Bajamos a la *boutique* del hotel y empezamos a revisar los diferentes percheros hasta que lo vi. Era un vestido precioso de color azul noche, largo y sujeto al cuello, que dejaba toda la espalda al descubierto.

Lo cogí con la intención de probármelo, pero algo llamó mi atención. Allí estaba otra vez aquella mujer, sentada en el vestíbulo como si esperara a alguien.

—¿Qué ocurre?

—¿Ves a esa mujer de ahí?

—¿A cuál de ellas?

—A la de la blusa de tirantes, tipo lencero.

—Sí, ya la veo.

—Pues no la pierdas de vista, porque algo me dice que vamos a descubrir mucho más de lo que esperábamos.

—No entiendo nada de lo que me estás diciendo, pero aquí estaré, ojo avizor.

Nos quedamos observándola durante un buen rato, hasta que recibió un mensaje. Lo leyó, se levantó del sillón y salió por la puerta del hotel.

—Me cago en la madre que me parió...

—Explícame quién es esa mujer y por qué te ha molestado tanto que se marchara.

—Es la mujer con la que fotografiaron anoche a Fabrizzio y sospecho que puede estar detrás de lo que le ha ocurrido esta mañana. Parecía que estaba esperando a alguien.

—Hija, me parece que ves demasiadas películas de intriga.

—Piensa lo que quieras, pero me juego una cena a que esta noche aparece en la fiesta.

Entré en el probador con el vestido que había elegido, pero no me gustó cómo me quedaba, así que salí a buscar otro y lo encontré.

Aquel sí me sentaba como un guante. Era de color vino tinto y tenía unos sutiles destellos brillantes. El escote era en uve, con tirantes finos cruzados en la espalda, y el largo llegaba hasta los tobillos.

La tela tenía una caída que parecía flotar y una abertura en la pierna derecha dejaba entrever la piel al caminar.

También compré unas sandalias doradas de tacón y algunos complementos.

Valeria, por su parte, eligió un vestido negro de cuello halter, también con la espalda descubierta y una falda vaporosa, que combinó con unas sandalias plateadas.

—Antes de ir a la peluquería, subimos a la habitación para ducharnos y después invito yo.

—De eso nada. Tú ya has pagado los vestidos, así que la peluquería me toca a mí.

—Estaría bueno que, encima de verte obligada por mi culpa a asistir a una fiesta, también te costara el dinero.

—Claro, como si fuera un tormento. Desde luego, hija, no se puede ser más ridícula que tú.

Subimos a mi habitación, nos dimos una ducha rápida y nos pusimos ropa cómoda que pudiéramos quitarnos sin estropear después el peinado ni el maquillaje.

Cuando terminamos, bajamos a la peluquería. Yo tenía muy claro lo que quería que me hicieran. No me apetecía ir demasiado artificial, por lo que un moño informal me parecía la opción más acertada.

En cuanto al maquillaje, sí quería algo un poco más elaborado. Tenía los ojos verdes y me apetecía que resaltaran, así que se lo expliqué a la maquilladora.

—No te preocupes, tengo el maquillaje ideal para eso. Déjalo todo en mis manos.

—Gracias, estoy segura de que lo harás a la perfección.

Y así fue. Recogió mis rizos en un moño informal, dejando varios mechones sueltos, y el resultado no podía ser más bonito.

Me maquilló los ojos con un ahumado en tonos tierra que resaltaba el verde y pintó mis labios del mismo color que el vestido.

Incluso me hicieron la manicura y la pedicura en el mismo tono porque, como decía Valeria, no podíamos presentarnos allí con las uñas hechas un desastre.

Volvimos a mi habitación y nos pusimos los vestidos.

Cuando nos miramos, casi no nos reconocimos de lo sofisticadas que estábamos, y empezamos a reírnos.

—Si nos vieran los del bloque, pensarían que nos han abducido los extraterrestres.

Capítulo 17



Bajamos al vestíbulo, donde nos reuniríamos con el resto del equipo alojado en el hotel para que nos recogiera el microbús.

Había recibido dos mensajes de Moi, pero no los había leído ni contestado. No lo haría hasta descubrir qué estaba ocurriendo realmente.

Sí, lo reconozco, me había vuelto una paranoica de cuidado, pero es que, en aquellos momentos, todo el mundo me resultaba sospechoso.

—¡Toma ya, vaya dos bellezones que tenemos aquí! —exclamó Carlo cuando nos vio.

—Ni que lo digas, cariño. Podríais pasar por dos modelos de alta costura.

—Sí, claro, sobre todo por nuestra altura y nuestros cuerpazos —le respondió Valeria con ironía.

—No todas las modelos son altas ni excesivamente delgadas.

—Eso es, podemos ser dos modelos *curvy* —añadí.

Los cuatro empezamos a reír.

Nos montamos en el microbús y pusimos rumbo al hotel en el que se celebraría el evento.

Cuando llegamos, la prensa estaba apostada en la entrada, intentando abordar a cualquiera que se acercara. Sin embargo, ya nos habían advertido de que no debíamos hacer ninguna declaración sobre la fiesta.

Nosotros tampoco habríamos podido contar gran cosa aunque hubiéramos querido, puesto que no teníamos ni idea del motivo por el que se celebraba.

—Te noto nerviosa —me dijo Arturo.

—Mucho, y no precisamente por el evento.

—Relájate, por favor. No queremos que nadie sospeche que estamos pendientes de todo.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo.

—Anda, tómate una copita de champán, a ver si se te pasa la tensión que tienes en el cuerpo, que estás más agobiada que Spiderman en un descampado —me dijo Valeria, ofreciéndome una copa.

—Sí, será lo mejor.

Cogí la copa y me la bebí de un trago, como si fuera agua. Aquello tampoco era una buena idea porque no estaba acostumbrada a beber y podía subírseme demasiado rápido.

Decidí que no tomaría más alcohol. A partir de aquel momento, todo lo que bebiera sería sin una sola gota.

Estábamos hablando de todo en general y de nada en particular cuando lo vi entrar.

Fue como si algo en mi interior me obligara a girar la cabeza. Allí estaba, vestido de esmoquin, más guapo que nunca y acompañado por mi hermano.

—No me lo puedo creer —dijo Valeria.

—¿Qué es lo que no te puedes creer? —le preguntó Carlo.

No le dio tiempo a responder porque ambos llegaron hasta nosotros y la cara de sorpresa de mi hermano fue idéntica a la de mi amiga.

—Pero bueno, si está aquí mi arquitecta favorita —dijo Saúl.

—Ahora la que no se lo puede creer soy yo —comenté riendo.

—No le encuentro la puta gracia, de verdad. ¿Lo conoces? —me preguntó Valeria.

—Mejor que nadie, rubia. Es mi hermana —le aclaró Saúl con una sonrisa de lo más pícara.

—Estáis de coña, ¿verdad?

—Para nada. Este es mi hermano, del que te he hablado todo este tiempo.

—Pues que sepas que tienes un hermano gilipollas. Está buenísimo, porque una cosa no quita la otra, pero todo lo que tiene de guapo lo tiene de imbécil.

—Vaya, mujer, gracias por la parte que me toca.

—Al menos puedes darte con un canto en los dientes porque te ha dicho que estás bueno —le dijo Arturo riendo, pues ninguno nos habíamos imaginado aquello.

—Eso salta a la vista, amigo. No es nada que no supiera ya —respondió mi hermano, activando su modo irónico.

—¿Lo ves? Me desespera con esa clase de comentarios.

Todos reíamos menos Fabrizzio, que miraba hacia un lado y otro como si estuviera buscando a alguien.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No todo lo que me gustaría, pero tampoco tan mal como querrían algunos.

—Uy, eso que has dicho parece una frase sacada de una publicación de redes sociales.

—No tengo ganas de reír, Ainoa. Déjame en paz, por favor.

—Mira, Fabrizio, en esto ya estamos metidos todos y, si pretendes alejarme de ti, me temo que no vas a conseguirlo.

—¿Qué parte de que no quiero que estés conmigo no has entendido?

—Que no quieras estar conmigo me parece perfecto, pero seguiré aquí para ayudarte, te guste o no.

—De verdad, ¿por qué me lo pones tan difícil?

—Porque tu boca dice una cosa y tus ojos otra.

—Mis ojos no dicen nada y mi boca preferiría mantenerse cerrada, pero, por cosas del destino, parece que no me dejan.

—Eres muy fuerte, Fabri. No puedes rendirte ni permitir que te obliguen a hacerlo.

Levanté la mirada y allí estaba aquella mujer otra vez. Noté que Fabri también la había visto porque se tensó al instante.

No me lo pensé. Le giré la cara hacia mí, lo miré a los ojos y lo besé.

No fue un beso hambriento ni desesperado, sino un contacto sutil, un breve roce de labios, lo suficiente para dejarle claro que estaría ahí, pasara lo que pasara.

—Oh, qué bonito todo —dijo aquella mujer.

—Déjame en paz. Ya te he dicho que no pienso acostarme contigo —le respondió Fabri, sujetándome por la cintura como si no quisiera que me apartara.

—Eso está por ver, aunque, con sinceridad, me da exactamente igual que lo hagas o no.

—¿Qué quieres de mí, Francesca? —le preguntó Fabri, alterado.

—Amor, relájate. No querrás montar un espectáculo delante de todo el mundo —le dije.

Aquella palabra, aquella forma de dirigirme a él, me salió de manera espontánea, sin pensar, y provocó que Fabri sonriera.

—Eso, «amor», no montes un espectáculo —se burló ella.

Acto seguido, se dio media vuelta, se dirigió hacia una de las mesas altas y se apoyó en ella mientras cogía otra copa.

—Esa mujer no me gusta. Es como si escondiera algo —le dije a Fabri.

—A mí tampoco. Maldita la hora en la que entré en aquel local.

—¿Sabes? Creo que habría dado igual que entraras en ese o en cualquier otro. Te estaban siguiendo y lo tenían todo preparado.

—Eso mismo pienso yo, pero no sé quién puede estar detrás de todo esto.

—Pues yo tengo una ligera idea.

—¿A qué te refieres?

—Mira hacia allí.

Cuando Fabri giró la cabeza, se encontró con lo mismo que yo había visto unos segundos antes: Moisés, si es que de verdad se llamaba así, estaba hablando acaloradamente con Francesca como si se conocieran desde siempre.

—Me cago en la leche. Dime, por lo que más quieras, que no le has contado nada de mí a ese hombre.

—Prácticamente nada.

—¿Cómo que prácticamente? Explícate, por favor, porque va a terminar dándome un infarto.

—Verás...

Le expliqué que lo único que había contado a Moisés era que entre nosotros había ocurrido algo, que nos habíamos acostado y que, cuando desperté, él ya no estaba.

—No le dije nada de lo que me contaste cuando nos conocimos, te lo prometo.

—No hace falta que me lo prometas. Te creo, sé que no eres así.

—¿Tienes algún enemigo? ¿Alguien que quiera hacerte daño?

—Supongo que, como cualquier persona con cierta fama, pero nada más.

—Tenemos que estar atentos, Fabri. Y no bebas ni comas nada que no venga directamente de la cocina, por favor.

—Ese hombre... Lo cierto es que su cara me resulta familiar, pero no consigo recordar dónde lo he visto.

—Quizá tu mente te esté jugando una mala pasada, Fabri. Él es español.

—Puede ser, pero ese hombre vive aquí o pasa largas temporadas en la ciudad. Estoy seguro de que lo he visto antes.

—Claro que pasa largas temporadas. Según me contó, se dedica a la importación y exportación de vinos...

—¡Ya sé quién es! No vuelvas a acercarte a él, por favor. Acuéstate con quien te dé la gana. He sido un cretino y no merezco otra cosa, pero con él no.

—¿Quién es?

—Tengo que largarme de aquí cuanto antes.

—No, Fabri. Huyendo no vas a solucionar nada.

—No lo entiendes. Mi vida, mi futuro...

En aquel preciso momento, el propietario de la firma para la que estábamos realizando la campaña subió a un pequeño estrado con atril instalado en la terraza.

Mi hermano y los demás se acercaron a nosotros. Al parecer, Valeria y él habían limado asperezas, pues Saúl la sujetaba por la cintura, pero ya me encargaría de averiguar qué había ocurrido entre ellos.

—Buenas noches. Nos hemos reunido para comunicaros una noticia que nos afecta a todos.

»Ayer firmamos un nuevo acuerdo con la agencia encargada de nuestra publicidad y hemos decidido que, a partir de ahora, serán ellos quienes se ocupen de todo en exclusiva.

»Para esta nueva etapa contamos con los mejores profesionales. Entre ellos, Fabrizio Di Luca y una nueva promesa del modelaje, Francesca Valenti, a quien vamos a presentar esta noche.

Cuando escuchamos el nombre de aquella mujer, se nos erizó el vello.

—No puede ser. Esa mujer no tiene ni puta idea de modelaje —dijo Carlo.

—Vienen a por mí y necesito averiguar el motivo cuanto antes —respondió Fabri.

—¿Se puede saber de qué coño estás hablando? No entiendo nada.

Arturo, Fabri y yo intercambiamos una mirada. Este último asintió, dando permiso a mi amigo para que se lo contara todo a su chico.

Arturo cogió a Carlo de la mano y se lo llevó hasta un lugar apartado desde el que podía vigilar a todos, pero donde tenían suficiente intimidad para hablar sin que nadie los oyera.

Vimos cómo el rostro de Carlo iba pasando de la incredulidad al asombro y, de ahí, a la furia más absoluta.

Yo, sin embargo, seguía pendiente de Moi, que observaba a Francesca como si estuviera enamorado de ella. Pero aquello no podía ser: él me había dicho que seguía queriendo a su exmujer.

De pronto, una duda me asaltó. No podía encontrar la respuesta en aquel momento, pero seguiría pendiente de todo hasta descubrir la verdad.

Os estaréis preguntando cuál era aquella duda, y os la voy a contar ahora mismo.

¿Sería cierto todo lo que Moi me había contado? ¿Me habría mentado? ¿Qué relación mantenía con Francesca?

Mientras yo intentaba ordenar mis pensamientos, la gente se acercaba a Fabrizio para felicitarlo y él aguantaba el tipo como podía.

En cuanto tuvo la oportunidad, regresó a nuestro lado con la clara intención de que lo ayudáramos a salir de allí.

Su rostro lo decía todo. Estaba a punto de derrumbarse; la situación lo sobrepasaba y necesitaba escapar de aquel lugar tanto como respirar.

—No digas nada, nos vamos —dijo Carlo.

—¿Has comido o bebido algo que no viniera directamente de la cocina o que no te haya dado alguno de nosotros? —le pregunté.

Fabri negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué te ocurre?

—Es la ansiedad. La sufro desde pequeño. Cuando tengo una crisis, la sensación es parecida a la de estar drogado.

—Vamos, salgamos de aquí —dijo Arturo.

Entre todos lo ayudamos a llegar al ascensor. Justo antes de que se cerraran las puertas, sentí que alguien no apartaba la vista de mí.

Al girarme, comprobé que era Moi. Nuestras miradas se cruzaron durante unos segundos, hasta que otro hombre se acercó a él y apartó la suya para atenderlo.

No me gustaba nada la sensación que tenía y mi hermano, que se dio cuenta, no dudó en intervenir.

—Tú y tú os venís a mi casa. No os quiero en ese hotel —dijo Saúl, señalándonos a Valeria y a mí.

—Y tú te vienes a la mía. Lejos de Martín —le indicó Carlo a Arturo.

De repente, algo acudió a mi cabeza y lo dije en voz alta, pues había una pieza que no encajaba en toda aquella historia.

—¿No os parece muy extraño que, siendo el acuerdo con nuestra agencia, Martín no haya aparecido por aquí?

Capítulo 18



Fabrizzio

Salí de aquella fiesta de forma casi automática, sin pararme a pensar en nada ni en nadie.

Aquella mujer. Otra vez ella. Y ahora la presentaban como una modelo recién descubierta, cuando no encajaba en absoluto con el perfil habitual, ni por la edad ni por su físico.

Sí, era una mujer preciosa, pero las modelos revelación solían tener entre quince y diecisiete años, no cerca de treinta, como calculaba que tendría ella.

Además, no contaba con ninguna experiencia en aquel mundillo. Ni siquiera se había hecho un simple *book* de fotografías y aquello solo podía tener una consecuencia: que bajaran mi caché y entorpeciera mi trabajo.

Me había desconectado por completo del mundo exterior, como solía ocurrirme cuando sufría una crisis de ansiedad. En esos momentos, podían llevarme a cualquier parte o hacer conmigo lo que quisieran, porque apenas era consciente de lo que sucedía a mi alrededor.

—Fabri, vamos a mi casa. ¿Te parece bien? —me preguntó Saúl.

—No, mejor vamos a la mía.

—¿Estás seguro? Creo que sería preferible ir a la mía. La tuya podrían tenerla vigilada.

—Yo también pienso que lo que dice mi hermano es lo mejor, Fabri —intervino Ainoa.

—No pienso pasarme la vida huyendo. Cuanto antes descubra qué está ocurriendo, mejor.

—Está bien, pues iremos todos contigo y no te dejaremos solo hasta que estés más tranquilo —respondió Saúl.

Solté una carcajada, pero no porque hubieran dicho o hecho algo que me resultara gracioso. Era la única manera que encontré de enmascarar el dolor.

—Llevo toda mi puta vida solo. Si no llega a ser por mi abuela... Y ni siquiera llevaba mi sangre.

—¿De qué estás hablando? —me preguntó mi amigo.

—Fabri, no cuentes nada que no quieras que sepan, por favor. Después podrías arrepentirte —me advirtió Arturo.

Ninguno de los presentes, a excepción de Arturo, conocía mi verdadera historia, por lo que todos parecían desconcertados.

—No, quiero que sepan la verdad. Me han demostrado que son las personas más leales de las que podía rodearme.

—Está bien, pues vayamos a tu casa —aceptó Saúl.

—¿Y nuestras cosas? Están en el hotel y no podemos quedarnos con esta ropa toda la noche —señaló Valeria.

—No os preocupéis. Ya he llamado a un amigo que tengo allí y se encargará de recogerlo todo y llevarlo hasta casa de Fabri —dijo Carlo.

—Joder, mis equipos. Por favor, dile que tenga muchísimo cuidado con ellos —le pidió Ainoa.

—Pierde cuidado. Ha sido lo primero que le he dicho cuando lo he llamado —la tranquilizó Carlo.

Saúl aparcó delante de mi casa. Mi coche se encontraba dentro del garaje y no había espacio suficiente para guardar los de todos.

Bajamos y entramos. Lo primero que hicimos fue quitarnos la ropa de la fiesta y ponernos algo más cómodo.

Los chicos cogieron varios pantalones de algodón de mi vestidor, mientras que las chicas se hicieron con un par de camisetas que, debido a mi altura, les quedaban como vestidos.

Cuando estuvimos todos sentados en el porche trasero, con una cerveza en la mano, empecé a contarles mi historia.

—Mis padres no son mis padres biológicos, aunque la historia no es tan sencilla.

—¿Cómo dices?

—Será mejor que empiece por el principio. Veréis...

Descubrí la verdad cuando ya era adulto, porque mi abuela no quiso morir llevándose aquel secreto con ella.

Mis padres no podían tener hijos, por lo que se pusieron en manos de un equipo de reproducción asistida, aunque ninguno de los tratamientos funcionó.

Después de varios intentos, en la misma clínica les propusieron otra opción que, supuestamente, nadie llegaría a descubrir.

Había una mujer politoxicómana que estaba embarazada y no quería quedarse con el bebé, por lo que estaba dispuesta a entregarlo a cambio de dinero.

En la clínica le dijeron a mi padre que se encargarían de todo para que pareciera que mi madre había sido quien había dado a luz. Incluso le proporcionaron una barriga falsa para que, a ojos de los demás, el embarazo resultara creíble.

—También intentaron ocultárselo a mi abuela, pero un día descubrió el engaño. Mi madre debía de haber salido de casa y, sin embargo, la encontró bañándose en la piscina interior sin la barriga.

—No me lo puedo creer. ¿Qué te dijeron tus padres? Porque supongo que te enfrentaste a ellos, ¿no? —me preguntó Ainoa.

—Pues no. Todavía no lo he hecho. Entre otras cosas, porque no he vuelto a verlos desde que abandoné su casa.

—¿Ni siquiera en el funeral de tu abuela?

—No acudieron. Estaban de viaje de negocios.

—Continúa, por favor.

—Como os decía, mi abuela me explicó cómo había descubierto la verdad y también me reveló el nombre de mi madre biológica.

—¿La has buscado?

—Siendo sincero, no. Me da miedo encontrar algo que no me guste.

—Eso es inevitable, Fabri. Es posible que encuentres cosas que no te gusten.

—¿Y si mi madre biológica no era como me la han descrito?

—Si no la buscas, nunca lo sabrás.

—El caso es que...

Continué contándoles todo lo que mi abuela me había revelado antes de morir. Por lo visto, el día que aquella mujer se puso de parto, mi madre también ingresó en la misma clínica y, cuando salió, lo hizo conmigo en brazos.

Según mi abuela, los primeros meses fueron muy duros porque yo lloraba durante todo el día y toda la noche. Mi padre empezó a desesperarse y terminó llevándome a un especialista, que les explicó que sufría síndrome de abstinencia.

Cuando terminé de relatarles aquella parte de mi vida, todos se habían quedado sin palabras.

—Por eso no entiendo qué quiere esa mujer de mí. No sé si pretende sacar toda mi vida a la luz, revelar quiénes son mis padres o arruinar mi carrera...

—Está claro que quiere algo y debes extremar las precauciones.

—Además, ese hombre... El que estaba cenando con Ainoa. Estoy seguro de que lo he visto antes y de que pertenece al entorno de mis padres.

—¿Lo dices en serio? —me preguntó Saúl.

—Completamente. Solo tengo que recordar dónde lo he visto exactamente, pero ahora mismo no tengo la cabeza para eso.

Justo en ese momento sonó el timbre. Era el amigo de Carlo, que había traído desde el hotel sus maletas, el equipo de fotografía de Ainoa y el resto de sus pertenencias.

Entre todos lo ayudaron a dejarlo todo en el recibidor. Ainoa comprobó por encima que estuvieran el portátil, las maletas y las fundas del equipo, aunque dijo que lo revisaría todo con más calma luego.

—Perfecto, ya están aquí todas vuestras cosas —dijo Saúl—. Será mejor que nos marchemos y te dejemos descansar. Cada uno que coja lo suyo, por favor.

Ainoa me miró y luego se acercó a su hermano y a su mejor amiga. No entendía por qué Valeria estaba tan cerca de Saúl, pero ya me enteraría más adelante.

—Yo no me voy. Me quedo con él —anunció.

—¿Estás segura? No quiero que después me llames para pedirme que venga a recogerte.

—Completamente. Además, vosotros dos tenéis que resolver esa tensión sexual que existe entre los dos.

—Amiga, te aseguro que la resolveremos estés tú delante o no —respondió Valeria.

—Ya, pero no me gusta imaginarme a mi hermano ahí, dale que te pego. Prefiero quedarme.

—Di la verdad. Te quedas porque tú también vas a darle un repaso al modelo.

Una débil sonrisa se dibujó en mis labios, pues ni siquiera tenía fuerzas para reírme.

La ansiedad era una puta tortura. Por fuera podías parecer perfectamente bien, pero por dentro sentías como si te estuvieras muriendo.

Y, una vez que la crisis pasaba, llegaba el agotamiento, que te dejaba sin fuerzas ni ganas de hacer nada, justo como me encontraba en aquellos momentos.

Cuando todos se marcharon, vi que Ainoa entraba en mi habitación y, poco después, escuché correr el agua de la bañera.

Me levanté y llegué hasta allí como pude, pues todavía me encontraba bastante mareado.

—Ainoa, no es necesario, de verdad.

—Sí que lo es. El agua caliente te ayudará a relajar los músculos y después podrás dormir mejor.

—Estoy pensando en llamar para cancelar la sesión de mañana, aunque me cueste el dinero.

—No será necesario. Acabamos de recibir un correo en el que comunican que, debido a la fiesta y para que los modelos se encuentren en perfectas condiciones, se suspende la sesión.

—Nunca me habían sonado mejor unas palabras, te lo juro.

—Venga, ven, que te ayudo.

—Ainoa, yo...

—Chist. Ya hablaremos cuando te encuentres mejor. Ahora métete en la bañera.

La miré. Aunque continuaba agotado y mareado, era plenamente consciente de lo que estaba haciendo y de lo que necesitaba en aquel momento.

—Métete conmigo, por favor. Necesito tenerte cerca.

No sé qué me llevó a pedírselo. Solo quería sentirme arropado y querido por una vez en mi vida.

No tenía nada que ver con el sexo. Sentirme deseado era algo que me ocurría a menudo, pero, en aquella ocasión, necesitaba algo completamente diferente.

Ainoa no se lo pensó. Se quitó la camiseta y las braguitas y se metió en la bañera. Se sentó a mi espalda, dejándome entre sus piernas, con la cabeza apoyada cerca de su pecho.

Cogió una esponja, la mojó y comenzó a dejar caer el agua sobre mí. Primero por la cabeza y después por los hombros, consiguiendo que mi cuerpo fuera perdiendo poco a poco toda la tensión acumulada.

Al cabo de un rato, vertió champú en sus manos y empezó a masajearme el cuero cabelludo, proporcionándome un alivio que no había sentido nunca.

Hizo lo mismo con el resto de mi cuerpo, despacio y sin prisas. Entonces sentí la necesidad de cuidarla de la misma manera y le pedí que intercambiáramos las posiciones.

Mi cuerpo reaccionó a su cercanía y, cuando me puse de pie frente a ella, Ainoa tomó mi erección entre los dedos.

Me dejé hacer. El placer que experimentaba era demasiado intenso como para negármelo.

No sé cómo lo consiguió, pero terminó sentándome en el borde interior de la bañera mientras ella permanecía de rodillas frente a mí.

Cuando su lengua rozó mi glándula, un gemido escapó de mi garganta, y eso pareció animarla a continuar.

Me introdujo en su boca y empezó a jugar conmigo a su antojo, alternando las caricias de sus labios y su lengua.

Cada vez que notaba que estaba a punto de correrme, se detenía y centraba su atención en acariciarme los testículos. Lo repitió en varias ocasiones, llevándome al límite una y otra vez.

—Me estás matando, ¿lo sabes?

—Ya será menos.

—No, no lo es. Si no te penetro ahora mismo de una sola embestida es porque no me quedan fuerzas, no por falta de ganas.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Follar conmigo?

—No. Quiero hacerte el amor, que es muy diferente.

Durante unos segundos pareció no saber qué hacer, hasta que una sonrisa apareció en sus labios y lo comprendí. Tal vez yo no tuviera fuerzas para hacérselo a ella, pero Ainoa estaba dispuesta a hacérmelo a mí.

Se colocó a horcajadas sobre mi regazo, con los pechos a la altura de mi boca, tomó mi erección con una mano y la guio hasta la entrada de su cuerpo.

Una vez que estuvo situada como quería, empezó a dejarse caer sobre mí, lenta y tortuosamente, hasta acogerme por completo.

—A esto te referías, ¿no?

—Por Dios, ahora mismo estoy en el paraíso.

—No, estamos en tu bañera, pero todo se andará.

Continuó moviendo las caderas con aquel ritmo pausado, subiendo y bajando sobre mí, hasta que sentí que apenas podía resistir un poco más.

No quería dejarla a medias, pero, después de llevar más de media hora jugando conmigo, haber conseguido aguantar hasta aquel punto ya era toda una proeza.

Ella se dio cuenta y aceleró el movimiento, buscando también su propio placer.

Quería que llegara al orgasmo y que lo hiciera al mismo tiempo que yo, por lo que llevé los dedos hasta su clítoris y comencé a dibujar círculos sobre él.

Poco después, ambos alcanzamos uno de los orgasmos más intensos que había experimentado en mi vida.

—Creo que será mejor que volvamos a lavarnos —dijo ella.

—Sí, pero esta vez me toca a mí.

Me llené las manos de jabón y recorrí todo su cuerpo. Cuando llegué a su sexo, decidí que no permitiría que se fuera a la cama con un solo orgasmo, así que me empeñé en proporcionarle otro.

Y lo conseguí.

Capítulo 19



Aquella noche no hicimos nada más. Nos limitamos a dormir abrazados, dejándonos vencer por el sueño sin pensar en nada.

Estaba claro que teníamos que hablar largo y tendido, pero no era el momento. Ya lo haríamos cuando Fabrizzio se encontrara más relajado y dispuesto a expresar sus sentimientos.

A las siete de la mañana ya no podía dormir, así que me levanté, fui hasta la cocina y me senté en uno de los taburetes de la isla para pensar qué podía hacer con el fin de poner un poco de orden en todo aquello.

Mi primera idea fue contratar a un detective privado, pero no tenía suficiente dinero.

No es que me fuera mal ni que no tuviera ahorros, ni mucho menos, pero no podía permitirme afrontar un gasto de aquella envergadura y continuar viviendo como hasta entonces.

También podía pedírselo a mi hermano o incluso a mi mejor amiga, porque ambos me ayudarían encantados, pero no era eso lo que quería.

Aquello era cosa mía y, como tal, sería yo quien tendría que encontrar la forma de descubrir la verdad y salir airosa.

Lo primero que hice, aparte de comprobar que todo mi material estuviera allí y en perfecto estado, fue coger el ordenador portátil.

Me lo llevé hasta la isla junto con una taza de café que acababa de prepararme y entré en internet para ver qué encontraba sobre aquellos dos.

El primer nombre que tecleé fue el de Moisés Velasco y, nada más pulsar la tecla de intro, apareció una gran cantidad de información sobre él.

No podía memorizarla toda, por lo que fui hasta mi maleta y saqué un bloc de notas y un bolígrafo que siempre llevaba conmigo.

Fabri tenía razón. Aquel hombre estaba relacionado con sus padres, pues era uno de los principales clientes de la empresa vitivinícola de los Benetti.

Sí, Fabri también me había contado por qué había tenido que cambiarse el apellido.

Sin embargo, me di cuenta de algo. Si Giovanni Benetti no era el padre biológico de Fabrizzio, ¿cómo era posible que se parecieran tanto?

Por favor, era mirar a aquel hombre y ver a Fabri con unos cuantos años más. Anoté aquella duda en la libreta para intentar averiguarlo.

Seguí leyendo y confirmé que Fabrizzio no se había equivocado al decir que lo conocía. Moisés había empezado a trabajar con Giovanni Benetti en sus inicios y había aprendido de él todo lo relacionado con el negocio.

Cuando regresó a España después de pasar mucho tiempo en Italia, fundó su propia empresa. Por eso, el principal vino italiano que importaba a nuestro país procedía de la bodega de los padres de Fabri.

Después de anotar toda la información en la libreta, pasé al siguiente nombre: Francesca Valenti.

No encontré demasiado sobre ella, tan solo que, muchos años atrás, había aparecido en la portada de una conocida revista de coches.

No era modelo de pasarela ni de campañas publicitarias, como las demás chicas contratadas, sino que se había dedicado a posar para revistas dirigidas al público masculino. Vamos, que su mayor logro había sido aparecer desnuda en un calendario.

—Veo que estás entretenida. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, mira. Tenías razón. Ese hombre que ha aparecido de la nada en nuestras vidas fue uno de los hombres de confianza de tu padre.

—¡Lo sabía! Cuando yo era un niño, ya acompañaba a mi padre de reunión en reunión.

—Es cierto, aparece aquí.

—¿Cómo he podido ser tan idiota y no darme cuenta antes?

—No has sido idiota, Fabri. Hacía muchísimo tiempo que no lo veías.

—Por eso, el día que os encontré en el restaurante, se puso nervioso, aunque yo lo achaqué a la conversación que estabais teniendo.

—Claro. Y se marchó muy rápido en cuanto llegaste porque no quería que descubrieras quién era.

—Ahora sí tengo claro que mis padres están detrás de todo esto. Me apuesto lo que sea a que esa mujer tampoco es trigo limpio.

—Toma, juzga por ti mismo.

—La revista en la que apareció pertenecía al grupo editorial que tenía mi padre en sus comienzos, antes de venderlo cuando se hizo con el control de la empresa familiar.

—Pues nada, blanco y en botella.

—¿Cuántos años puede tener esa mujer?

—No lo sé, pero intuyo que los cuarenta ya los ha cumplido.

—Y tanto. Y yo, como un imbécil, pensando que tendría unos treinta.

—Lo que no entiendo es cómo ha conseguido que la contraten para esta campaña...

—Todavía no has comprendido hasta dónde llega el poder de mi padre.

—¿Crees que ha sido él quien la ha colocado ahí?

—No tengo ninguna duda. Lo que no entiendo es por qué lo ha hecho.

—Hay otra cosa que no me cuadra, Fabri.

—Dime, aunque supongo que sé cuál es.

—Si Giovanni Benetti no es tu padre biológico, ¿cómo es posible que os parezcáis tanto?

—No tengo ni la más remota idea.

—Joder, se nos acumulan las preguntas, pero no conseguimos responder ninguna.

—Eso mismo pienso yo, aunque tiene fácil solución. Eso sí, necesito que me acompañes.

—¿Adónde?

—A hablar con mis padres.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

—Completamente seguro.

—Entonces, ten claro que estaré contigo, sosteniéndote de la mano y dándote todo mi apoyo.

—No sabes lo que eso significa para mí, te lo prometo.

—Pero antes vamos a desayunar, que luego se nos cierra el estómago y pasamos todo el día sin probar bocado.

Eso hicimos. Quise levantarme para preparar algo para los dos, porque yo solo había tomado una taza de café, pero no me dejó y se encargó él de todo.

Mientras yo seguía revisando información y tomando notas, preparó café para ambos, tostadas con mantequilla y mermelada y zumo de naranja.

También cortó fruta en un cuenco, sirvió yogur griego en dos tazones y añadió frutos secos.

—¿Viene alguien más a desayunar con nosotros?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Porque has preparado un desayuno como si fueras a invitar a toda la urbanización.

—Esto es lo que desayuno todas las mañanas. Solo he preparado el doble para que tú también comas.

—Si me como todo esto, tendrás que sacarme de aquí rodando como si fuera un hula hoop.

—¿Qué coño es eso?

—No tengo ni idea, pero mi madre siempre me decía que se me estaba poniendo el contorno como uno de esos cacharros.

—¿Y nunca se te ocurrió averiguar qué era?

—Pues no, fíjate. Mi vena detectivesca se ha desarrollado ahora, con todo lo que te ha ocurrido.

Fabri soltó una carcajada, pero no estaba dispuesto a quedarse con la duda, así que cogió el móvil y escribió «hula hoop» en el buscador para descubrir qué era.

Resultó ser un juego que se había hecho muy popular durante los años ochenta y que consistía en mantener un aro girando alrededor de la cintura mediante el movimiento de las caderas.

—Hala, pues ya sabemos qué es el dichoso cacharro.

—Ahora que lo pienso, mira que tenía maldad mi madre al decirme eso. Está claro que tengo las caderas anchas, pero tampoco era para tanto.

—Tus caderas tienen el tamaño perfecto para encajar con las mías.

Se colocó a mi espalda y me hizo girar hacia él con la clara intención de demostrarme lo bien que encajábamos. Sin embargo, había algo entre nosotros, duro como el mármol, que impedía que pudiéramos acercarnos más.

Nos miramos a los ojos y aquello fue suficiente para que nos besáramos. Un beso que no tardó en despertar en los dos las ganas de ir más allá.

Me cogió en brazos y me sentó sobre la isla mientras apartaba con una mano lo poco que había encima.

Por suerte, el desayuno continuaba en la encimera y yo había dejado el portátil sobre uno de los taburetes, por lo que solo tuvo que retirar la libreta y el bolígrafo.

—Eres el mejor desayuno que podría tener ahora mismo.

—Joder, Fabri, no me digas esas cosas tan temprano.

—¿Por qué? ¿Acaso no te apetece ser mi desayuno?

—Me apetece ser tu desayuno, tu comida y hasta tu cena.

—Así me gusta, que disfrutes de la comida tanto como voy a hacerlo yo ahora.

Lo tuvo fácil porque, al levantarme de la cama, solo me había puesto la camiseta del día anterior, que había quedado abandonada sobre una silla cuando nos acostamos, y no llevaba ropa interior.

Capítulo 20



¿Qué queréis que os cuente? Me desayunó como no lo había hecho nadie antes, ni siquiera él.

No fue un mero trámite antes de acostarnos, os lo aseguro. Puso todo su empeño en que disfrutara tanto como él y consiguió que me corriera en su boca sin apenas esfuerzo.

Acto seguido, se bajó el bóxer y me penetró tal y como estábamos, provocando que soltara un grito, tanto por la sorpresa como por el placer.

No sabría deciros cuánto tiempo estuvimos así, pero lo que sí puedo contaros es que tuvimos que tirar las tostadas y recalentar el café.

Tenía claro que, desde aquel momento, jamás volvería a mirar la cocina con los mismos ojos, pues siempre acudiría a mi mente aquel momento de pasión que habíamos vivido.

—Que sepas que me ha sabido a poco.

—¿El desayuno? Pero si has comido un montón. No sé cómo no estás como un tonel con todo lo que te metes entre pecho y espalda.

—No estoy hablando de eso, sino de ti.

Sentí que las mejillas se me encendían y, a juzgar por la carcajada que soltó Fabri, mi reacción le pareció muy graciosa.

Sin embargo, había llegado el momento de hablar en serio sobre nosotros. No quería dejarlo pasar ni un minuto más.

—Fabri, ¿qué somos?

—Un hombre y una mujer.

—No seas idiota, que te estoy hablando en serio.

—¿Qué quieres que seamos? Desde ya te digo que no me gusta poner etiquetas a las cosas, pero, si tú lo necesitas, estoy dispuesto a hacerlo.

—Me gustaría que fuéramos una pareja como cualquier otra y que no redujéramos todo a un rato de sexo.

—Estoy de acuerdo contigo, pero te advierto de una cosa: no quiero escenas de celos cuando alguna compañera tenga que acercarse más de la cuenta por exigencias del trabajo.

—A eso estoy acostumbrada, no te preocupes. Siempre que tú no me des motivos para pensar que entre vosotros ocurre algo.

—No lo haré, te lo prometo.

—También quiero exclusividad. No quiero que estemos con otras personas.

—Eso lo daba por hecho, porque no pienso consentir que ningún otro hombre vuelva a poner un solo dedo sobre tu cuerpo.

—Uy, ha salido el cromañón que llevas dentro.

—Y eso te gusta, no intentes negármelo.

—Yo no he dicho lo contrario.

Poco a poco volvimos a acercarnos, pero, en aquella ocasión, me tomó en brazos y me llevó hasta la ducha, donde dejamos que aquella pasión que nos consumía volviera a apoderarse de nosotros.

Después de una ducha de lo más ardiente, y no precisamente porque la temperatura del agua fuera elevada, fuimos a vestirnos.

Teníamos que ir a ver a sus padres. No les había avisado de su visita, aunque sí se había asegurado de que estuvieran en casa.

Abrí la maleta que había traído el amigo de Carlo la noche anterior y, como se suponía que sus padres eran una familia de lo más elegante y distinguida, opté por un vestido camisero azul marino, de manga corta, que combiné con unas cuñas de esparto y un bolso a juego.

Me recogí el cabello en una coleta baja, con la raya en medio y los rizos definidos. Me apliqué máscara de pestañas, me pinté los labios de rojo y salí al encuentro de mi chico, porque sí, ya podía llamarlo así.

—No se puede ir más sencilla y elegante que tú.

—Tú tampoco estás nada mal.

Fabri se había decantado por unos pantalones chinos de color gris claro, una camisa blanca de cuello mao y unas deportivas del mismo color.

Salimos de casa y noté que mi chico se ponía cada vez más nervioso. Por eso, cuando estábamos cerca de la mansión de sus padres, le pedí que se detuviera a un lado de la carretera.

—Fabri, tienes que tranquilizarte. Si te ven así, descubrirán cuál es tu punto débil y no pararán hasta destrozarte.

—No puedo evitarlo, te lo prometo.

—Pues tienes que conseguirlo o nos damos la vuelta. No voy a permitir que te vean en este estado y lo aprovechen para hacerte daño.

—Tienes razón. Dame cinco minutos para tranquilizarme y continuamos.

—Tómate todo el tiempo que necesites.

—No puedo. Seguramente ya les habrán avisado desde la garita de seguridad de que estamos de camino.

Respiró hondo varias veces hasta que volvió a ponerse al volante y retomó el camino hacia la mansión de sus padres, porque aquello no podía llamarse simplemente casa.

Cuando llegamos, un empleado ya nos esperaba junto a la verja para abrirla y permitirnos acceder a la zona de aparcamiento.

—Buenas tardes, señorito Benetti.

—Buenas tardes. Llámeme Fabrizzio o, si lo prefiere, señor Di Luca.

—Lo siento. Sus padres lo esperan en el salón.

—Gracias. Ahora mismo vamos.

—No me ha entendido, señor Di Luca. Me han indicado que lo esperan solo a usted.

—¿Perdone?

—Yo únicamente cumplo órdenes.

—No importa, Fabri. Llamaré a Saúl para que venga a recogerme. Creo que no vive demasiado lejos. También puedo pedir un taxi...

—No. Vas a entrar conmigo como mi pareja. Que no se les olvide que esta también es mi casa.

Empezábamos bien y eso que todavía no me conocían.

No quería dejar a Fabri solo, mucho menos en aquellos momentos, cuando le hervía la sangre, pero tampoco deseaba entrar en un lugar en el que no me querían.

Si ponía ambas cosas en una balanza, estaba claro cuál pesaba más, al menos para mí.

Sabía que tendría que morderme la lengua en más de una ocasión, pero haría todo lo posible por no saltar.

—Buenas tardes —dijo su madre, que tenía una pinta de estirada que no podía con ella.

—Buenas tardes, señora Benetti —le respondí con toda la educación del mundo.

—¿No te han dicho que no queríamos extraños en esta reunión? —le preguntó a su hijo.

—Ainoa no es ninguna extraña. Es mi pareja.

—¿Tu pareja? ¿No podías haber elegido a alguien de tu mismo nivel?

—¿Usted pertenece a la realeza, señora? —le pregunté, y vi cómo mi chico contenía la risa.

—No pertenezco a la realeza, pero tengo más educación que todas las de tu clase juntas.

—Que yo sepa, no la he insultado ni le he faltado al respeto.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? —preguntó el señor Benetti al entrar en el salón.

—Mi madre, que pretende darnos lecciones de moral y educación cuando sois vosotros quienes más tenéis que callar.

—No voy a consentir que me hables de ese modo, y mucho menos en mi propia casa.

—Tú te vas a callar y me vas a escuchar, porque, como esto salga en la prensa, será el final de tu carrera.

—¿De qué estás hablando, Fabrizzio? —preguntó su madre.

Por primera vez, no vi que mi chico corrigiera la manera en que se había dirigido a él. Tampoco parecía nervioso.

Había cogido la sartén por el mango y sus padres lo observaban con inquietud, como si estuvieran deseando saber qué iba a decir y, al mismo tiempo, temieran escucharlo.

—¿Podéis decirme quién es mi madre biológica?

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Yo soy tu madre!

—No, mamá. Tú no me llevaste en tu vientre ni me diste a luz, y quiero saber toda la verdad ahora mismo.

—¿Cómo te atreves a venir aquí haciendo ese tipo de preguntas, Fabrizzio? No te echo a la calle porque...

—Y esa es solo la primera de las cuestiones que he venido a aclarar. Todavía me quedan muchas preguntas.

—No pensamos abrir la boca.

—En ese caso, tendré que contratar a un detective privado para que encuentre todas las respuestas que vosotros no os atrevéis a darme, con el consiguiente riesgo de que todo termine llegando a la prensa.

—Está bien, pero hablaremos nosotros solos —dijo su padre.

Quise soltarme de la mano de Fabrizzio, salir de allí y decirle que lo esperaría en casa de mi hermano, pero mi chico no me lo permitió.

Me apretó con más fuerza, adelantándose a lo que pretendía hacer, y yo correspondí a aquel gesto de la misma manera.

—Ainoa no se va. Sería absurdo, porque ella ya lo sabe todo.

—Fabrizzio, como una sola palabra de esto llegue a la prensa, te juro por mi vida que os hundo en la miseria a los dos —amenazó su padre con rabia.

—Señor Benetti, espero que no vuelva a atreverse a amenazarme porque, si lo hace, tendrá que vérselas conmigo. Y no en la prensa, sino en un juzgado.

—¿Perdona? ¿Cómo te atreves a decirme eso?

—Tengo pruebas de lo que está haciendo. Moisés Velasco, ¿le suena de algo?

El rostro de aquel hombre adquirió un tono blanco nuclear, por lo que no pude evitar que una sonrisa apareciera en mis labios.

—Veo que empezamos a entendernos, señor Benetti.

No tenía ni puta idea de qué estaban planeando, pero acababa de acojonarlo y no pensaba moverme de allí hasta que descubriéramos absolutamente toda la verdad. Eso lo tenía más que claro.

Capítulo 21



Fabrizzio

El farol que se había marcado Ainoa había sido tan bueno que vi cómo mi padre se descomponía de miedo.

Su expresión de terror me dio la fuerza necesaria para apretarles las tuercas a mis padres e intentar averiguar todo lo posible hasta llegar al fondo del asunto.

—¿Vas a contarme la verdad de una vez o tengo que seguir insistiendo? —le pregunté a mi padre.

—¿Qué sabes?

—Esa no es la pregunta, papá. La pregunta es: ¿qué me habéis ocultado?

Mi padre cogió una bocanada de aire y miró a mi madre, que agachó la cabeza como si estuviera muerta de vergüenza, pero ya no había nada en ellos que pudiera conmoverme.

Empezó contándome que mi madre no podía tener hijos y estaba desesperada por quedarse embarazada.

La adopción había quedado completamente descartada porque, dentro de su entorno y treinta años atrás, aquello no estaba bien visto.

Según explicó, el carácter de mi madre se había agriado y ni siquiera permitía que él la tocara.

—Fue una época muy mala para nosotros. Estuvimos a punto de separarnos y yo empecé a acostarme con otras mujeres.

—Y una de ellas se quedó embarazada de ti —añadió mi madre mirándome.

—Aquella mujer no podía cuidarte y vino a pedirme dinero a cambio de que tu madre no se enterara, cuando precisamente yo quería contárselo.

—Entre los dos la convencimos para que nos acompañara a una clínica privada y comprobara que el embarazo evolucionaba correctamente.

—¿Qué ocurrió después?

Mi madre volvió a agachar la cabeza y fue mi padre quien terminó de explicármelo.

El dueño de la clínica les dijo que el embarazo marchaba bien, pero que, si querían que todo saliera como habían planeado, debían convencer a aquella mujer de que existían complicaciones y tenía que permanecer ingresada.

A partir de ahí, todo se convirtió en una red de engaños. Lo único que pretendían era mantenerla controlada para evitar que desapareciera.

Los dos primeros meses transcurrieron tal y como habían previsto, pero, al tercero, mi madre biológica empezó a agobiarse.

Llegaron a un acuerdo: permitirían que abandonara la clínica con la condición de que se instalara con ellos. Mientras tanto, mi madre fingiría estar también embarazada para que nadie sospechara lo que pensaban hacer.

Aquella mujer pasó en la casa el resto del embarazo, entre algodones, con servicio durante las veinticuatro horas, largos paseos por el jardín y baños en la piscina. Mi madre, en cambio, nunca se metía en ella porque no sabía nadar y le aterraba el agua.

Cuando llegó el momento del parto, la llevaron a la misma clínica en la que habían controlado todo el embarazo.

—Tu madre biológica insistía en que la lleváramos a un hospital público porque no tenía dinero para pagar una clínica privada, pero le dijimos que nosotros correríamos con todos los gastos.

—Hombre, qué menos, teniendo en cuenta que pensabais quedaros con su hijo.

—No hables así, porque eso no es cierto.

—Ah, ¿no? ¿Estás seguro?

—Déjame terminar de contártelo todo. Ella no salió perdiendo en ningún momento.

—Continúa.

Mi padre siguió explicándome que, cuando nací, no lloraba, por lo que me sacaron del paritorio y me trasladaron a la unidad de neonatos. Fue allí donde empecé a hacerlo.

—A tu madre biológica le dijimos que el bebé que estaba llorando no era el suyo, sino el de tu madre, la mujer que te acogió y te crio como si hubieras nacido de sus entrañas.

—¿Le hicisteis creer a mi madre que yo había muerto? ¿Me arrancasteis de su lado?

La historia se volvía cada vez más terrible y, de no haber sido porque Ainoa me apretaba la mano de vez en cuando, os prometo que me habría levantado y marchado de allí, aunque no sin antes propinarle un buen puñetazo a mi padre.

—La compensamos con una buena suma de dinero para que abandonara el país y empezara una nueva vida.

—Me comprasteis, que es todavía peor.

—No te compramos, la compensamos —intervino mi madre.

Os prometo que la miré de una manera que, si hubiera podido hacerlo y no fuera ilegal, habría acabado con ella en aquel mismo instante.

—Entonces, todo eso de que mi madre era una drogadicta que no me quería es mentira. Ella ni siquiera sabe que sigo vivo.

—Ni lo sabrá nunca. Tú eres un Benetti y lo serás hasta la muerte.

—No, papá. Yo soy un Di Luca, aunque no me corresponda por sangre, porque mi abuela tampoco compartía la mía.

—Y no por eso te quiso menos.

—No, eso es cierto. Fue la única persona que me ofreció un amor incondicional hasta el final de sus días.

El salón entero empezó a darme vueltas, pero no podía marcharme sin obtener el resto de las respuestas.

Tenía que mantenerme fuerte y la presencia de Ainoa me proporcionaba la fuerza necesaria para continuar, aunque todo aquello me estuviera destrozando por dentro.

—¿Por qué has colocado a Francesca Valenti en mi campaña? —me atreví a preguntarle.

—¿Sigues teniendo contacto con esa mujer? Me prometiste que no volverías a verla después del desliz que tuviste con ella —dijo mi madre, bastante enfadada.

—No he incumplido mi promesa. No la he visto. Contacté con ella a través de otra persona, que ha sido quien ha movido todos los hilos —respondió mi padre, nervioso.

—Claro, para eso está Moisés Velasco, ¿no?

—Hijo, envíe a Moisés con un solo propósito: separarte de esta mujer, que no está a la altura de lo que te espera.

—Espero que no estés hablando en serio.

—Por supuesto que sí. ¿Qué pinta una fotografía al lado del futuro dueño y gerente de una de las empresas vitivinícolas más importantes del país?

—No sé cómo decirte que no pienso hacerme cargo de la empresa. No quiero seguir tus pasos ni convertirme en alguien como tú. Además, a qué se dedique mi pareja no es asunto tuyo.

—Claro que me interesa. Es más, desde ahora mismo te vaticino que la campaña que estáis realizando será un fracaso, aunque a mí me da exactamente igual.

—¿No te has parado a pensar en todas las familias que dependen de ese trabajo? Hay una empresa entera que necesita los beneficios de campañas como esta.

—Sinceramente, me da lo mismo. Para mí, esa empresa no es más que un entretenimiento. Que gane dinero o no me resulta indiferente, porque mis verdaderos beneficios proceden del vino.

—Espera, espera... ¿Me estás diciendo que has comprado esa empresa?

—Sí. ¿Acaso creías que iban a contratarte como modelo principal si yo no lo hubiera exigido? Además, la agencia de publicidad en la que trabaja esta mujer también me pertenece.

—Mire, señor Benetti, le he consentido que se dirija a mí de manera despectiva en dos ocasiones, pero no habrá una tercera —le advirtió Ainoa antes de que pudiera intervenir.

—¿Me estás amenazando en mi propia casa?

—No, lo estoy advirtiéndolo.

—Eso ahora no importa, papá. Eres tan egocéntrico que no eres capaz de mirar más allá de tu propio ombligo.

—¿Por querer que mi hijo llegue a ser alguien importante en la vida?

—Su hijo ya es alguien importante. No necesita nada de lo que usted pueda ofrecerle, y no por su profesión ni por el dinero que gana. Es importante porque está rodeado de personas que lo quieren, aunque ustedes no sean capaces de verlo —le dijo Ainoa.

No pude sentirme más orgulloso de ella.

—De momento, creo que voy a hacer una reestructuración de la plantilla de la agencia —dijo mi padre, como si a ella pudiera importarle su amenaza.

—No se preocupe. Desde este mismo momento tiene mi renuncia. No me gusta trabajar para personas como usted.

—¿Y cómo se supone que soy?

—Un cacique convencido de que puede comprarlo todo con dinero. Pero lo siento, amigo, mi dignidad no está en venta.

—Eso habría que verlo. Seguro que, si te ofreciera un millón de euros para que dejaras a mi hijo, tardarías muy poco en despedirte de él.

Ainoa lo miró y, acto seguido, una sonrisa apareció en sus labios. En aquel instante supe que iba a soltarle una de las suyas, y no me equivoqué.

—Veo que durante toda su vida se ha rodeado de mujeres sin personalidad, dispuestas a hacer lo que usted quisiera a cambio del lujo y el dinero que les proporcionaba...

—No continúes si no quieres que te eche de mi casa.

—No hará falta. Me marcharé por mi propio pie y ahora mismo, pero no sin decirle antes que yo no me vendo y mi amor tampoco. Coja ese millón de euros y páguese un buen tratamiento estético para la mujer con la que se está acostando, porque tiene bastantes cosas que arreglarse.

Capítulo 22



Salí de aquella casa echando humo por las orejas, aunque tenía claro que nos habían ocultado muchas cosas, sobre todo en lo referente a Moisés Velasco.

Mientras Fabri y yo nos montábamos en el coche, empecé a trazar un plan, pero necesitaba contar con su apoyo y su ayuda.

—Me ha encantado cómo le has contestado a mi padre.

—Es que no podía hacerlo de otra manera.

—¿Tú también tienes la sensación de que no nos lo han contado todo?

—Sí, pero creo que sé cómo podemos llegar al fondo del asunto.

—Cuéntamelo.

—Como comprenderás, no pienso trabajar para tu padre, así que, desde este momento, me he quedado sin empleo. Voy a aprovecharlo para contactar con Moisés.

—No. Te lo digo desde ya: no pienso permitirlo. No vas a meterte en la boca del lobo. Además, yo tampoco continuaré con esa campaña. Que busquen a otro modelo.

—¿Y si te denuncia por incumplimiento de contrato?

—Si lo hace, yo también lo denunciaré por todo lo que ha hecho.

—No tenemos pruebas, Fabri. Será tu palabra contra la suya.

—¿Quién ha dicho que no las tenga? No pensarás que soy tan idiota como para entrar en esa casa sin cubrirme las espaldas.

—¿Qué has hecho?

—Antes de entrar en el salón, activé la grabadora del móvil.

—¿Has grabado toda la conversación?

—De principio a fin. No se ha perdido ni una sola palabra de las que han salido por sus bocas.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Para empezar, intentaré localizar al médico que atendió a mi madre biológica durante el parto y lo presionaré para que me cuente todo lo que sabe.

—¿Y si no lo encuentras?

—Tendré que recurrir a otros métodos, pero necesito descubrir el nombre de mi madre.

—Puedes contar con mi ayuda, aunque no creo que exista ningún registro de otra mujer que diera a luz aquella noche, aparte del de tu madre.

—Eso también lo he pensado, pero, aunque no registraran el parto con su nombre, debe de constar su ingreso. Pasó dos meses en aquella clínica y no creo que hayan podido borrar todo rastro de su estancia.

—Bueno, por ahí sí podemos empezar a escarbar.

—Creo que deberíamos contarles a los demás lo que ha ocurrido.

—Sí, pero llévame primero al hotel, por favor. Tengo que hablar con Moisés antes de que tu padre pueda avisarlo.

—Está bien, pero yo estaré presente.

—No me importa. De hecho, necesito tu ayuda.

Le expliqué mi plan a Fabri. Le diríamos a Moisés que acabábamos de hablar con Giovanni y que, como su mujer estaba delante, no había podido darnos todos los detalles de la operación que tenían entre manos.

—Claro. También podemos decirle que mi padre nos ha enviado para que sea él quien nos ponga al corriente.

—Tenemos la grabación de tu padre, así que podríamos utilizar una herramienta de inteligencia artificial para crear un breve mensaje con su voz.

—Eres malvada, ¿lo sabías?

—¿Malvada yo? Malvado es tu padre.

—En eso tienes razón.

—No me gusta que me tomen el pelo y, cuando alguien lo hace, se me agudiza el ingenio para devolvérsela.

Fabrizio aparcó en un hueco cercano al hotel. Mientras yo buscaba una aplicación que permitiera clonar una voz, él seleccionó varios fragmentos claros de la grabación y me los envió.

Los introduje en la herramienta y, al poco tiempo, conseguimos crear un mensaje breve con la voz de Giovanni en el que ordenaba a Moisés que nos pusiera al corriente de todo.

Nos bajamos del coche y nos dirigimos hacia la recepción del hotel. Sabíamos que seguía alojado allí porque era el mismo lugar en el que lo había conocido y él mismo me había dicho que tenía una habitación.

—Buenas tardes. Estamos buscando al señor Velasco. ¿Podría localizarlo, por favor? —le pregunté a la recepcionista.

—Un momento. Comprobaré si se encuentra en su habitación.

—Gracias, muy amable.

La chica cogió el teléfono de recepción y marcó el número de la habitación, que pude ver desde donde me encontraba. Unos segundos después, alguien respondió.

—Señor Velasco, tengo aquí a una pareja que ha venido a buscarlo.

No sabíamos qué le contestó, pero la recepcionista anotó algo en una libreta antes de colgar.

—El señor Velasco me ha dicho que bajará enseguida. Pueden esperarlo en la cafetería y pedir que les asignen la mesa número siete.

—Muchísimas gracias. Eso haremos.

No quisimos mostrar nuestra sorpresa delante de ella, pero estaba claro que Moisés esperaba a alguien que no éramos nosotros.

En lugar de sentarnos en la mesa siete, le pedimos al camarero que nos acomodara en la más cercana.

Unos minutos después, vimos entrar a Moisés. Al descubrir que quienes lo esperábamos éramos nosotros y no las personas con las que había quedado, intentó salir de la cafetería, pero no se lo permitimos.

—Moisés, por favor, necesitamos hablar contigo un momento.

—Estoy esperando a alguien y, si me entretengo con vosotros...

—No tardaremos demasiado. Aunque, antes de marcharte, será mejor que escuches el mensaje que tenemos para ti. Después, cuando termines tu reunión, hablaremos.

Fabri sacó el teléfono y reprodujo el audio que habíamos creado, en el que Giovanni le indicaba que debía ponernos al corriente de todo.

—En ese caso, será mejor que os sentéis con nosotros y esperemos juntos a la persona con la que he quedado. Cuando terminemos de hablar, podremos ultimar los detalles.

—Perfecto.

Sin pretenderlo, habíamos llegado en el momento y el lugar adecuados. Tendríamos que fingir que sabíamos de qué se estaba hablando y disimular que, en realidad, no teníamos ni puñetera idea.

Unos minutos después apareció un hombre que me resultaba muy familiar. Lo reconocí enseguida: era el mismo que, durante la fiesta, había anunciado el acuerdo de la firma con la agencia.

—¿Tenemos compañía? —preguntó al vernos.

—Sí. El señor Benetti ha solicitado que los pongamos al corriente —respondió Moisés.

—Está bien. Si él ha dado su consentimiento, no tengo ningún inconveniente.

El hombre empezó a explicar que ya habían hablado con sus contactos en aduanas y que todo estaba preparado para que el cargamento pasara como uno más de los pedidos de vino que exportaban habitualmente.

—¿Estás seguro? No quiero que ocurra como la última vez, cuando el responsable no estaba en su puesto y estuvo a punto de arruinarlo todo —dijo Moisés.

—No sucederá. Esa persona ya no trabaja allí y nos hemos encargado de colocar a alguien de confianza en su lugar.

—Así me gusta, que seáis resolutivos. Cuanto menos molestemos al jefe, mejor.

—¿Nosotros podemos ayudar en algo? —preguntó Fabri con gran acierto.

—De momento, no. Pero estad en la terminal de carga del aeropuerto el día doce a las diez, por si surge algún problema y os necesitamos.

—Allí estaremos.

Nos despedimos de ellos fingiendo una seguridad que no teníamos y salimos de la cafetería para regresar al coche.

Ya no podíamos volver a casa de Fabri. Si a Moisés le daba por telefonar a Giovanni y contarle que habíamos estado allí, estábamos muertos.

Ya no se trataba solo de comprar y vender empresas ni de haberse apropiado ilegalmente de un bebé. Teníamos entre manos una operación de contrabando.

Lo primero que hicimos fue poner rumbo a casa de mi hermano, donde nos esperarían los demás. En cuanto subimos al coche, les enviamos un mensaje para pedirles que se reunieran allí.

La situación se había complicado muchísimo. Ahora sí necesitábamos permanecer unidos o podíamos terminar mucho peor de lo que éramos capaces de imaginar.

Mi hermano fue quien nos abrió la verja para que aparcáramos dentro. En cuanto vio nuestras caras, supo que algo grave había ocurrido. Llegamos con el rostro desencajado, os lo prometo.

—No hace falta ni preguntar. Entrad y hablemos.

—Gracias, amigo —le respondió Fabri.

Cuando entramos, todos estaban esperándonos, sentados en los sofás con una cerveza en la mano.

Nadie se atrevió a hablar. Permanecieron pendientes de nosotros, esperando a que empezáramos a contarles lo sucedido.

Fabri me cogió de la mano y relató todo lo que habíamos descubierto, sin dejarse ningún detalle.

Sin embargo, lo más impactante llegó cuando les explicamos la trampa que habíamos preparado para Moisés y cómo había caído en ella.

—No podemos continuar solos. Necesitamos acudir a la policía —dijo Arturo.

—Mi padre tiene comprada a mucha gente. No podemos arriesgarnos a confiar en la persona equivocada —respondió Fabri.

—Conozco a alguien que puede ayudarnos y os aseguro que no está comprado por nadie —intervino Carlo.

Todos nos quedamos mirándolo, esperando que aclarara lo que acababa de decir.

Cuando comprobó que nadie pronunciaba una palabra, nos confesó que tenía un hermano que ocupaba un cargo importante dentro de la policía.

—Pongo la mano en el fuego por él. Su sentido de la moral no le permitiría aceptar algo así.

—Si estás seguro, adelante. Llámalo y pídele que venga cuanto antes —le dijo Fabri.

Pendíamos de un hilo, porque, si confiábamos en la persona equivocada, podíamos poner nuestras vidas en peligro.

Capítulo 23



Carlo hizo la llamada y nos quedamos esperando a que llegara Marco, su hermano mayor, de quien ninguno de nosotros sabía gran cosa.

Según nos contó, no mantenían demasiada relación porque su hermano consideraba que era demasiado casquivano y, hasta que no sentara la cabeza —le daba igual que lo hiciera con un hombre o con una mujer—, no quería saber nada de él.

En aquel momento, llamaron a la puerta del jardín y mi hermano fue a abrir, sabiendo que debía de ser el hermano de nuestro amigo.

—Buenas tardes, soy el inspector Sofredi. He recibido una llamada de mi hermano para que viniera lo antes posible.

—Encantado, inspector Sofredi. Soy Saúl Montero, el dueño de la casa y amigo de Carlo. Pase, por favor.

El inspector llegó hasta el salón, donde todos lo esperábamos con cierta inquietud por lo que se nos venía encima.

—Marco, buenas tardes.

—Buenas tardes, Carlo. ¿Todo bien? —le preguntó su hermano, preocupado.

—Sí, yo estoy perfectamente. Mira, este es Arturo, mi pareja.

—Pero ¿pareja o rollo? —preguntó Marco, como si no terminara de fiarse.

—No, Marco. Esta vez es mi pareja, pero una de verdad.

—Encantado, Arturo. Tenéis que venir un día a casa para que conozcas a mis hijos.

—Hermano, podemos dejar todo eso para más tarde, que lo que tenemos entre manos es un poco complicado.

—Tienes razón. La alegría me ha nublado el juicio. Adelante, contadme qué ocurre.

—¿Conoces a Giovanni Benetti? —preguntó Fabrizzio.

—Por supuesto, pero la pregunta no es esa, sino qué sabéis vosotros de ese hombre.

—Antes de hablar, necesitamos que nos cuentes qué sabes tú de él.

El hermano de Carlo respiró hondo antes de explicarnos que llevaban un tiempo investigándolo de manera confidencial.

Sospechaban que había algo turbio detrás de sus negocios, sobre todo en el relacionado con la empresa vitivinícola.

—Entonces tenemos razón —dijo Fabri—. Además, sabemos dónde se llevará a cabo la próxima entrega, pero, antes de continuar hablando, necesitamos asegurarnos de que tu equipo está limpio.

—Pongo la mano en el fuego por todos y cada uno de sus miembros. Nunca me han dado ningún motivo para desconfiar de ellos.

—En ese caso, hoy hemos descubierto muchas cosas y lo tenemos todo grabado en este teléfono.

Fabri reprodujo las dos conversaciones, empezando por la que habíamos mantenido en el hotel con aquellos hombres. Mientras las escuchaba, una sonrisa fue apareciendo en el rostro de Marco.

—Esto es oro puro, chicos. No sabéis lo fácil que nos lo habéis puesto.

—No creo que sea tan sencillo —respondió Fabri—. Entre otras cosas, porque dudo mucho que mi padre admita que estaba al corriente.

—Eso es cierto, pero, si tiramos del hilo, te aseguro que encontraremos algo que nos lleve hasta él.

—Eso espero, aunque la cosa no termina ahí. También tengo pruebas de otros delitos que ha cometido mi padre.

—¿Perdona? ¿Lo has dicho en serio?

—Completamente. Y aquí tienes la demostración.

A continuación, le hizo escuchar el audio que había grabado durante la conversación con sus padres, en el que hablaban de cómo habían apartado a un bebé de la mujer que acababa de dar a luz y quedaba claro que la clínica estaba implicada.

—Joder, esto sí que no me lo esperaba.

—Sé que es posible que ese delito ya haya prescrito, pero me gustaría que me ayudaraís a encontrar a mi madre biológica.

—Por supuesto que lo haremos, no tengas ninguna duda. Pero antes tenemos que detener a esos desalmados que pretenden introducir droga en el país mediante los cargamentos de vino.

—Lo entiendo... También quería pedirlos otro favor.

—Si está en nuestra mano, no dudes que lo haremos.

—Con la información que os hemos proporcionado, estamos en peligro. Si mi padre descubre que hemos sido nosotros, vendrá a buscarnos sin dudar.

—Eso ya lo había previsto. De hecho, voy a llamar ahora mismo a mi mano derecha para organizar vuestra salida de aquí cuanto antes. Y no me refiero solo a vosotros dos, sino a los seis.

—¿A los seis? ¿Por qué? —preguntó Valeria, asustada.

—Porque ya sabrán que sois una piña y, si no consiguen encontrar a Fabrizzio y Ainoa, no dudarán en ir a por vosotros para presionarlos.

—¿Estaremos todos juntos?

—No. Os marcharéis por parejas, según decidáis entre vosotros.

—Joder, lo siento. Si hubiera sabido que todo acabaría así, jamás os habría metido en esto —dijo Fabrizzio.

—No digas tonterías. Aquí vamos todos a una. Lo que te ocurra a ti nos afecta a todos —le aseguró mi hermano.

Valeria estaba muy nerviosa y parecía no saber cómo reaccionar, hasta que Saúl consiguió tranquilizarla, sobre todo al hablar del trabajo.

—Por vuestros trabajos no os preocupéis. Nosotros nos encargaremos de justificar vuestra ausencia —dijo Marco.

—¿Tenemos que coger algo? —preguntó Carlo.

—¿A qué te refieres, hermano?

—Yo qué sé, ropa, documentación o lo que sea.

—No quiero que os llevéis nada que pueda hacer pensar que habéis abandonado la ciudad, mucho menos el país.

—¿Nos llevarán fuera de Italia?

—Es una posibilidad, pero, hasta que no llegue mi compañero, que es quien se ocupa de estos operativos, no puedo aseguraros nada.

Permanecimos en silencio hasta que llegó un mensaje al móvil de Marco. Se levantó del sofá y se dirigió hacia la entrada.

Pidió permiso a mi hermano para dejar pasar a su compañero, que entró con la seguridad de alguien acostumbrado a enfrentarse a aquella clase de situaciones.

—Buenas noches, soy el agente Sifredo.

—Buenas noches, agente. Adelante, está usted en su casa —le dijo mi hermano.

Sifredo nos explicó cómo teníamos que actuar a partir de aquel momento. Cada pareja regresaría a su casa, donde prepararía una mochila pequeña con algo de ropa y la medicación que pudiera necesitar.

No podíamos llevarnos nada con lo que pudieran localizarnos: ni teléfonos móviles, ni tarjetas bancarias ni ningún dispositivo electrónico.

Nos aseguró que dispondríamos de todo lo necesario, pero que, si teníamos dinero en efectivo en casa, podíamos cogerlo. Eso sí, nada de sacar dinero de ninguna cuenta, porque podría delatarnos.

Nos despedimos siendo conscientes de que la situación se había complicado bastante. El poder del señor Benetti llegaba muy lejos y aquello nos asustaba.

—Saúl, por favor, cuida de Valeria. Ella no tiene nada que ver con esto; está aquí por casualidad.

—No te preocupes. No pienso dejar que os pase nada a ninguna de las dos. Y tú ten mucho cuidado, por favor. No te separes de Fabrizzio.

—No lo haré. Tampoco pienso permitir que te ocurra nada ahora que te he recuperado.

—Te quiero, enana, aunque no te lo diga nunca.

—Yo también te quiero, hermanito.

Después me acerqué a Arturo, que estaba hablando con mi chico.

—Vosotros también debéis tener muchísimo cuidado, por lo que más queráis.

—Eso mismo les he dicho yo, *bella*. Que no se separen —intervino Fabri—. Todavía no somos conscientes de lo que mi padre es capaz de hacer.

—Eso mismo acabo de hablar con mi hermano y con Valeria. La situación es muy complicada.

En la puerta de casa de mi hermano, cada pareja tomó el camino hacia su hogar en el coche con el que había llegado.

—Tranquila, cariño. Verás como todo sale bien —me dijo Fabri.

—Eso espero, porque no me perdonaría que le ocurriera algo a alguno de ellos.

—No les pasará nada y siento de verdad haberos metido en esto.

—Soy tu pareja, como tú mismo has dicho, y ellos son nuestros amigos. Era inevitable que termináramos implicados.

—Lo entiendo, pero esta es mi guerra, no la vuestra.

—Yo entiendo la amistad de una manera muy sencilla: cuando uno de nosotros tiene un problema, lo tenemos todos.

—A excepción de tu hermano, nunca había tenido la suerte de contar con unos amigos así.

—Pues ahora los tienes y comprobarás que es una de las mejores cosas del mundo.

—No, lo mejor del mundo eres tú. Y he tenido la suerte de que me hayas elegido como compañero.

—Sé que es pronto y que quizá no sea la mejor manera de decirlo, pero te quiero muchísimo, Fabri.

—Para decirle a una persona que la quieres no existen un momento ni un lugar incorrectos, Ainoa. Siempre es el momento adecuado. Yo también te quiero.

Fabri y yo nos besamos. No fue un beso hambriento ni desesperado, a pesar de la situación que estábamos viviendo. Fue un beso necesario, no desde el deseo, sino desde el afecto.

Mi chico arrancó el coche y pusimos rumbo a su casa, donde disponíamos de media hora antes de que vinieran a buscarnos.

Finalmente, nos sacarían de Milán, aunque no de Italia. Como la operación se llevaría a cabo solo cuatro días después, no consideraban necesario enviarnos fuera del país.

Nos trasladarían por carretera en vehículos camuflados, sin distintivos policiales.

Entramos en casa y preparamos una mochila con algo de ropa y nuestros enseres más personales.

Los móviles se quedarían allí apagados para evitar que alguien pudiera localizarlos.

Fabri también cogió dinero en efectivo por si lo necesitábamos. Yo hice lo mismo, aunque no solía tener demasiado, quizá doscientos o trescientos euros, porque casi siempre pagaba con tarjeta.

—Bueno, ahora solo nos queda esperar a que vengan a buscarnos.

—Tengo miedo, Fabri. Mucho miedo.

—Lo sé, mi vida. Yo también, pero saldremos de esta más fuertes que nunca.

—Si, por alguna razón, algo sale mal, quiero que le digas a mi hermano que volver a tenerlo en mi vida ha sido un regalo...

—No digas eso. Podrás decírselo tú misma la próxima vez que lo veamos.

—Ojalá sea pronto.

En aquel momento llamaron a la puerta. Eran casi las dos de la madrugada y supimos que se trataba del hombre encargado de nuestra seguridad.

—Buenas noches, ¿lo tenéis todo listo? —nos preguntó.

Nos sorprendió comprobar que era el mismo agente al que acabábamos de conocer.

—Buenas noches, agente Sifredo. Sí, está todo preparado —le respondió Fabri.

—Entonces, pongámonos en marcha.

Salimos de casa por la parte trasera, a través de una pequeña puerta del jardín que daba directamente a una calle sin asfaltar y que apenas utilizábamos.

Sifredo había dejado el coche aparcado allí para no levantar sospechas, pues no era un vehículo que se hubiera visto antes por la urbanización.

—¿Adónde vamos?

—A Turín. Allí os dejaré con dos compañeros en un piso vigilado, donde estaréis seguros.

—¿Lo bastante seguro?

—Te lo garantizo.

La conversación se desarrolló entre Fabri y el agente Sifredo, que conducía el coche.

Yo me sumí en mis pensamientos hasta que terminé quedándome dormida, supongo que debido a toda la tensión acumulada y a la falta de sueño de los últimos días.

Abrí los ojos justo cuando el agente aparcaba delante de un edificio bastante desvencijado.

—Es una de las zonas más seguras de la ciudad, a pesar del aspecto de los edificios —nos aseguró al ver nuestras caras de asombro y, por qué no decirlo, de miedo.

—Si tú lo dices, tendremos que creerte, pero que sepas que me da un poco de yuyu estar aquí —le respondí.

Bajamos del coche y Fabri me cogió de la mano de inmediato. Él estaba tan sorprendido como yo, pues ambos esperábamos que nos llevaran a un lugar completamente distinto.

Entramos en el portal y tengo que reconocer que su interior no tenía nada que ver con el aspecto exterior del edificio.

Tomamos el ascensor y subimos hasta la cuarta planta, donde se encontraba el piso en el que viviríamos durante los días siguientes.

Capítulo 24



Llamamos a la puerta y nos abrieron dos agentes, un chico y una chica, que nos recibieron con una sonrisa.

—Buenos días. Somos Ángela y David, los agentes que nos encargaremos de vuestra seguridad mientras estéis aquí —nos explicó ella en un español perfecto.

—¿Sois españoles? —pregunté, sorprendida.

—Nosotros no, pero nuestros padres sí —respondió el chico.

Entramos en el piso y nos enseñaron nuestra habitación. La vivienda no era demasiado grande. Contaba con una cocina abierta al salón, donde había un sofá de dos plazas y dos sillones individuales.

Un pequeño pasillo conducía hasta los dos dormitorios, ambos con el baño integrado. Ángela y David ocupaban uno y nosotros nos instalaríamos en el otro.

Como llevábamos pocas cosas, no tardamos más de cinco minutos en dejarlo todo organizado.

—Venga, venid a desayunar. El viaje ha sido largo y tendréis hambre —nos dijo Ángela.

—Pues sí, la verdad es que estoy hambrienta —le respondí.

Fabri permanecía a mi lado. No se separaba de mí ni me soltaba la mano. Los dos estábamos en tensión constante y deseando que todo terminara de una puñetera vez.

Nos sentamos a la mesa, donde Ángela había preparado de todo: frutos secos, dulces, fruta y cualquier cosa que podáis imaginar.

—De verdad, no entiendo esa manía que tenéis aquí de poner tantísimas cosas para desayunar.

—Eso mismo le dice mi madre a mi padre —comentó David.

—Es que es mortal. Con lo bueno que está un pan de campo tostado con manteca *colorá* y azúcar —le respondí.

Todos soltaron una carcajada. Mi abuela, que era andaluza, siempre decía que aquel era el mejor desayuno del mundo y que, donde se pusiera eso, se quitaran el muesli y todas aquellas cosas que parecían comida para pájaros.

Por primera vez en mucho tiempo, eché de menos a mi familia, pero, sobre todo, a mi hermano, y una serie de preguntas se agolparon en mi cabeza.

¿Estarían bien? ¿Cuidaría de Valeria? ¿Sería cierto que se había enamorado de ella, tal y como me había contado Fabri días atrás, sin saber que se trataba de mi amiga?

—Desde aquí puedo oír cómo funciona el engranaje de tu cabeza, Ainoa. ¿Me permites que te tutee? —me preguntó Ángela.

—Por supuesto, sin ningún problema.

—Deja de pensar. Todo va a salir bien.

—¿Y si no es así?

—Entonces tampoco te servirá de nada preocuparte por algo que no está en tu mano.

—Tengo un amigo que, cuando me ve preocupado, siempre me dice lo mismo: si el problema tiene solución, ¿para qué te preocupas? Y, si no la tiene, ¿de qué sirve preocuparse? —añadió David.

—Sí, tiene toda la razón del mundo, pero es inevitable cuando la vida de las personas que quieres puede estar en peligro.

—Anda, vamos a desayunar y cambiamos de tema, que te vendrá bien.

Nos sentamos los cuatro a la mesa. El agente Sifredo había emprendido el regreso a Milán nada más dejarnos allí y presentarnos a los dos agentes, pues tenía que participar en la organización del operativo.

Después del desayuno, nos acomodamos en el salón y Ángela empezó a contarnos su historia familiar, más que nada para intentar apartar de nuestras cabezas la preocupación por los nuestros.

En resumidas cuentas, su madre se había enamorado de un italiano que le robó el corazón durante unas vacaciones de verano.

Cinco meses después, se había trasladado a Italia para vivir con él. Se casaron cuando apenas llevaban siete meses juntos y, un año después de conocerse, nacieron ellos.

Ángela y David eran mellizos, tenían veintinueve años y ambos habían elegido la policía como profesión, al igual que su padre, que ocupaba un puesto importante dentro del cuerpo.

—Te equivocas, así que deja de darle vueltas —le dijo David a Fabri al notar cómo se tensaba.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque es mi padre y la persona más honrada y sensata que conozco.

—¿Me podéis explicar de qué coño estáis hablando? —les pregunté, algo enfadada.

Era cierto que, en cuanto escuchó que el padre de los agentes ocupaba un puesto importante, mi chico se había puesto en tensión.

Parecía que quisiera salir corriendo de allí, pero algo se lo impidiera.

—Mi padre podría tener al suyo comprado. Acaba de decir que ocupa un alto cargo en la policía —me explicó Fabri.

—No puedes desconfiar de todo el mundo, cariño. Demos tiempo al tiempo y dejemos que los hechos nos demuestren en quién podemos confiar.

—Lo sé, pero no puedo evitar ponerme a la defensiva. Sé de lo que es capaz ese hombre.

—Tenemos que aguantar. Solo faltan unos días para volver a nuestra vida.

Al final, Fabrizio consiguió relajarse y todos empezamos a sentirnos más cómodos.

Yo necesitaba mantener la cabeza ocupada, así que fui hasta la cocina y revisé lo que había en la nevera. No era gran cosa, pero podría apañarme para preparar algo.

—Ángela, tendremos que llenar la nevera. Aquí apenas hay nada.

—No te preocupes. Hazme una lista y bajaré ahora mismo al supermercado.

—¿No puedo ir contigo?

Apenas pronuncié aquellas palabras, Fabrizio se levantó del asiento como impulsado por un resorte y se acercó a nosotras con el rostro tenso.

—No seas inconsciente, Ainoa. No vamos a salir de este piso hasta que todo haya terminado —me soltó con brusquedad.

—Está bien, pero tampoco tienes que ponerte así. Solo ha sido una pregunta, no pensaba escaparme —le respondí.

En aquella ocasión fui yo quien se enfadó y no intenté disimularlo. Sabía que había reaccionado así por la preocupación y la tensión acumulada, pero no iba a permitir que me tratara de aquella manera.

—Lo siento, cariño. He reaccionado mal. Solo pensar que pueda ocurrirte algo consigue que se me erice el vello.

—No nos va a pasar nada, de verdad. Vuelve al salón. Yo prepararé algo de comer y haré una lista para que Ángela vaya al supermercado.

Fabri se acercó y me dio un beso en los labios. Fue breve, apenas un roce, pero me resultó de lo más reconfortante.

Preparé un puré de verduras y unos filetes de pechuga de pollo en salsa que encontré en la nevera. Quedaron de muerte.

Una media hora después, Ángela regresó cargada con las bolsas de la compra, y Fabri y David la ayudaron a llevarlas hasta la cocina.

Al final, fuimos creando una rutina. Por las mañanas nos levantábamos, nos duchábamos y desayunábamos juntos.

Mientras David y Fabri hacían algo de ejercicio en el salón o en la terraza trasera, que daba a un descampado desde el que podían vigilar si alguien se acercaba, Ángela y yo nos metíamos en la cocina.

Cuando terminábamos de comer, los chicos recogían y limpiaban. Después, nos sentábamos todos en el salón para jugar a la consola, leer o ver alguna película.

Y llegó el día de la operación.

Aquella mañana me levanté demasiado nerviosa, como si presintiera que algo iba a ocurrir, y Fabri lo notó enseguida.

—Amor, ¿qué te pasa?

—Estoy nerviosa. Hoy es el día.

—Ven aquí, que conozco la manera perfecta de relajarte.

Fabri se colocó sobre mí y comenzó a besarme mientras recorría mi cuerpo con las manos, encendiéndonos poco a poco y aumentando la temperatura a fuego lento.

Con mucha delicadeza, fue descendiendo con los labios por mi cuerpo hasta llegar a los pechos, que esperaban ansiosos su atención.

Estábamos completamente desnudos porque la noche anterior habíamos hecho el amor durante horas y nos habíamos quedado dormidos exhaustos.

Después de recrearse con mis pechos, continuó bajando hasta alcanzar mi sexo.

Cada día me gustaba más cómo me practicaba el sexo oral. Me proporcionaba un placer descomunal y jamás había experimentado nada parecido, os lo prometo.

Consiguió que llegara al orgasmo dos veces, algo que no era habitual en mí, aunque, desde que estaba con él, cada vez ocurría con más frecuencia.

—Eres una maravilla, Ainoa. Nunca tengo suficiente de ti.

—Sigue, por favor. No vayas a detenerte ahora.

—No lo haría ni loco. Tenemos mucha tensión que eliminar y voy a encargarme personalmente de conseguirlo.

Acto seguido, me penetró.

No fue algo rápido. No sé cómo explicarlo para que me entendáis.

La noche anterior habíamos follado, pero lo que me hacía sentir en aquel momento era completamente diferente.

Con cada movimiento conseguía que me sintiera la mujer más especial del mundo, la más querida y deseada, y comprendí que lo quería en mi vida para siempre.

Llegamos al orgasmo al mismo tiempo y, en cuanto conseguimos recuperar el aliento, mi chico me cogió en brazos y me llevó hasta la ducha sin dejar de besarme.

Volvimos a lavarnos el uno al otro como habíamos hecho en otra ocasión, pero, lejos de tranquilizarnos, las caricias consiguieron excitarnos de nuevo.

Sus manos me llevaron a otro orgasmo, pero aquella vez no pensaba quedarme con las ganas de corresponderle. Lo empujé con suavidad contra la pared, me arrodillé delante de él y tomé su miembro entre las manos.

—Ainoa, no creo que dure demasiado...

—Me da igual cuánto dures. No pienso sacarlo de mi boca hasta que llegues al final.

Sus ojos se oscurecieron de una manera espectacular. Sin dejar de mirarlo, introduje su miembro en mi boca mientras, con la otra mano, empezaba a acariciarme.

Era consciente de lo mucho que le excitaba verme hacerlo y lo noté en la forma en que se endureció todavía más contra mi lengua, hasta que terminó derramándose en mi boca.

Lo hizo con un gruñido seco, como si intentara contener el grito que tenía atrapado en la garganta para que nadie descubriera lo que estábamos haciendo.

Verlo de aquella manera provocó que yo también alcanzara el orgasmo. Sin embargo, no fui capaz de disimular y grité sin poder contenerme.

Salimos de la ducha poco después y nos secamos en silencio, con una sonrisa en los labios, completamente satisfechos y algo más relajados.

Creo que habíamos hecho todo aquello por miedo a salir de la habitación y descubrir que algo había salido mal. Sin embargo, no podíamos permanecer allí eternamente.

Respiramos hondo, pues Fabri estaba tan nervioso como yo, entrelazamos los dedos y salimos al salón.

Ángela y David estaban pendientes del portátil, desde el que seguían el operativo en directo.

—¿Qué es eso? —preguntó mi chico mientras se sentaba a su lado.

—La señal de una de las cámaras que llevan encima mis compañeros —respondió David sin apartar la mirada de la pantalla.

Permanecimos en silencio durante un buen rato. Ninguno quería decir nada que pudiera distraernos o hacer que nos perdiéramos algún detalle importante.

Después de varios minutos, los nervios empezaron a consumirme, así que fui hasta la cocina y preparé café para los cuatro.

Necesitaba mantenerme ocupada mientras todo terminaba porque, si me quedaba allí sentada, mirando fijamente la pantalla, parecía que el tiempo no avanzaba.

Capítulo 25



Fabrizzio

No sé cuánto tiempo transcurrió desde que salimos de la habitación hasta que recibimos la noticia de que todo había salido bien. Habían detenido a todos los implicados de manera simultánea para evitar posibles filtraciones.

Todo ocurrió muy rápido, al menos por lo que pudimos ver a través de la cámara conectada al ordenador, pero no fue sencillo.

Cuando comprendí a qué se refería uno de los agentes, cuando abrieron la bodega de carga del avión y levantaron las tapas de aquellas cajas, estuve a punto de sufrir un infarto.

No solo encontraron toneladas de droga, que era lo que estaban buscando, sino también una docena de mujeres procedentes de Europa del Este en unas condiciones más que precarias.

—No puede ser cierto lo que estoy viendo. No termino de creer que mi padre se dedique a esto —murmuré.

—Nosotros tampoco teníamos la menor idea —respondió Ángela, sujetándome por los hombros.

—De no haber sido por vosotros y por vuestro empeño en descubrir qué ocurría, nada de esto habría sido posible —añadió David, mirándome fijamente.

Acto seguido, Ángela se levantó para atender una llamada y yo no sabía ni cómo sentirme.

Por una parte, estaba tremendamente aliviado, pero, por otra, no lograba asimilar que mi padre fuera un monstruo de semejante calibre.

De pronto, empezaron a surgir nuevas dudas y necesitaba llegar hasta el fondo del asunto, porque no me gustaban nada las conclusiones a las que estaba llegando.

¿Y si habían contratado a Moisés Velasco para que captara a Ainoa? ¿Y si mi madre conocía los negocios de mi padre y había decidido mirar hacia otro lado?

Iba a volverme loco, os lo prometo. Intenté disimular lo que me pasaba por la cabeza, pero no lo conseguí, porque Ainoa me leyó sin ningún esfuerzo.

—Fabri, cariño, todo ha terminado. No debes seguir dándole vueltas.

—No ha terminado, Ainoa. Esto no ha hecho más que empezar.

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que la prensa no se hará eco de todo esto? ¿Piensas que no averiguarán que los detenidos son mis padres?

—Adelántate. En cuanto lleguemos a Milán, convoca una rueda de prensa y cuenta tu versión de los hechos. Así evitarás que empiecen a especular.

—Ainoa tiene razón. La mejor forma de evitar que otros construyan la historia por ti es contarla tú primero —dijo Ángela, que acababa de terminar la llamada.

—¿Quién era? —preguntó David.

—Nuestro padre. Ya están todos detenidos y quiere que regresemos a Milán. Tenemos que pasar por su despacho para que nos expliquen cómo ha ido el operativo —respondió Ángela.

No nos lo pensamos dos veces. Entramos en la habitación, recogimos nuestras cosas y bajamos, donde ya había un coche esperándonos.

El trayecto se me hizo largo y tedioso. Apenas hablamos durante el camino y no solté la mano de Ainoa en ningún momento. Sentir sus dedos entrelazados con los míos me daba la tranquilidad de saber que estaba bien.

Me moría de ganas de reencontrarme con los demás y comprobar que todos se encontraban a salvo. Mientras pensaba en ellos, se me ocurrió una idea.

—Quiero que, cuando todo esto termine, pasemos una temporada en España, tumbados en la playa y olvidándonos del mundo.

—Me parece una idea fantástica y conozco el lugar perfecto. Eso sí, quiero que vayamos todos.

—Eso ni siquiera tienes que pedirlo, preciosa. No pienso dejar a nadie atrás.

—Aunque antes tendremos que averiguar qué va a ocurrir con las empresas que ha comprado tu padre. Pensar que tantas familias podrían perder su empleo me hace sentir fatal.

—No te preocupes. Hablaré con un abogado y encontraremos la manera de que todo siga funcionando.

Cuando llegamos a Milán, nos dirigimos directamente a la comisaría en la que se encontraban los detenidos.

Solo esperaba que mi padre no encontrara la manera de librarse de aquello, porque sabía que recurriría a cualquier argucia legal con tal de conseguirlo.

El padre de Ángela y David nos esperaba en la entrada, pues sus hijos le habían avisado de que estábamos a punto de llegar.

Por suerte, la prensa todavía no se había enterado, aunque estaba seguro de que no tardaría demasiado en agolparse frente a la comisaría.

—Buenas tardes. Acompañenme a mi despacho —nos indicó.

—Buenas tardes. Gracias por todo lo que han hecho por nosotros —le dijo Ainoa.

—No hemos hecho más que nuestro trabajo. En realidad, somos nosotros quienes debemos daros las gracias, porque, sin vuestra colaboración, nada de esto habría sido posible.

Entramos en su despacho y, una vez acomodados, empezó a explicarnos con detalle todo lo que habían descubierto.

Al parecer, mi padre controlaba varios prostíbulos del país que, sobre el papel, funcionaban de manera completamente legal, aunque la realidad era muy distinta.

Habían detenido a todos los implicados, incluida mi madre, que se encargaba de blanquear el dinero procedente de aquellos negocios mediante sus fiestas benéficas y actos solidarios.

Había que ser muy hipócrita para ocultar los delitos de su marido detrás de una fachada semejante.

Para todo el mundo, ella era la señora Benetti, una mujer de corazón generoso que proporcionaba todo lo necesario a varios orfanatos, de los que además era madrina.

También había fundado una casa de acogida para madres solteras y mujeres maltratadas, donde podían vivir con sus hijos, cuando ella misma había arrebatado a un bebé de los brazos de su madre.

Cada nuevo detalle conseguía enfurecerme un poco más, hasta que fui incapaz de permanecer sentado y me levanté de manera abrupta.

—Señor Di Luca, entiendo que todo esto lo esté sobrepasando. Es una reacción completamente normal, pero todavía hay más.

—¿Cómo que hay más? ¿Qué ocurre, que también es un asesino? Porque es lo único que me falta por escuchar.

—No tenemos pruebas de algo así, pero varias de las mujeres que viajaban en aquellas cajas nos han contado que dos de sus compañeras desaparecieron en circunstancias muy extrañas.

—Joder, todo esto es surrealista. Parece que estoy dentro de una película de mafiosos.

—Entiendo que le cueste asimilarlo.

—¿Y qué va a ocurrir ahora?

—En primer lugar, todos pasarán a disposición judicial y solicitaremos prisión provisional sin fianza. Después tendrá que celebrarse el juicio y, con las pruebas que tenemos, es bastante probable que reciban condenas muy elevadas.

—¿Qué sucederá con las empresas? No me gustaría que todas esas familias, que no tienen culpa de nada, terminaran en la calle.

—Ese es precisamente otro de los asuntos de los que debemos hablar con usted, aunque sabemos que no tiene ninguna relación con los delitos cometidos.

—¿A qué se refiere?

—Según la documentación que hemos encontrado, su padre ha administrado las empresas y gestionado sus beneficios durante todos estos años, pero usted figura como único propietario.

—¿Cómo es posible?

—Porque sus abuelos no se las legaron a sus padres, sino directamente a usted. Por algún motivo, le ocultaron esa información y continuaron gestionándolo todo como si les perteneciera.

—No pueden estar hablándome en serio.

—Completamente. Lo único que no figura a su nombre es la casa en la que residían, aunque también se pagó con fondos procedentes de sus empresas, por lo que quizá pueda reclamarla. De todos modos, será un abogado quien deba asesorarlo sobre ese asunto.

—Es lo primero que pienso hacer en cuanto salgamos de aquí.

—Por nuestra parte, no necesitamos nada más de ustedes por el momento, señor Di Luca.

—Muchísimas gracias por todo, comisario.

—Gracias a vosotros.

Cuando salimos de la comisaría, la prensa ya se agolpaba en la entrada, deseosa de obtener cualquier declaración.

Me detuve delante de ellos, pero no para responder a sus preguntas, sino para convocarlos al día siguiente en el jardín de mi casa. Allí hablaría de todo lo que tuviera que hablar, después de consultarlo con mi abogado.

—Como podéis comprobar, estamos agotados por todo lo ocurrido —dije.

—¿No va a hacer ninguna declaración, señor Di Luca? ¿O debemos llamarlo señor Benetti? —preguntó uno de los periodistas.

—Soy y seguiré siendo el señor Di Luca. Y sí, daré declaraciones, pero no aquí ni ahora.

—¿Qué quiere decir?

—Que os emplazo mañana a las cinco de la tarde en mi residencia. Allí explicaré todo lo que pueda contar y responderé a vuestras preguntas.

Después de decir aquello, y sin soltar la mano de Ainoa, terminé de bajar las escaleras de la comisaría y detuve un taxi.

Nos montamos y pusimos rumbo a mi casa, donde esperaba encontrarme con los demás, pues eso era lo que habíamos acordado el día en que nos separamos.

Capítulo 26



Llegamos a casa de Fabri sin saber muy bien cómo digerir todo lo que nos habían contado ni las emociones a las que habíamos tenido que enfrentarnos. En especial Fabrizzio, cuya vida había dado un vuelco brutal.

Todos nos esperaban en la entrada. Ver a mi gente sana y salva, sobre todo a mi hermano, hizo que las lágrimas brotaran de mis ojos sin control.

—Ya, mi niña, deja de llorar, que todo ha pasado —me dijo mi hermano.

Me abracé a él como si no hubiera un mañana.

—Lo sé, pero he pasado muchísimo miedo por todos vosotros.

—Nosotros estábamos mejor que bien, amiga. No veas el pedazo de policía que nos pusieron para custodiarnos —comentó Valeria.

Noté cómo mi hermano se tensaba.

—No puedo creerme que hayas estado pensando en eso, Valeria. De verdad.

—Hombre, claro. Ya que no podíamos salir, por lo menos me alegraba la vista.

—¿No tenías suficiente con alegrártela con mi hermano?

—De eso será mejor que hablemos después, porque ahora no me apetece.

Entramos en la casa y nos sentamos en el porche trasero con una cerveza en la mano, que era lo que más nos apetecía en aquel momento.

Fabri y yo continuábamos con los teléfonos apagados. No nos habíamos atrevido a encenderlos por miedo a las llamadas o los mensajes que pudiéramos encontrarnos.

Arturo nos observaba, consciente de que habíamos descubierto algo más, pero no se atrevía a preguntar. Esperaba a que alguno de nosotros abriera la boca y fue mi chico quien lo hizo.

—A ver, todo lo relacionado con la redada no es más que la punta del iceberg.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Carlo, mientras los demás lo miraban expectantes.

—En la comisaría hemos descubierto muchas más cosas —les dije.

—¿Muchas más sobre qué? —preguntó esta vez mi hermano.

—Sobre las actividades ilícitas de mis padres.

—¿Todavía hay más aparte de lo que ya han descubierto? —preguntó Arturo.

—No podéis ni imaginarlo.

Fabri empezó a relatarles todo lo que había sucedido y lo que la policía nos había contado.

Nos miraban completamente sorprendidos, como si les estuviéramos narrando el argumento de una de aquellas películas de sobremesa de los sábados por la tarde.

—Joder, amigo, de la noche a la mañana te has convertido en un heredero millonario —bromeó Arturo.

—Ni que lo digas. Mi amiga Ainoa ha dado un buen braguetazo —añadió Valeria.

Sabía que intentaban quitarle un poco de hierro al asunto, pero todo era demasiado fuerte como para que pudiéramos actuar con normalidad.

Observé cómo mi hermano no apartaba los ojos de mi amiga y cómo ella lo provocaba con los comentarios que acababa de soltar. No pude evitar sonreír, aunque no por la broma de Valeria, sino por la forma en que Saúl se la tomó.

—Mi hermana no necesita el dinero de nadie. Primero, porque sabe sacarse las castañas del fuego ella sola y, segundo, pero no menos importante, porque me tiene a mí para todo lo que necesite.

—Saúl, lo ha dicho de broma. Ni siquiera Fabri se lo ha tomado mal. ¿Verdad?

—¿Cómo voy a tomármelo mal? Entre otras cosas, porque ni yo mismo sabía lo que me habían legado mis abuelos, así que mucho menos ibas a saberlo tú —respondió mi chico antes de darme un beso en los labios.

—Bueno, ¿dónde habéis estado vosotros? —preguntó Carlo.

—En Turín —respondimos todos a la vez.

—¿En serio? No puedo creérmelo.

—¿En qué zona de Turín estuvisteis? —les pregunté.

En realidad, ninguno conocía el nombre del barrio o del distrito en el que nos habían alojado, pero, por las descripciones que dimos, dedujimos que habíamos estado todos en la misma zona.

Apostaría cualquier cosa a que incluso nos habían instalado en el mismo edificio. Habíamos llegado de manera escalonada y, como no podíamos salir de los pisos, no habíamos tenido ocasión de cruzarnos en las escaleras ni en el portal.

Se me escapó una carcajada. Todo aquello era tan... No sabía ni cómo definirlo, porque decir que la situación era surrealista se quedaba corto.

Al final, ninguno de nosotros pudo contenerse y terminamos riendo. Era la primera vez que lo hacíamos de aquella manera desde que había comenzado todo, sin preocupaciones, disfrutando durante unos minutos de la tranquilidad de estar juntos.

En un momento determinado, Fabri y yo nos miramos y comprendimos lo que el otro estaba pensando.

Cogimos los teléfonos y los encendimos. Lo primero que encontramos fue una avalancha de mensajes. Algunos ya no tenían ningún sentido y otros parecían escritos con una intención muy concreta.

Ese fue el caso de uno que había recibido de Moisés la misma noche en que nos marchamos y que, después de conocer los detalles de la operación, comprendí que no tenía nada de inocente.

—Mira el mensaje que me envió Moisés la noche en que nos fuimos.

—Yo también tengo uno de mi padre —respondió Fabri.

Intercambiamos los teléfonos para poder leerlos. El rostro de mi chico perdió todo el color, hasta el punto de que tuvo que levantarse y correr al baño para vomitar.

¿Qué decía el mensaje? Pues ahora mismo os lo cuento.

Moisés: *Hola, preciosa. Espero que todo haya ido bien con tu chico. No le hagas daño, es un buen hombre y un buen partido, para qué negar lo evidente.*

»Te escribo porque necesito tu ayuda. ¿Podrías venir mañana al hotel antes de las doce? Quiero que veas algo que no puedo enviarte por foto.

»Además, tengo muchas ganas de verte y darte un achuchón, porque espero que no hayas olvidado que nuestra amistad está por encima de todo. Un beso.

—Hay que ser muy cabrón para escribir algo así, mucho más después de descubrir a qué se dedicaba en realidad —dijo Arturo.

—Ese mensaje puede tener una doble intención —señaló mi hermano.

—¿Cuál? Yo solo veo que quería tenerla cerca y controlada —respondió Valeria.

—Entonces, amiga mía, me parece que eres más inocente de lo que cualquiera de nosotros imaginaba —le dije mientras le tomaba la mano.

—Efectivamente —dijo Fabrizio al reaparecer por la puerta del jardín.

—Sigo sin entenderos.

—Es muy sencillo. La llamó al hotel por dos posibles razones. La primera, para hacer creer que ella también estaba implicada en toda aquella trama.

—Pero eso es imposible. Si lo conoció el otro día y fue por casualidad.

—La segunda, y la que más miedo me da, es que pretendiera llevársela como a las demás mujeres, hacerla desaparecer y utilizarla como moneda de cambio para obligarme a colaborar con los negocios de mi padre —explicó Fabri.

Os prometo que no había pensado en aquella posibilidad y se me puso el vello de punta.

¿Qué habría ocurrido si hubiera acudido a aquella cita? ¿Dónde estaría en esos momentos?

—Ainoa, creo que será mejor que llamemos a mi hermano. Tiene que conocer la existencia de ese mensaje —dijo Carlo.

—Sí, por favor, llámalo. El que me ha enviado mi padre tampoco tiene desperdicio —añadió Fabri.

Mi chico tendió el móvil a los demás y Arturo leyó el mensaje en voz alta para que todos pudieran escucharlo. Yo ya lo había leído.

Giovanni: *Fabrizio, no creas que voy a quedarme de brazos cruzados ante tus amenazas y las de tu amiguita. Dile que mantenga la boca cerrada o será ella quien termine lamentándolo.*

—Joder, eso es una amenaza en toda regla —dijo mi hermano, pasándose una mano por el pelo.

—Lo sé, Saúl, pero, por suerte, desde donde está ya no puede hacerme nada —respondí, convencida de que así era.

—No, Ainoa. Tenemos que continuar siendo prudentes. Los tentáculos de mi padre son muy largos y puede seguir dando órdenes desde dentro.

—¡Me cago en todo! No me digas esas cosas ni en broma —le solté, sintiendo que los nervios volvían a apoderarse de mí.

Justo en aquel momento sonó el timbre. Al principio me sobresalté, pero enseguida pensé que podía tratarse de Marco, el hermano de Carlo.

Y así era. Carlo lo había llamado nada más conocer la existencia de los mensajes.

—Hermano, últimamente me llamas más que durante toda nuestra vida.

—Ay, *Marchino*, es que no sabes lo complicados que son mis amigos.

—Hola, Marco. Pasa, por favor.

—Muchas gracias por venir —le dije, todavía temblando.

—Mi hermano me ha contado que habéis recibido unos mensajes. ¿Puedo leerlos?

—Por supuesto. Aquí los tienes.

En cuanto Marco terminó de leerlos, una sonrisa se dibujó en sus labios y aquello consiguió tranquilizarme de inmediato.

Si sonreía de esa manera, debía de ser porque aquellos mensajes, lejos de ponernos en mayor peligro, podían convertirse en nuevas pruebas contra ellos.

Y no tardó en confirmárnoslo.

Capítulo 27



Fabrizzio

Todo lo relacionado con las amenazas y los mensajes quedó en manos de la policía. La presión de la prensa también disminuyó después de una comparecencia que no dejó indiferente a nadie.

Los reuní en el jardín de mi casa, tal y como había anunciado, y me planté ante ellos con una seguridad y una entereza que, en realidad, estaba muy lejos de sentir.

—Buenas tardes, amigos de la prensa. He convocado esta comparecencia para hacer un comunicado. Os agradecería que no me interrumpierais hasta que termine. Después responderé a todas vuestras preguntas.

Durante más de dos horas expliqué todo lo que podía contar y contesté a sus preguntas, tanto sobre mi posible implicación en lo sucedido como acerca de mi relación con mis padres.

No me dejé nada en el tintero ni me negué a responder a ninguna cuestión. Cuando terminaron de preguntar, les pedí que respetaran nuestra intimidad.

—Ya os he respondido a todo y sigo aquí por si necesitáis alguna aclaración. Si no es así, os pido encarecidamente que nos dejéis tranquilos. Todavía tenemos mucho que asimilar.

—Gracias, señor Di Luca. Por parte de mi periódico, respetaremos su petición.

Uno tras otro, fueron aceptando que no nos perseguirían en busca de nuevas declaraciones. Por mi parte, me comprometí a convocar otra rueda de prensa si se producía algún cambio importante que pudiera comunicar.

Cuando todos se marcharon, Ainoa me esperaba en el salón, donde teníamos que reunirnos con mi abogado para hablar de las empresas, la herencia y todo lo demás.

—Vamos a ver, Fabrizzio. Según la documentación que hemos revisado, todo te pertenece: tanto lo que heredaste de tus abuelos como los bienes adquiridos con los beneficios generados por ese legado.

—¿Qué puedo hacer con todo esto? Te prometo que no sé ni por dónde empezar.

—¿Quieres conservar las empresas? Empecemos por ahí.

—En cierta medida, sí. Me gustaría mantener las que funcionan de manera legal. De los demás negocios, que se encargue la justicia.

—Por supuesto, me refería únicamente a los legales.

—No quisiera desprenderme de lo que mis abuelos levantaron con tanto esfuerzo y sacrificio.

—Hay una opción que, desde mi punto de vista, sería la más conveniente, porque tú no tienes ni la más remota idea de cómo gestionar una empresa vitivinícola.

—¿Y cuál es esa solución tan maravillosa?

—Podrías arrendar la explotación a los propios trabajadores. Ellos se constituirían en una cooperativa, se encargarían de la gestión y te abonarían una cantidad anual acorde con los beneficios y el valor de la empresa.

—Me parece una idea estupenda. Ellos conservarían sus puestos de trabajo y yo no tendría que hacerme cargo de algo que desconozco por completo. ¿Cuándo podrías preparar una propuesta?

—Mañana por la tarde podría tener listo un primer borrador.

—Perfecto. Entonces convocaré a todos los trabajadores para pasado mañana a las doce.

—Con respecto a la firma de moda y a la agencia de publicidad...

—Uf, con eso tengo una duda existencial.

—Uy, hijo, qué dramático te has puesto —se burló Ainoa, consiguiendo que sonriera.

—Tu chica tiene razón. Estás un poco dramático, ¿no crees? —añadió el abogado.

—Es que no os ponéis en mi lugar. No quiero tener que hacerme cargo de una empresa que no me interesa. Por mucho que trabaje como modelo, no entiendo de diseño ni de cómo gestionar una firma de moda.

—Entonces, véndela. No forma parte del legado original de tus abuelos, sino que tu padre la adquirió con los beneficios de las otras empresas, igual que hizo con la agencia.

—Pues encárgate tú de buscar un comprador, por favor. No me apetece ponerme ahora a revisar balances, valoraciones y todo lo demás.

—Conozco a la persona idónea. Lleva bastante tiempo buscando una empresa de esas características, pero hasta ahora no había encontrado ninguna.

—Entonces, prepara una valoración y preséntale una oferta justa. Del importe de la venta, descuenta tus honorarios, como siempre.

—Menos mal que confías plenamente en mí, porque, de lo contrario, cualquiera podría aprovecharse de ti.

—Una preocupación menos. Solo nos quedan la agencia y la casa.

—¿Con cuál quieres continuar?

—Con la casa. Sacaré de allí los efectos personales de mis abuelos, sus recuerdos y las joyas que legalmente me correspondan. En cuanto al edificio, quiero darle otro uso.

—Tú dirás, aunque contigo ya me espero cualquier cosa.

—Quiero constituir una fundación para ayudar a niños sin familia y a madres solteras que no tengan dónde vivir. La casa se convertirá en un hogar para ellos.

—¿En una de las urbanizaciones más exclusivas de Milán?

—No se merecen menos. Tendrán que reformar el interior y adaptar los espacios, y quiero que las obras se paguen con parte del dinero obtenido por la venta de la firma de moda.

—Valeria podría encargarse de las reformas. Ya sabes que es arquitecta —me recordó Ainoa con una sonrisa.

—No se me ocurre nadie mejor. Así que ya tenemos a la arquitecta perfecta para llevar a cabo el proyecto.

—Y, por último, la agencia de publicidad —continuó el abogado.

—En ese caso tengo las ideas todavía más claras que con la casa.

—Pues nada, ilumínanos, si eres tan amable.

—Quiero que Martín deje de estar al frente de la agencia. Revisa su contrato y encárgate de que se le abone todo lo que legalmente le corresponda.

—Tendré que estudiar su situación contractual, sobre todo porque era el antiguo propietario y pudo conservar determinadas condiciones cuando se produjo la venta, pero me encargaré de ello.

—Perfecto. Después, quiero ofrecerle la dirección general a Ainoa Montero, trasladar la sede principal de España a Milán y proponerle a Arturo Camacho que se haga cargo de la delegación española.

—Cariño, ¿estás seguro de querer hacer eso? —me preguntó Ainoa.

—Completamente. Sé que a Carlo le encanta España y que, si todavía no se ha mudado allí, es porque Arturo no terminaba de decidirse. Decía que, manteniéndolo a distancia, sufriría menos.

—Bien, pues ya tenemos una idea general. Ahora habrá que redactarlo todo formalmente y hablar con las personas implicadas antes de efectuar ningún cambio —señaló el abogado.

—Una cosita: quiero que Arturo y yo le entreguemos personalmente a Martín la comunicación de su cese —pidió Ainoa.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¿En serio? Sois muy malos, que lo sepas.

—Si en esta historia hay alguien malo, te aseguro que es él. Ha jugado con los sentimientos de mucha gente.

—En ese caso, os acompañaré, pero me mantendré en un segundo plano.

—¿Cuándo podremos hacerlo?

El abogado y yo soltamos una carcajada al mismo tiempo. Él negó con la cabeza, como si nunca se hubiera encontrado con alguien que tuviera tantas ganas de entregar una carta de despido.

—¿Tienes ganas de quitártelo de encima? Porque no se te nota nada —bromeó.

—Uy, no te lo puedes ni imaginar. Estoy a punto de enviarle yo misma un correo para comunicárselo. Si no fuera porque me muero por verle la cara, lo haría ahora mismo.

—Entonces, lo dejaré todo preparado para que podáis hacerlo en cuanto se resuelva su situación contractual.

—Será mejor que formalicemos primero los cambios administrativos y después nos ocupemos del personal. ¿Te parece? —le pregunté al abogado.

—Sí, creo que es la mejor opción.

—Mientras tanto, arreglemos lo de la casa. Me muero de ganas de que le contemos a Valeria que será la encargada del proyecto.

El abogado se despidió de nosotros después de prometer que nos mantendría informados de todos los avances y que al día siguiente me enviaría el primer borrador de la propuesta para la empresa vitivinícola.

En aquel mismo momento envié un correo corporativo a todos los trabajadores para citarlos dos días después, a las doce de la mañana, en la nave principal de la bodega.

Eran muchos y no había otro espacio en las instalaciones con capacidad suficiente para reunirlos a todos.

Tenía una idea rondándome la cabeza. Como, afortunadamente, no necesitaba aquel dinero para vivir, les concedería un año de carencia. Durante los primeros doce meses no tendrían que abonarme nada por el arrendamiento y empezarían a hacerlo a partir del segundo año, cuando la cooperativa ya estuviera asentada.

Valeria seguía viviendo en casa de Saúl, aunque las cosas entre ellos no parecían marchar demasiado bien. Chocaban muchísimo, pero yo tenía claro que se debía a que ninguno de los dos estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

Por eso, le propuse a Ainoa que fuéramos hasta allí para hablar con su amiga y pedirle que nos acompañara a ver la mansión. Necesitaba que conociera su distribución y empezara a hacerse una idea de las posibilidades que ofrecía.

Quería saber cuántas habitaciones podrían construirse sin eliminar la piscina interior, la sala de cine ni, mucho menos, la biblioteca.

Capítulo 28



Fabrizzio

Llegamos a casa de Saúl, que nos abrió la puerta con una cara de pocos amigos difícil de describir.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Esa mujer va a volverme loco en todos los sentidos, te lo juro.

—¿Qué ha hecho ahora? —le preguntó su hermana entre risas.

—Anda, entra y deja que te lo cuente ella misma —le respondió.

Ainoa no se lo pensó dos veces. Entró en la casa gritando el nombre de su amiga y buscándola por todas partes.

Al fijarme en Saúl, vi que llevaba los pantalones torcidos, el pelo revuelto y los labios manchados de carmín, por lo que no pude evitar soltar una carcajada.

—¿Se puede saber de qué coño te ríes?

—No se puede tener más arte que esa mujer.

—Sí, sí, un arte muy loco, chaval.

—No, si al que está volviendo loco es a ti.

—Ni que lo digas. Te prometo que no sé qué quiere de mí.

—Pero ¿qué ha pasado entre vosotros?

—Todo lo que puedas imaginar y más.

—Anda, dame una cerveza y cuéntamelo. Así te desahogas.

Saúl sacó dos cervezas de la nevera y fuimos hasta el jardín, donde nos sentamos a la sombra mientras las chicas charlaban en una de las habitaciones.

Mi amigo, y futuro cuñado, empezó contándome que la primera noche que pasaron en aquella casa habían dormido juntos y que pensaba que todo iba bien entre ellos.

—Hasta que llegamos a Turín y empezó a tirarle los tejos al policía que nos custodiaba.

—¡No! ¿Me lo dices en serio?

—Completamente. Cuando se lo recriminé, me soltó, y cito textualmente: «¿Te has creído que soy de tu propiedad, chaval?».

Volví a reírme porque aquella mujer era única y tenía una manera muy particular de reclamar la atención del hombre que le gustaba.

—¿Y qué le contestaste?

—¿Qué querías que le dijera? Que, en nuestra tierra, cuando dos personas tienen una relación, y salvo que hayan acordado otra cosa de antemano, se deben fidelidad.

—Me da miedo preguntarte qué te respondió.

—Al principio, nada. Se echó a reír a carcajadas mientras yo la miraba como si fuera un extraterrestre.

—Un diez para esa mujer.

—Claro, como no eres tú quien tiene que lidiar con ella...

—Oye, que tu hermana también tiene un carácter que hay que saber llevar.

—Ni la cuarta parte que Valeria, te lo digo yo.

Al final, me contó que ella le había dicho que, si quería fidelidad, ya sabía lo que tenía que hacer. Mientras su relación no fuera formal, se acostaría con quien le diera la gana.

Estábamos hablando de aquello cuando escuchamos a las chicas bajar las escaleras entre risas y bromas.

No pudimos terminar la conversación, aunque estaba claro que, antes de que llegáramos, habían vuelto a acostarse. De lo contrario, ella no habría estado arriba ni él nos habría abierto la puerta con aquellas pintas.

—Mi amiga me ha dicho que tenías que hablar conmigo —me dijo Valeria, dándome un beso en la mejilla.

—Así es. Tengo una proposición para ti.

—Como dice mi amiga Mirna: «¡Diosito, por favor, que sea una proposición indecente!».

Ainoa le dio una colleja mientras yo no podía parar de reír. Valeria era única y me lo pasaba en grande con ella.

Sabía que era la mujer ideal para mi amigo porque lo mantendría siempre alerta y no permitiría que se acomodara en una relación hasta dejar que la rutina terminara por hastiarlo.

Saúl me lanzó una mirada que, de no ser porque yo era su mejor amigo, me habría agarrado de las orejas —por no decir de los huevos— y me habría puesto de patitas en la calle.

—Lo siento, pero ese tipo de proposiciones solo se las hago a mi chica. Si quieres una, tendrás que pedírsela a este —respondí, señalando a Saúl.

—Amigo, no hace falta que des detalles sobre tu vida sexual. Por si no te has dado cuenta, tu chica resulta ser mi hermana.

—Ya ha salido el tiquismiquis que lleva dentro —dijo Valeria.

—No me hagas hablar, por favor, que quiero tener la fiesta en paz.

—Bueno, dejemos esos comentarios y dime qué tienes que proponerme.

Les conté lo que había decidido hacer con la casa de mis padres y a los dos les pareció una idea genial.

—Hay que realizar una reforma importante y quiero que seas tú quien se encargue de ella.

—¿De verdad? ¿Vas a confiar en mí?

—Por supuesto. No se me ocurre una arquitecta mejor. Eso sí, no quiero que hagas el proyecto a través de tu empresa, sino de manera particular.

—¿Y cómo se supone que voy a hacerlo?

—Podrías solicitar una excedencia por motivos personales. No quiero que el dinero se lo lleve otro, sino que el trabajo y los beneficios sean para ti.

Valeria empezó a dar saltos. Después se acercó a Saúl, le sujetó la cara con ambas manos y lo besó como si no hubiera un mañana.

—¿Has oído, amor? ¡Me quedo una temporada!

Saúl la miró con una sonrisa de absoluto enamorado, aunque él insistiera en negar que lo estaba.

—Me alegro mucho, mi vida. Pero, por favor, intenta no volverme loco durante todo el tiempo que permanezcas aquí.

—Si te molesto, no te preocupes. Me buscaré una casa para mí sola.

—Yo no he dicho eso, Valeria. Solo quiero que te aclares y me digas en calidad de qué quieres tenerme a tu lado.

—Dejemos esa conversación para más tarde. Ahora quiero conocer todos los detalles de la casa.

—Para eso será mejor que vengas con nosotros. Así podrás verla y hacerte una idea de lo que quiero.

—Saúl, ¿me acompañas? —le preguntó ella.

En cuanto lo vi levantarse para ir a cambiarse, supe que aquella mujer lo tenía comiendo de la mano y que, o se espabilaba, o terminaría perdiéndola, porque Valeria tenía muy claro lo que quería y lo que no estaba dispuesta a aceptar.

Salimos de allí cada pareja en su coche. De ese modo, si yo tardaba más de la cuenta en recoger los objetos que quería conservar, Saúl y Valeria podrían marcharse cuando terminaran.

Ella llevaba también la tableta, en la que cargaría los planos e iría anotando todas las reformas que considerara necesarias.

Cuando entramos en la mansión, el personal continuaba allí, sin saber muy bien qué hacer ni cómo actuar. Por eso, lo primero que hice fue reunirlos mientras Valeria y Ainoa empezaban a recorrer la planta baja.

—Señor Di Luca, ¿qué va a ocurrir con nosotros ahora? —me preguntó uno de ellos.

—Voy a explicaros cuáles son mis planes para esta casa. Quien quiera quedarse tendrá las puertas abiertas. A quien prefiera marcharse se le abonará todo lo que le corresponda y podrá hacerlo sin ningún problema.

Les expliqué el proyecto. Tanto la cocinera como el jardinero y una de las trabajadoras de la limpieza dijeron que querían continuar allí.

Por el contrario, las otras dos empleadas de la limpieza nos comunicaron que preferían marcharse. No estaban dispuestas, según sus propias palabras, a limpiar la suciedad que fueran dejando los niños.

Entendía que no era lo mismo encargarse de una casa habitada por dos adultos que trabajar en otra en la que vivirían varios menores.

No intenté hacerlas cambiar de opinión, aunque tenía claro que los niños colaborarían con el orden y la limpieza en la medida de sus posibilidades.

—No hay ningún problema. En cuanto termine lo que he venido a hacer, hablaré con mi asesor para que prepare vuestros finiquitos.

—¿Cuándo tendremos que marcharnos?

—No es necesario que lo hagáis hoy. Podéis organizaros con calma, pero antes de que comiencen las obras necesitaré que hayáis dejado la casa. Mañana a primera hora tendréis ingresado lo que os corresponda y recibiréis una carta de recomendación por correo electrónico.

—Muchas gracias, señor Di Luca. En ese caso, empezaremos a recoger nuestras cosas.

Algunos empleados de mis padres vivían dentro de la propiedad, en una zona destinada al personal que contaba con todas las comodidades, aunque se encontraba apartada de la vivienda principal.

Amelia, la cocinera, me miró con cierta preocupación.

—Señor, ¿nosotros también tendremos que abandonar nuestra casa? Es que...

—No, Amelia. Quienes queráis continuar trabajando aquí podréis quedaros en vuestras viviendas. Esa zona se mantendrá como está, salvo que me digáis que necesitáis alguna mejora.

—Para nada, señor. Tenemos todas las comodidades que podríamos necesitar.

—Bueno, habrá un cambio. A partir de ahora podréis utilizar la piscina exterior siempre que queráis. Ya no estará reservada únicamente para la familia.

La sonrisa que apareció en los rostros de los empleados me reconfortó más que cualquier otra cosa.

Además, les pedí que, por favor, me tutearan y se dirigieran a mí por mi nombre, no por el apellido.

Capítulo 29



Valeria me confesó que estaba loca por mi hermano, pero no quería que él creyera que la tenía comiendo de su mano. Por eso, no dudaba en hacer lo que considerara necesario para mantenerlo alerta.

Cuando me explicó que le había tirado los tejos al policía delante de Saúl, aun sabiendo que era gay, estuve a punto de tirarme al suelo de la risa.

—Hombre, si hubiera sabido que no era gay, no habría sido tan directa.

—Que no, dice la tía.

—Bueno, lo mismo me monto un sándwich con los dos. ¿Te imaginas la cara de tu hermano si le digo que quiero hacer un trío?

No podía seguir andando. Os prometo que estaba a punto de hacerme pis de la risa.

—Espera, que no puedo continuar —le dije entre carcajadas justo cuando noté que Fabri se acercaba.

—¿Qué te ha contado tu amiga para que te haga tanta gracia?

—Calla, no le digas nada, que es de la competencia.

Mi hermano se había quedado fuera observando el jardín y la piscina, por lo que no se había enterado de nada. Mi chico, que acababa de llegar, tampoco.

—Oye, que yo no soy competencia de nadie. Es mi amigo, pero...

—Y tu cuñado, amigo, que no se te olvide —añadió mi hermano al entrar en aquel momento.

—Luego te lo cuento —le dije a Fabri, agarrándome a su brazo.

—¿Has visto qué pedazo de casoplón, cariño? Yo no me veo viviendo en una casa así en la vida —le dijo Valeria a mi hermano.

—¿Cómo que no? ¿Y la que estás construyendo en mi ciudad?

—Bueno, pero esa está muy lejos.

—Podríamos venderla y buscar una aquí, en la zona que más te guste.

—¿Me lo dices de verdad?

—Completamente.

—¿Y si me dejas?

—¿Y si eres tú quien me deja a mí?

—Por favor, callaos ya, que me va a dar una subida de azúcar y no he traído la insulina —dijo Fabri, negando con la cabeza.

—Amigo, ya tengo bastante claro lo que se puede hacer en esta planta —le explicó Valeria.

—Vale, pero no quiero que desaparezca nada de lo que hay en el sótano ni la biblioteca de esta planta.

—Me lo suponía, por eso he respetado esas estancias en el plano.

—Bueno, subamos arriba. Así recogeré las cosas que quiero conservar y podremos donar el resto.

—¿Los bolsos y los modelitos de tu madre también? —le preguntó Valeria.

—Absolutamente todo. No quiero quedarme con nada de eso y, legalmente, el contenido de esta casa me pertenece, así que no podrán reclamármelo.

—Fabri...

—Venga, suéltalo. Aunque estoy seguro de que vas a sorprenderme.

—¿Puedo quedarme con algo si me gusta? Es que, con mi economía, si quiero un bolso de firma, lo único que puedo hacer es bajar al bazar de la esquina con un rotulador indeleble y pedirle al chino que me lo firme.

Solté una carcajada. Mi amiga no podía evitarlo; era graciosa por naturaleza, no porque buscara serlo.

—Anda, loca, coge lo que te dé la gana —le dijo mi chico mientras subíamos por las escaleras que conducían a la planta superior.

Empezamos, como no podía ser de otra manera, por el dormitorio de su madre. Me sorprendió muchísimo descubrir que sus padres dormían en habitaciones separadas, aunque, según Fabrizzio, siempre había sido así.

Cuando entramos en el vestidor, parecía que nos encontráramos en el almacén de una de las grandes firmas de moda.

Había absolutamente de todo: zapatos, botas, chaquetas de piel de todos los colores, vestidos para cualquier ocasión y bolsos de todos los tamaños y estilos.

—Fabri, creo que deberías preguntarle a Amelia si ella, su marido o el resto de los empleados quieren quedarse con algo de esta ropa.

—Tienes razón, no había pensado en ellos. Cuando bajemos, les diré que suban y elijan lo que quieran. Con el resto podemos organizar una venta benéfica.

—Chico, porque, si yo veo a un indigente con una chaqueta de alguna de estas firmas, te prometo que no le doy ni la hora —dijo Valeria, metiendo el dedito, como siempre.

—Por eso mismo será mejor organizar un mercadillo. En fin, pongámonos manos a la obra, que no quiero perder más tiempo.

El marido de Amelia era el jardinero de la casa. Ambos rondaban los cincuenta años, llevaban diez casados y, aunque no habían tenido hijos, parecían una de las parejas más felices que había conocido.

Fabri se dirigió hacia la zona del vestidor en la que se encontraba el joyero. Siendo sincera, pensaba que su madre se habría llevado todo lo que tuviera algún valor, pero las joyas continuaban allí.

Mi chico las guardó en una bolsa de terciopelo junto con los relojes. Después abrió un cajón que contenía cerca de cincuenta pares de gafas de sol.

—Ainoa, no hace falta que te diga que, si ves algo que te guste, puedes quedártelo. Y, por supuesto, quiero que utilices las joyas que estoy guardando.

—No, Fabri. Todo esto es tuyo y no estaría bien que yo lo utilizara.

—Precisamente porque es mío, verte llevarlo sería el mejor regalo.

Mientras hablábamos, descubrí una esquina de un sobre en el fondo del cajón.

—Fabri, ¿te has fijado en eso?

—¿En qué, mi vida?

—En el sobre que hay ahí, al fondo.

Mi chico introdujo la mano y consiguió sacarlo. Estaba pegado a la parte superior del hueco en el que encajaba el cajón, aunque parecía haberse desprendido parcialmente.

Tenía un aspecto bastante antiguo y algo me decía que podía estar relacionado con su madre. Por eso, cuando vi que se disponía a abrirlo, lo detuve.

—No lo abras ahora. Será mejor que lo hagas en casa, cuando estés tranquilo.

—¿Tú crees?

—Sí. Algo me dice que, si lo abres aquí, no podrás continuar con lo que estás haciendo.

—Tengo la misma impresión. Toma, guárdalo en tu bolso.

La zona en la que nos encontrábamos estaba separada del espacio donde se colgaba la ropa y en el que Valeria se movía como una niña en un parque de atracciones.

—Chico, esto es como si me hubiera tocado la lotería —le dijo a mi hermano, que permanecía con los brazos extendidos, cargado con toda la ropa que ella iba eligiendo.

—Me alegro de que te haga feliz —respondió mi chico entre risas.

—Claro, como no eres tú quien está sujetándolo todo —protestó Saúl.

—Espera, no te preocupes. Ahora mismo lo soluciono —le dijo Fabri antes de salir del dormitorio.

La verdad era que allí había auténticas maravillas. Una prenda en concreto llamó mi atención y me dirigí hacia ella para quitarla de la percha.

Era una chaqueta de piel roja, de una firma muy conocida, con un tacto increíble.

—Sabía que te gustaría, por eso no la he cogido —me dijo Valeria.

—Por eso y porque llevas unas veinte parecidas en todos los colores —añadió mi hermano.

Unos minutos después, Fabri regresó con una especie de carrito en el que Valeria podría ir dejando todo para que Saúl no tuviera que cargarlo.

—Fabri, ¿te importa si me quedo esta chaqueta?

—Ainoa, coge todo lo que te guste. De verdad que no me importa, sino todo lo contrario. Además, esa chaqueta se la regalé yo a mi madre durante uno de mis primeros viajes y ni siquiera llegó a estrenarla.

—Yo me he tomado tu ofrecimiento al pie de la letra. La pena es que tu madre no tenga el mismo número de pie que yo porque, de ser así, necesitaría una furgoneta para llevármelo todo —dijo Valeria.

Después pasamos al vestidor de su padre y repetimos la misma operación. En aquella ocasión no encontramos ningún sobre, sino un buen fajo de billetes escondido en el fondo de un armario.

—Esto no me gusta nada —dijo Fabri, observándolo—. Con todo lo que sabemos, podría proceder de alguno de sus negocios ilegales.

—Será mejor que no lo toquemos más de lo necesario y avisemos a Marco —le recomendé.

Mi chico asintió, fotografió el lugar exacto en el que lo habíamos encontrado y llamó al hermano de Carlo para explicarle lo ocurrido.

—Vendrán a recogerlo y comprobarán su procedencia —me explicó después de colgar—. Yo quería darles algo a Amelia, a su marido y a Clara para agradecerles todos estos años, pero lo haré con mi propio dinero.

—Eso es un gesto muy bonito, Fabri, y dice mucho de ti.

—También me habría gustado ayudar más a las mujeres que encontraron en el avión, pero la policía y los servicios sociales se están encargando de protegerlas y buscar la mejor solución para cada una.

—Ya estás haciendo mucho por los demás, incluida yo.

—No, mi vida. Por ti todavía me queda muchísimo por hacer.

Nos dimos un beso y continuamos recogiendo las pertenencias que queríamos conservar y guardándolas en cajas.

No pudimos entrar en el despacho de su padre porque la policía se había llevado toda la documentación y los ordenadores y había precintado la estancia.

—Ya he preparado un primer plano con los cambios que me has pedido, Fabri —le dijo Valeria.

—Ven, vamos a la cocina. Quiero decirles a Amelia, a su marido y a Clara que suban y elijan lo que quieran. Después veremos todo lo que has preparado.

Llegamos a la cocina riendo por las ocurrencias de Valeria, que aseguraba que en el recibidor se podía instalar un parque de atracciones para los niños porque cabía perfectamente.

—Me alegra volver a escuchar risas en esta casa —nos dijo Amelia.

—Cuando terminen las reformas, será el sonido que más se oiga aquí. Te lo garantizo —le respondió mi chico.

—Eso espero. He preparado algo de comer porque no podéis marcharos con el estómago vacío.

—Me parece una idea fantástica, pero solo si vosotros también os sentáis a la mesa. Tenemos mucho de lo que hablar y, además, quiero daros una cosa.

—¿Nosotros? Señor...

—Fabrizzio o Fabri. El Señor está en la iglesia.

—Lo siento. Son muchos años dirigiéndome a ustedes de esa manera.

—Lo sé, pero las cosas han cambiado mucho desde entonces.

—Lo que quería decir es que nunca, durante todo el tiempo que llevamos trabajando aquí, nos hemos sentado a comer con la familia.

—Mis padres tampoco comieron jamás en la cocina, pero, como ya te he dicho, las cosas han cambiado y todavía van a cambiar más.

Nos sentamos todos a la mesa. Al principio, se mostraron bastante cortados y cohibidos, pero poco a poco fueron relajándose hasta terminar riendo con las ocurrencias de Valeria, quien aseguraba que, cuando tuviera que regresar a España, pagaría más por el equipaje que por el billete.

Cada vez que mi hermano la escuchaba hablar de marcharse, le cambiaba la expresión. Estaba claro que no quería que mi amiga regresara a España y esperaba que, después del tiempo que tardaría en completar la reforma, terminara decidiendo quedarse.

—Amelia, quiero que tú, tu marido y Clara aceptéis este dinero. Repartidlo entre los tres y utilizadlo para ir de vacaciones o daros algún capricho —dijo Fabrizzio, entregándole tres sobres que había preparado con dinero de su cuenta.

—Fabrizzio, esto es demasiado —respondió Amelia.

—Es lo que os merecéis. Ni un céntimo más ni uno menos.

—Gracias, porque con este dinero podré pagar por fin el tratamiento que necesita mi hijo —dijo Clara.

—No, Clara. Ese dinero es para ti, para que te vayas a un parque de atracciones, a la playa o adonde quieras. Del tratamiento de tu hijo hablaremos después.

—No puedo permitirlo, Fabrizzio. De verdad que no.

—Claro que puedes. Y debes. Además, quiero que subáis a los dormitorios de mis padres y elijáis toda la ropa o los objetos personales que os gusten. Con el resto podéis organizar una venta benéfica.

Capítulo 30



Fabrizzio

El plano que me mostró Valeria era una auténtica maravilla. La planta baja estaría destinada a las madres solteras y a las mujeres maltratadas, sobre todo a aquellas que llegaran con bebés.

Los niños, tanto los que fueran con sus madres como los que no tuvieran familia, se alojarían en la primera planta.

Modificando la distribución, en la planta baja podrían construirse seis habitaciones dobles, con capacidad para dos personas en cada una.

En la planta superior cabrían catorce habitaciones, todas con su propio cuarto de baño, en las que podrían dormir cuatro niños si se instalaban literas.

La biblioteca se dividiría en dos espacios. En uno colocaríamos escritorios para que los niños pudieran estudiar y hacer los deberes y, en el otro, varios sofás en los que sentarse a leer cómodamente.

Decidimos no modificar el salón. Solo retiraríamos los muebles y lo convertiríamos en un gran comedor.

El comedor actual pasaría a ser una sala de estar con sillones amplios y una televisión, donde todos pudieran disfrutar de su tiempo libre.

En el sótano conservaríamos la sala de cine, la piscina cubierta y la zona de juegos, en la que ya había un fútbolín y una mesa de billar.

Una vez distribuido y organizado todo, acordamos que Valeria se encargaría de contratar a la empresa responsable de las obras y supervisar toda la reforma.

Ainoa había elegido un par de prendas de mi padre para Arturo porque estaba convencida de que le encantarían.

Yo, sin embargo, no podía dejar de pensar en el sobre que habíamos encontrado en aquel cajón, escondido de manera que nadie pudiera descubrirlo.

En cuanto llegara a casa, lo primero que haría, después de darme una ducha que esperaba compartir con mi chica, sería abrirlo y averiguar qué contenía.

—Chicos, nos vemos mañana, porque me parece que esta noche tendré bastante trabajo organizando el vestidor para que quepa todo esto —nos dijo Saúl, negando con la cabeza.

—No hará falta, amor. Lo que no quepa podemos guardarlo en el armario de la habitación de invitados.

—Muy considerada por tu parte, sí, señora —dijo mi chica entre risas.

Cada uno subió a su coche y pusimos rumbo a nuestras respectivas casas. El maletero del mío estaba cargado de cajas, que dejaría en el trastero del jardín, salvo las joyas, los relojes y las gafas de sol.

—Vamos a darnos una ducha, anda —le propuse a Ainoa en cuanto entramos por la puerta.

—Uy, uy... Eso suena muy bien.

—Pues ya sabes lo que te espera bajo el agua.

La sujeté por la cintura y la apreté contra mí antes de besarla como más me gustaba hacerlo: sin medida y con desesperación.

La levanté agarrándola por las nalgas y, con sus piernas enroscadas alrededor de mi cintura, subí las escaleras hasta nuestra habitación y entré directamente en el cuarto de baño.

La senté sobre el mueble del lavabo y comencé a desnudarla sin dejar de besarla.

Sus pechos me volvían loco. Los liberé de la camiseta y del sujetador para lamerlos y mordisquearlos mientras ella hundía los dedos en mi pelo.

Desabroché el botón de su pantalón corto. Podría haber deslizado la mano por una de las anchas perneras, pero preferí hacerlo despacio.

Continué besando sus pechos mientras introducía la mano bajo la tela hasta alcanzar su sexo. En cuanto sintió mis dedos entre sus pliegues, se retorció de placer.

Sin embargo, quería saborearla, así que retiré la mano y le bajé el pantalón de un tirón. Ella levantó las nalgas para ayudarme y, un instante después, quedó completamente desnuda delante de mí.

Le abrí las piernas y me coloqué entre ellas para hacer lo que llevaba deseando desde que salimos de la casa de mis padres.

No necesité demasiado. Apenas la acaricié unas cuantas veces con la lengua antes de que se estremeciera y alcanzara un orgasmo que saboreé por completo.

—Esto no vale. Yo estoy desnuda y tú sigues completamente vestido.

—Estoy de acuerdo. Por eso estoy aquí, para que hagas conmigo lo que quieras.

Vi cómo se le dilataban las pupilas y cómo el deseo se reflejaba en su mirada. Aquello consiguió que me pusiera todavía más duro.

Me moría por volver a sentir su boca rodeándome y, solo con imaginarlo, mi miembro palpitó dentro del pantalón.

Ainoa me desabrochó la camisa con prisas y tiró de ella hasta quitármela. Después hizo lo mismo con el pantalón, que dejó a la altura de mis tobillos.

De un par de patadas, envié el pantalón y el bóxer a la otra punta del cuarto de baño. Ya lo recogería todo cuando saliéramos de la ducha.

Ainoa no se lo pensó. En cuanto estuve desnudo, se arrodilló delante de mí, sujetó mi miembro con una mano y recorrió con la lengua toda su longitud, desde la base hasta la punta, antes de introducirlo en su boca.

Estaba tan excitado que apenas logré contenerme unos minutos antes de derramarme entre sus labios.

Verla relamerse fue una de las imágenes más eróticas que había presenciado en mi vida, aunque no pensaba permitir que aquello terminara ahí.

La cogí de la mano y la conduje hasta la ducha. Abrí el grifo con efecto lluvia, regulé la temperatura y nos colocamos debajo.

Las gotas resbalaban por sus pechos de la manera más sensual que había visto jamás. Aquello, unido a la expresión de placer que mostraba cada vez que recorría su cuerpo con las manos llenas de jabón, consiguió que volviera a excitarme.

La empujé poco a poco contra la pared hasta que su espalda tocó los azulejos. Le levanté una pierna y la penetré de una sola embestida, provocando que soltara un grito de placer.

Continué moviéndome con fuerza en su interior hasta que un nuevo orgasmo nos alcanzó y nos dejó casi sin fuerzas.

Terminamos de ducharnos entre risas, besos y caricias y salimos de allí completamente saciados. Al menos, en mi caso.

—¿Vas a abrir el sobre? —me preguntó.

—Eso pensaba hacer en cuanto terminara de vestirme.

—¿Quieres abrirlo a solas? No te sientas obligado a hacerlo conmigo. Entendería que prefirieras estar solo.

—¿Estás loca? ¿De dónde coño has sacado eso?

—No lo sé. No quiero importunarte.

—¿Acaso, si fuera al contrario, tú no querías que estuviera a tu lado?

—No es que lo quisiera, es que te exigiría que lo estuvieras. Pero lo que yo haría no tiene por qué influir en tu decisión.

—Anda, péinate y baja. Te esperaré en el sofá para abrirlo juntos.

Bajé de nuestra habitación, porque ya no pensaba permitir que se marchara de allí, y preparé algo de picar. Ninguno de los dos tenía demasiado apetito, así que también saqué dos cervezas de la nevera.

Llevé todo hasta la mesa baja del salón y me senté en el sofá con el sobre en la mano, esperando a que Ainoa bajara.

Me quemaba entre los dedos. Antes de que se me quitaran las ganas de abrirlo, lo dejé sobre el sofá, justo a mi lado.

—Ya estoy aquí.

—Ven, siéntate conmigo y ayúdame a abrirlo, porque no me atrevo a hacerlo solo.

—Amor, tienes que saber qué contiene. Si estaba tan escondido, es porque alguien no quería que lo encontraran y puede guardar información importante.

—Eso mismo pienso yo y, precisamente por eso, me da pavor abrirlo.

—Venga, lo haremos entre los dos.

Ainoa cogió el sobre y lo abrió. Cuando vio la documentación que contenía, mientras yo todavía no me atrevía ni a mirarla, me la tendió.

—¿Qué es esto, Ainoa?

—Míralo tú mismo.

—No me atrevo.

—¿Y si te digo que ahí aparecen el nombre y el domicilio actual de tu madre biológica?

—¿Es una broma?

—Jamás bromearía con algo así. Salvo que se haya mudado durante los últimos tres meses, ahí tienes toda la información que buscabas.

Tal y como me había dicho mi chica, en aquel informe aparecían el nombre y el domicilio actual de mi madre biológica.

Todo indicaba que mi madre había encargado a alguien que investigara a Anna y la mantuviera localizada. No sabía para qué lo había hecho ni cuáles eran sus verdaderas intenciones, pero, después de todo lo descubierto, me resultaba imposible pensar que fueran buenas.

Aun así, no tenía ninguna prueba y no quería sacar conclusiones precipitadas.

Mi madre biológica se llamaba Anna Martel y vivía en Roma, en una residencia para mujeres sin recursos. Saber que se encontraba en aquella situación me dolió en el alma.

—Sé que es precipitado, pero no quiero esperar más para buscarla.

—Lo entiendo perfectamente. ¿Quieres que vaya contigo?

—Te agradecería muchísimo que lo hicieras.

—No tienes que agradecerme nada. Quiero estar a tu lado en todos los momentos de tu vida y, cuanto más importantes sean, más motivos tendré para acompañarte.

—Entonces, buscaré dos billetes de avión. No quiero que continúe en ese lugar sin saber que puedo ayudarla, siempre que ella acepte.

—Voy a avisar a mi hermano para que no se asuste si viene y no nos encuentra.

—Bien pensado. Yo me encargaré del viaje.

Cogí el portátil y, mientras Ainoa hablaba con Saúl, empecé a organizarlo todo.

Al revisar el correo, recordé que, debido a la campaña, ya teníamos previsto viajar a Roma al día siguiente y que tanto los billetes como el hotel estaban reservados. Solo tuve que confirmarlo todo.

También reservé una habitación adicional por si Anna aceptaba alojarse cerca de nosotros unos días. No quería presionarla ni dar por hecho que se marcharía conmigo a Milán, aunque deseaba tener la oportunidad de conocerla y devolverle, en la medida de lo posible, todo lo que le habían arrebatado.

Sabía que jamás podríamos recuperar los años que nos habían robado, pero todavía nos quedaba toda una vida para conocernos y querernos.

—Mi hermano dice que te lo tomes con calma, que eres capaz de abordar a la pobre mujer por la calle y asustarla —me contó Ainoa.

—Tan bruto no soy, aunque no te negaré que ganas no me faltan.

Por suerte, el informe incluía una fotografía reciente de Anna, por lo que podría reconocerla si me cruzaba con ella.

Nuestro hotel estaba cerca del Mausoleo de Augusto y, a su vez, a poca distancia de la residencia en la que vivía.

Los nervios me devoraban. Sabía que Anna había sido engañada y que había vivido creyendo que su bebé había muerto, pero ignoraba cómo reaccionaría al descubrir que yo estaba vivo y aparecía de repente ante ella.

Nuestro vuelo salía a las siete de la mañana, así que tendríamos que levantarnos a las cinco si no queríamos perderlo.

—Anda, vamos a la cama. No paras de mirar el reloj y, por mucho que lo hagas, el tiempo no avanzará más deprisa.

—Lo sé, pero parece que los minutos no pasan.

—A ver si, durmiendo, consigues que la espera se te haga más corta.

—Dudo mucho que logre conciliar el sueño.

—Ve subiendo. Voy a prepararte una infusión relajante y verás cómo te sienta bien.

Subí a nuestra habitación, me lavé los dientes y me metí en la cama. Sabía que la noche sería larga, pero esperaba descansar al menos un rato.

Unos minutos después, Ainoa apareció con una taza humeante. Hacía un calor de mil demonios para tomar una bebida caliente, pero decidí no decir nada.

Me entregó la taza y entró en el cuarto de baño, de donde salió un buen rato después. Al mirarla, una sonrisa se dibujó en mis labios.

—No me mires así, que estoy agotada.

—No sé mirarte de otra manera.

—Ya te digo yo que sí.

Capítulo 31

Fabrizio

Tal y como había asegurado mi chica, aquella infusión me dejó de lo más relajado y me ayudó a conciliar el sueño enseguida.

Aunque antes volvimos a hacer el amor, porque a nosotros no nos hacía falta demasiado para encendernos y, en aquella ocasión, bastó una simple mirada por mi parte.

A pesar de que dormí como un bebé, cuando sonó el despertador ya llevaba un buen rato despierto. No me ocurrió como a Ainoa y me levanté a la primera, sin ningún esfuerzo.

Como ya teníamos confirmados los billetes y la reserva del hotel, solo tuvimos que vestirnos y recoger las maletas, que habíamos dejado preparadas junto a la puerta de salida.

Me di una ducha rápida y, en aquella ocasión, lo hice solo, porque, si Ainoa se metía conmigo, perderíamos el avión con total seguridad.

Mientras ella se duchaba y se vestía, bajé a preparar un poco de café para ayudarla a mantener los ojos abiertos.

Era cierto que el vuelo sería corto, pero, aun así, la ponía de los nervios. Ella insistía en que no tenía fobia a volar, sino miedo, aunque lo único que yo sabía era que no le gustaba absolutamente nada subirse a un avión.

—¿Está todo listo?

—Podemos marcharnos cuando quieras.

—Toma, bébete esto, anda, que te veo durmiéndote durante el trayecto.

—Ojalá, pero no creo que los nervios me lo permitan.

Ainoa se bebió el café como si fuera un vaso de agua, cogió su maleta y salió de casa mientras yo comprobaba que todo estuviera apagado y cerraba la puerta con llave.

Cuando salí, el taxi que habíamos reservado ya nos esperaba para llevarnos al aeropuerto, donde tomaríamos el vuelo que me acercaría hasta mi madre.

Durante el trayecto en avión no dejé de mover una pierna. No sabía si Anna querría verme ni cómo reaccionaría al descubrir quién era yo. Tampoco sabía si tendría que cancelar todo lo que había preparado pensando en ella.

—Si sigues moviendo la pierna de esa manera, terminarás haciendo un agujero en el suelo del avión.

—Estoy nervioso.

—¡No me digas! Desde luego, si no llegas a decírmelo, ni me habría dado cuenta.

—Muy graciosa la niña.

Ainoa soltó una carcajada justo cuando el comandante nos pidió que colocáramos los respaldos en posición vertical y nos abrocháramos los cinturones porque estábamos a punto de aterrizar.

—Te has salvado porque tenemos que ponernos los cinturones.

—¿Qué me estás contando, chaval? Si no te lo has desabrochado desde que salimos de Milán.

Bajé la mirada y comprobé que tenía razón. Ni siquiera me había dado cuenta.

Por favor, qué vergüenza. Parecía la primera vez que me subía a un avión, cuando me pasaba media vida volando de un trabajo a otro y había recorrido medio mundo.

Por suerte, nadie se había fijado. Como solo llevábamos equipaje de mano, tampoco tuvimos que esperar para recoger las maletas y pudimos salir directamente del aeropuerto.

Tomamos un taxi en la misma puerta y nos dirigimos al hotel. Sabía que quizá fuera demasiado temprano para presentarnos en la residencia o que Anna podría no encontrarse allí en ese momento, pero estaba tan nervioso que no podía pensar en ir a ningún otro lugar.

—Venga, deja la maleta y vámonos, que estamos muy cerca.

—Eso mismo pensaba decirte, aunque, si quieres descansar un rato, puedo ir solo.

—Solo me quedaría aquí si tú me lo pidieras porque necesitaras tener ese primer encuentro a solas con tu madre.

—Ni muerto te pediría algo así. Te quiero y te necesito a mi lado.

—Entonces, vamos. Podemos aprovechar e invitarla a desayunar.

—Si acepta verme, créeme que no solo desayunaremos con ella.

—Ya verás como sí. En cuanto sepa quién eres, estoy segura de que querrá conocerte.

Salimos del hotel y, al doblar la esquina de la calle en la que se encontraba la residencia, os prometo que me temblaban hasta las pestañas.

Entramos en la recepción, donde una chica bastante joven atendía a las personas que acudían a pedir información, entre ellas una señora que estaba hablando con ella.

Cuando terminó, se dirigió a nosotros.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles?

—Buenos días. Estamos buscando a Anna Martel, una residente de este centro.

—Tendré que preguntarle si quiere y puede atenderlos. ¿A quién anuncio?

¿Qué debía decirle? ¿Le daba mi nombre real, le explicaba que era el hijo que le habían robado o me inventaba una identidad?

Por suerte, Ainoa percibió mis dudas y respondió por mí.

—Dígale que soy Ainoa Montero y que necesito hablar con ella sobre un asunto personal relacionado con su pasado.

—Un momento, por favor. La avisaré enseguida.

La chica cogió el teléfono, pero no tuvo tiempo de marcar. En aquel instante vi a una mujer que avanzaba por el pasillo situado frente a nosotros.

Era ella.

Anna también me vio y se quedó paralizada. El terror que apareció en su mirada me dejó sin saber qué hacer ni qué decir.

—Dios mío... Giovanni —murmuró, llevándose una mano al pecho.

—No. Soy Fabrizzio, pero me gustaría hablar con usted.

—Si te ha enviado tu padre, porque no tengo ninguna duda de que eres su hijo, dile que ya me ha hecho bastante daño y que me deje en paz.

—Mi padre no me ha enviado. He venido por mi cuenta.

—Anna, por favor, dele la oportunidad de explicarle por qué está aquí —le pidió Ainoa.

—Está bien, pero, si descubro que esto es algún tipo de encerrona de ese hombre, me marcharé.

—Te prometo por mi vida que no lo es.

Salimos de la residencia y nos sentamos en la primera cafetería que encontramos. Mi madre me observaba con una mezcla de curiosidad y miedo que no podía ocultar.

—No sé por dónde empezar...

—Cariño, empieza por el principio. Cuéntale lo que has descubierto y deja que después ella te explique su versión —me animó Ainoa.

—Antes necesito preguntarte algo y espero que no te ofenda.

—Chaval, a estas alturas de mi vida ya quedan pocas cosas capaces de ofenderme.

—¿Tuviste un hijo con mi padre?

—Sí. Y lo peor que hice fue contárselo. Estoy segura de que me engañó desde el principio y de que nunca quiso ayudarme. Solo pretendía quitar de en medio a mi hijo para quedarse contigo.

—Es cierto que no hizo nada de corazón, te lo aseguro, pero...

No fui capaz de continuar. No encontraba las palabras adecuadas, os lo prometo. Menos mal que Ainoa estaba conmigo porque, de lo contrario, quizá me habría marchado sin contarle la verdad.

—Señora Martel... —Empezó a decir mi chica.

—Anna, por favor. Lo de señora Martel suena a una importancia que yo no tengo.

—La llamaré Anna, pero no vuelva a decir algo así. Usted sí es importante, mucho más que otras personas.

—Hija, no tengo a nadie. Soy como un cero a la izquierda.

—Sí tienes a alguien —intervine, incapaz de seguir callado—. Me tienes a mí, porque soy tu hijo.

Anna me miró sin saber qué decir mientras las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas.

—Tu hijo no murió —continuó Ainoa—. El bebé al que escuchaste llorar era Fabrizzio, pero te hicieron creer que había fallecido.

—Entonces, ¿el niño que murió fue el de Sabrina?

—Sabrina nunca estuvo embarazada. Todo fue una mentira para que tú te marcharas y no pudieras recuperar al niño al que ellos criaron como si fuera su hijo biológico —le explicó mi chica.

—Dios mío... No podéis imaginar cuánto tiempo llevo soñando con este momento. ¿Puedo darte un beso? —me preguntó mi madre.

—Uno, no. Mil, si es lo que te apetece.

A aquellas alturas ya llorábamos los tres a moco tendido. Nada de un par de lágrimas discretas por cortesía o compromiso.

El primer abrazo y el primer beso de mi madre me supieron a gloria. No sabría cómo describir lo que sentí, pero comprendí al instante que no quería volver a separarme de ella.

Anna nos contó que mi padre le había asegurado que su hijo había muerto. Según él, para evitar que el supuesto bebé de Sabrina le recordara constantemente su pérdida si se cruzaban algún día, le entregaría una buena suma de dinero con la que podría empezar de cero en otra ciudad.

—No me dio una mierda. Lo único que hizo fue comprarme un billete para Roma y entregarme el equivalente a mil euros.

—No se puede ser más cabrón.

—Desde entonces he trabajado en todo lo que he podido, pero nunca he ganado lo suficiente para vivir con cierta tranquilidad. Por eso terminé en esa residencia. La otra opción era quedarme en la calle.

—Eso se terminó, Anna. Quiero que te vengas con nosotros.

—No puedo, hijo. Vosotros tenéis vuestra vida y yo no quiero ser una carga para nadie, mucho menos tener que volver a ver a tu padre.

—No tendrás que verlo y jamás serás una carga para nadie.

Le conté todo lo que había sucedido con mi padre y cómo mi ilusión era que se viniera con nosotros y fuera ella la encargada de dirigir el hogar que estábamos a punto de abrir.

Capítulo 32



Aquella mujer era un encanto y guapísima, a pesar del sufrimiento que se reflejaba en su rostro.

Estaba completamente segura de que, en cuanto pasara por una buena peluquería, se vistiera con ropa de su talla y comenzara una nueva vida junto a nosotros, cambiaría por completo.

—Vamos, recoge las cosas que de verdad quieras llevarte y despídete de tus compañeras, porque pienso comprarte absolutamente de todo y te vienes con nosotros —le dijo su hijo.

—De verdad que no quiero ser un estorbo. Aquí estoy bien, tengo un techo, un plato de comida y...

—Con nosotros estarás muchísimo mejor, te lo aseguro.

—Si anoche, cuando me acosté, me hubieran dicho que mi vida iba a cambiar de esta manera al levantarme, habría pensado que tenían que cambiar de camello.

Soltamos una carcajada, aunque la suya fue distinta. No es que nosotros nos riéramos por compromiso, ni mucho menos, pero se notaba a la legua que aquella mujer no estaba acostumbrada a reír.

Regresamos a la residencia y Anna nos pidió que subiéramos con ella, pues quería presentarnos a las personas que habían sido sus principales apoyos durante aquellos años.

—Buenos días, Desi —saludó a la chica de recepción.

—Buenos días, Anna. ¿Todo bien?

—Todo perfecto, cariño. Quería comunicarte que dejo mi habitación desde este mismo momento para que aviséis a la siguiente persona de la lista.

—¿Y eso? ¿Estás segura? Ten en cuenta que, una vez que la dejes, volverás al final de la lista.

—A ella no va a hacerle falta nunca más, se lo aseguro —intervino Fabri.

La chica nos miró como si estuviéramos locos y no pude evitar que una sonrisa apareciera en mis labios.

—Desi, ellos son mi hijo y mi nuera. Por fin me han encontrado y se ha hecho justicia.

—No nos habías dicho que tuvieras un hijo.

—Es una historia muy larga, pero ya te la contaré algún día. Ahora no quiero hacerlos esperar demasiado.

—Bueno, si tú estás feliz, como parece, me alegro mucho por ti.

—Sí que lo estoy. Más feliz que nunca.

Recorrimos el pasillo por el que Anna había aparecido antes y subimos por una angosta escalera hasta el primer piso.

Sacó una llave que llevaba colgada al cuello y abrió una puerta, dándonos paso a una pequeña habitación en la que apenas había una cama, un armario y una mesita de noche.

En uno de los laterales se encontraba un aseo diminuto, con una ducha que parecía de juguete, un retrete y un lavabo con espejo.

La habitación entera habría cabido en el baño de invitados de la casa de mi chico y, os prometo, que todavía habría sobrado espacio.

—No es muy grande, pero para mí ha sido como un palacio.

—Ahora vivirás muchísimo mejor, te lo aseguro, mamá —dijo Fabrizio.

Anna giró rápidamente la cabeza hacia mi chico, que se había puesto rojo como un tomate.

La palabra le había salido de manera automática, sin pensar, y eso fue precisamente lo que hizo que sonara tan genuina.

—Lo siento, yo...

—Acabas de hacerme la mujer más feliz del mundo. Jamás pensé que escucharía esa palabra dirigida a mí.

—¿No te ha molestado? De verdad, si no estás acostumbrada o prefieres que te llame por tu nombre, no tengo ningún inconveniente.

—¿Cómo va a molestarme? Todo lo contrario. Ya te lo he dicho, para mí es un sueño hecho realidad.

Mi chico se acercó a ella, la abrazó y le dio un beso en la cabeza. Después, Anna se secó las lágrimas y empezó a recoger sus cosas.

Sacó del armario una mochila bastante vieja y gastada que, dicho sea de paso, había conocido tiempos mejores.

Guardó en ella un teléfono móvil de la era de los dinosaurios y el libro que tenía sobre la mesita de noche. Cuando se dirigió hacia el armario para coger ropa, la detuve.

—No metas nada de eso, Anna. Ni siquiera es de tu talla.

—Es la ropa que nos dan aquí. No puedo permitirme el lujo de rechazarla.

—Ya, mamá, pero eso pertenece al pasado. A partir de ahora, tu vida ha cambiado y no vas a necesitarla.

—Entonces, dejadme llamar a mis dos mejores amigas para que vengan y se la repartan.

—Perfecto. Nosotros iremos de compras ahora mismo.

Anna salió de la habitación para buscar a sus amigas y yo aproveché para acercarme a Fabri.

—¿Estás contento?

—No te lo puedes ni imaginar.

—Esa mujer ha sufrido muchísimo, no hay más que verla, pero ha tenido mucha suerte de que decidieras buscarla.

—No. La suerte la he tenido yo por encontrarla y por haber podido hacerlo contigo de la mano.

Me giré y me puse de puntillas para besarlo en los labios. No es que yo fuera bajita, sino que aquel hombre era demasiado alto.

Así nos encontraron Anna y sus amigas, que nos observaban con una mezcla de asombro e incredulidad.

—Jessica, Marlene, ellos son Fabrizzio y Ainoa, mi hijo y mi nuera.

—Encantada —les dije con una sonrisa, al igual que Fabrizzio.

Eran dos mujeres de unos cincuenta años, guapísimas, aunque en sus rostros y sus manos se reflejaba el peso de todo lo que la vida las había obligado a soportar.

—Chicas, os dejo todas mis cosas para que os las repartáis entre las dos —les anunció Anna.

—Loca, ¿y tú cómo vas a vestirte? —le preguntó Jessica.

—No tendrá que preocuparse por eso. Yo me encargaré de que no vuelva a carecer de nada —respondió Fabri.

—Anna, sé que lo que voy a preguntarte es difícil de responder, pero... ¿estás segura de lo que estás haciendo? —preguntó Marlene.

—Al cien por cien.

—Mira que, tal y como está la vida, estás confiando demasiado en alguien a quien solo conoces por las revistas y los anuncios.

—Eso. Por muchas gafas de sol y mucha gorra que lleves, sabemos quién eres, y los famosos sois muy viciosos —añadió Jessica.

No pude evitar soltar una carcajada porque lo dijo con un tono que parecía sacado de una película de la mafia.

—Solo intento esconderme de algunas admiradoras que pueden llegar a ponerse un poco pesadas. Es más, voy a dejaros mi número de teléfono por si alguna vez necesitáis algo —les aseguró Fabri.

—Claro, como si fueras a responder a dos indigentes como nosotras...

—Por supuesto que responderé. Además, tengo una propuesta para vosotras, aunque será para dentro de unos meses, porque todavía no hemos comenzado las reformas.

Fabrizio les ofreció trabajar en la casa de acogida y ambas aceptaron de inmediato.

Me aparté un poco con él mientras ellas comentaban la propuesta entre sí. Quería decirle algo sin que pudieran escucharnos y mi chico comprendió enseguida lo que se me había ocurrido.

—Fabri, tu madre va a vivir en la casa de invitados, ¿verdad?

—Ya sé lo que vas a pedirme y me parece una idea fantástica. Ahora mismo se lo diré.

—Harás muy feliz no solo a tu madre, sino también a ellas. Conseguirás que las tres dejen atrás una vida de mierda.

—Señoras, voy a proponeros otra cosa. Eso sí, antes necesito que me aseguréis que no consumís ningún tipo de droga ni tenéis problemas con el alcohol.

—Hombre, alguna cervecita nos bebemos de vez en cuando, sobre todo cuando podemos permitirnosla —respondió Jessica.

—Como todo el mundo. Eso no me preocupa.

—Hijo, ya te he dicho que no tenemos ni para comprar una barra de pan, así que resulta prácticamente imposible que consumamos nada de eso —añadió Anna.

—Yo perdí a mi marido por culpa de las drogas y, con él, se me fue toda mi vida. Así que no quiero verlas ni de lejos —aseguró Marlene.

—Entonces, recoged vuestros efectos personales, pero no os preocupéis por la ropa, porque nos vamos de compras.

—¿Adónde vamos? Todavía no nos has explicado nada —preguntó Jessica.

—Perdonad, me he emocionado con la propuesta y no he terminado de contároslo.

Fabri les explicó sus planes y las tres terminaron llorando de emoción y abrazadas como si les hubiera tocado la lotería.

—Chicas, lo primero que vamos a hacer es irnos las cuatro a la peluquería para que nos pongan todavía más guapas.

—Uy, hace por lo menos veinte años que no voy a una peluquería —dijo Jessica.

—Pues anda que yo... Creo que la última vez que fui todavía te alisaban el pelo con una plancha de la ropa —añadió Marlene.

Al final se llevaron muy pocas cosas, por no decir prácticamente ninguna, pero lo que sí lucían era una sonrisa que no tenía precio.

Antes de dejar atrás aquella etapa de sus vidas, las tres entregaron las llaves en recepción y explicaron lo que había sucedido y por qué se marchaban juntas.

Desi se alegró muchísimo por ellas y se despidió de las tres con una enorme sonrisa.

Capítulo 33



Ese mismo día, en cuanto salimos de la residencia, nos dirigimos a la peluquería del hotel. Allí nos cortaron el pelo y, además, a ellas les hicieron un tratamiento de hidratación, tinte o mechas, según lo que quiso cada una, además de un tratamiento facial, manicura y pedicura.

Después subimos a las habitaciones, donde Fabrizzio ya se había encargado de pedir a la firma de ropa que todavía era de su propiedad tres pedidos enormes, en los que había de todo: ropa interior, pijamas, bañadores y prendas para salir.

Como os podéis imaginar, las tres se volvieron locas de alegría y aseguraron que mi chico no había encontrado una madre, sino tres.

Parecían mujeres completamente distintas de las que habían salido de aquella residencia apenas unas horas antes.

Fabri también les había comprado tres teléfonos de última generación para que dejaran de utilizar los suyos, que debió de vendérselos Pedro Picapiedra.

Después regresamos todos a Milán y, mientras ellas se quedaban allí, nosotros tomamos un vuelo directo a España acompañados por Arturo y Carlo. Había llegado el momento de enfrentarnos a Martín.

Aquel ser miserable seguía enviándonos mensajes intimidatorios, tanto a Arturo como a mí, en los que nos advertía que, si no nos incorporábamos de inmediato, nos despediría sin darnos ni un céntimo de indemnización.

—Me muero de ganas de verle la cara cuando le entregues la carta de despido —dijo Arturo.

—Pues yo tengo todavía más ganas de vérsela cuando te vea feliz y de la mano de Carlo —respondí entre risas.

—Pobrecito, hoy le van a dar por todos lados.

—Amigo, quería decirte una cosa.

—Tú dirás.

—Quiero que os quedéis en mi casa. No veo normal que os vayáis a casa de tus padres cuando la mía va a quedarse cerrada.

—¿Me lo dices en serio?

—Por supuesto. Hoy prepararé mis cosas y las de Valeria en cajas para enviarlas por mensajería. Después podréis disponer de la casa como queráis.

—Bueno, antes tendremos que fijar un precio de alquiler, porque no vamos a vivir de gorra.

—De eso nada. Además, así me la cuidáis y evitáis que se meta alguien.

—Bueno, bueno, de ese asunto ya hablaremos.

Durante los días que pasaríamos en España, viviríamos los cuatro en mi casa. Después, Fabri y yo regresaríamos a Milán, mientras que Arturo y Carlo se quedarían allí.

Dejamos el poco equipaje que llevábamos y nos dirigimos directamente a la agencia.

Iba nerviosa, aunque no por lo que pudiera suceder, sino por las ganas que tenía de bajarle los humos a aquel idiota y también a su secretaria, a la que pensaba despedir.

Mi chico me había dado plena libertad para hacer y deshacer lo que considerara oportuno en la agencia, pues para eso era yo quien llevaría las riendas de manera legal.

Fabrizzio ya había terminado de tramitar toda la documentación relacionada con la herencia y, gracias a las pruebas encontradas, la acusación por estafa se había sumado a todas las que ya acumulaban sus padres.

—Buenos días, Manuel. ¿Está Martín arriba? —le pregunté al chico que se encontraba de turno en la recepción.

—Sí, acaba de subir, pero te advierto que hoy no viene de muy buen humor.

—Uy, pues peor se va a poner en cuanto hable con él.

—Entonces, que Dios nos coja confesados, porque todos pagaremos el pato.

—No te preocupes, porque las cosas van a cambiar muchísimo a partir de ahora —le aseguré Arturo con una sonrisa.

Subimos en el ascensor y pulsamos el botón de la planta en la que se encontraba su despacho.

Ni siquiera saludé a la estúpida de la secretaria. Me dirigí directamente hacia la puerta y la abrí de manera un tanto abrupta.

—¿Quién te crees que eres para entrar en mi despacho de esa manera? —me preguntó Martín, enfadado.

—Señor, no me ha dado tiempo a detenerla —dijo ella, muy apurada.

—Contigo hablaré después. —Le ladró.

—No, no, quédate. Así te enteras tú también, porque a este no le va a dar tiempo a contarte nada.

—Me parece que te estás atribuyendo unas responsabilidades que no te corresponden —me dijo con una sonrisa, como si todavía fuera el dueño absoluto de todo.

Cuando levantó la mirada y vio a Arturo de la mano de Carlo, su expresión cambió por completo y la furia apareció en sus ojos.

Me lo estaba pasando pipa. No vayáis a pensar que tengo tan mal corazón, pero a la gente mala solo pueden pasarle cosas malas y yo era la portadora de una de ellas.

—Para empezar, ve recogiendo tus cosas, porque estás despedida. Ahora mismo llamaré a Recursos Humanos para que preparen tu finiquito. Y, por supuesto, no cojas nada que no te pertenezca, porque no me temblará la mano a la hora de denunciarte.

—¿Qué hago? ¿Se lo digo ya o dejo que siga haciendo el ridículo? —le pregunté a Fabrizzio.

—Amor, lo que te apetezca.

—¿Qué ocurre? ¿Ahora vas a decirme que no te despido yo, sino que eres tú quien se marcha? Pues dilo, que así nos ahorrarás un buen pico —me soltó Martín con chulería.

—No. El que va a recoger sus cosas vas a ser tú y te largarás de aquí cagando leches, acompañado de tu secretaria, por supuesto —le respondí mientras ponía las dos cartas de despido sobre la mesa.

—¿Qué coño es esto, Ainoa?

—Sabía que eras cortito, pero no imaginaba que tanto.

—Déjate de tonterías y dime de una puta vez qué significa esto — me exigió a gritos.

En aquel momento intervino Fabrizzio.

—Para empezar, baja el tono de voz, porque no voy a consentir que le hables así a mi mujer.

—Bueno, el que faltaba. Ahora resulta que un modelo de pacotilla va a decirme cómo puedo o no hablarles a mis empleados.

—No soy un modelo de pacotilla. Soy uno de los modelos internacionales más importantes y, además, el propietario de esta agencia. Fíjate tú.

Martín se puso blanco de repente. Sabía que había metido la pata hasta la altura de la oreja e intentó disculparse.

—Lo siento, señor Di Luca, pero todo esto me está sobrepasando.

—Pues la situación es muy sencilla —intervine—. A partir de ahora, la directora general de la agencia soy yo. He decidido que no me gusta tu manera de trabajar y, por ese motivo, estás despedido.

—No puedes hacerme esto, Ainoa. Arturo, di algo, por favor.

—Claro que voy a decir algo: recoge tus cosas y márchate, porque tengo que ocupar mi nuevo despacho —le respondió Arturo.

Aquello fue el detonante.

En el despacho se armó la de San Quintín, hasta el punto de que tuvo que intervenir el personal de seguridad para sacar a Martín de allí, pues se negaba a marcharse y lo estaba haciendo de la peor manera posible.

Todavía quedaba la secretaria, que nos miraba con los ojos anegados en lágrimas, pero me daba exactamente igual.

Cuando veía llorar a mi amigo porque sabía que Martín se había acostado con ella, lo observaba con una sonrisa maliciosa y ahora iba a pagar bastante caro aquel comportamiento.

Al final, ambos salieron de allí y eso era lo único que importaba.

Carlo, que quería abandonar su carrera como modelo, nos explicó que le gustaría quedarse a trabajar en la agencia.

—Chico, no se me ocurre un puesto mejor para ti que el de secretario de tu pareja. ¿Qué te parece?

—A mí me parece una idea fantástica, siempre que alguien me enseñe lo que tengo que hacer. Aunque en su momento estudié Administración, supongo que todo se habrá actualizado bastante.

—No te preocupes por eso. Te matricularé en un curso de actualización profesional —le aseguró mi chico.

Reunimos a todos en la sala de juntas para explicarles los cambios, que los empleados recibieron de muy buen grado, puesto que ya estaban hasta las narices de Martín y de sus órdenes.

Todos conocían a Arturo y sabían cómo le gustaba trabajar. Jamás levantaba la voz y prefería dialogar antes que ponerse a gritar.

Nos despedimos y Arturo les comunicó que se incorporaría al día siguiente. Les pidió que continuaran con sus tareas y que, si surgía algún problema, lo llamaran al móvil.

Después de terminar con todo aquello, nos fuimos a comer. Quería que mi chico probara algo de nuestra gastronomía y conociera mi ciudad, pues nunca la había visitado.

Estábamos comiendo cuando sonó mi teléfono. Al ver que era Valeria, no dudé en responder.

—Dime, amor de mis amores.

—Ay, amiga, ¿qué he hecho?

—¿Qué te pasa?

—Estoy embarazada y ahora no sé cómo decírselo a tu hermano.

—Pues ¿cómo vas a decírselo? Con la boca, hija, porque no creo que quieras contárselo por WhatsApp.

—Estás muy graciosa tú, ¿no?

—Tranquilízate, que mi hermano no te va a comer.

—No, si ese es el problema, que ya me ha comido.

Solté una carcajada sin poder evitarlo. Ella siempre se tomaba las cosas con el mismo humor, aunque yo sabía que no llegaría la sangre al río, porque mi hermano estaría encantado con la noticia.

Epílogo



Ya habían pasado siete años desde que estuvimos en España para despedir a Martín y que Arturo ocupara su lugar. Durante ese tiempo, todo había cambiado muchísimo, aunque de la mejor manera posible.

No os impacientéis, que ahora mismo os lo cuento todo. Tan solo tengo que decidir por dónde empezar.

¡Ya lo tengo! Empezaré por el padre de Fabrizzio y compañía.

La que durante toda su vida había sido oficialmente la madre de mi marido —porque sí, nos habíamos casado, aunque todavía no he llegado a esa parte— seguía en la cárcel.

Le habían caído un buen puñado de años de condena porque, además de todo lo que ya sabíamos, la policía descubrió mucho más, pero eso ahora no viene al caso.

No habíamos vuelto a ver a ninguno de los dos, aunque a Giovanni ya resultaba imposible hacerlo porque no se encontraba en este mundo. Tan solo esperaba que se estuviera pudriendo en el infierno.

Durante su estancia en la cárcel, continuó siendo el mismo prepotente de siempre, incapaz de comprender que las condiciones de su vida habían cambiado.

Por eso, durante una revuelta, alguien lo hirió de gravedad y murió unos días después en un hospital de Milán.

Lo sucedido nunca llegó a aclararse del todo, pues en los mentideros se decía que la puñalada no había sido tan grave, pero que alguien aprovechó su estancia en el hospital para terminar con su vida.

Lo cierto era que a nosotros nos daba exactamente igual. Ni siquiera fuimos a verlo porque queríamos que ambos permanecieran completamente apartados de nosotros y de nuestras vidas.

De Sabrina no sabíamos nada más que seguía en la cárcel y que, cuando saliera de allí dentro de veinte años, tendría una orden de alejamiento que le impediría acercarse a nosotros.

Mi marido consiguió cumplir su sueño y la casa de acogida se inauguró diez meses después. Amelia continuaba como cocinera; su marido seguía encargándose del jardín; y Clara, Jessica y Marlene formaban parte del equipo de limpieza.

La responsable de que todo funcionara a la perfección era mi suegra, Anna, que ejercía como directora.

En el centro vivían catorce menores. Tres de ellos estaban allí con sus madres y otros cinco eran bebés, también acompañados por las suyas, por lo que había ocho madres en total.

Esas ocho mujeres, además de Anna y el resto de las trabajadoras, ejercían también de madres para los demás chicos, que parecían de lo más felices allí.

Cada vez que aparecíamos por la casa, nos recibían de la misma manera: Jessica y Marlene nos comían a besos y aseguraban que, gracias a nosotros, habían vuelto a confiar en las personas.

Anna, mi suegra, había encontrado de nuevo el amor. Lo hizo en uno de los hombres que trabajaban en Servicios Sociales. Se llamaba Ramón y era un encanto.

No se habían casado porque ninguno de los dos quería hacerlo. Decían que no necesitaban ningún documento que confirmara que estaban enamorados y a mí me parecía fantástico.

Y ahora vamos con nuestros amigos, que seguían siendo tan felices como siempre.

Valeria le contó a mi hermano aquel mismo día que estaba embarazada y el pobre Saúl llegó incluso a perder el conocimiento por la impresión.

Después de aquel episodio, que nosotros le recordábamos siempre que teníamos ocasión, se volvió loco de alegría, tal y como cabía esperar.

Se casaron dos años después, cuando mis sobrinos tenían poco más de un año y Valeria ya había recuperado su figura, como ella misma decía.

Sí, sí, habéis leído bien: he hablado en plural porque Valeria tuvo gemelos. Dos niños físicamente idénticos a mi hermano, pero con el carácter de mi amiga, que volvían completamente loco a su padre.

Se llamaban Thiago y Fabrizzio y nosotros éramos sus padrinos.

Continuaban viviendo en Milán, aunque ya no en la misma casa. Tal y como habían hablado en su momento, terminaron la que habían empezado a construir en España, pero la vendieron y compraron otra más grande en la ciudad en la que vivíamos todos.

Saúl seguía trabajando en la misma empresa y mi amiga abrió su propio despacho de arquitectura. Después de la reforma de la casa de acogida, recibió tal aluvión de trabajo que tuvo que contratar a dos personas más.

Mi hermano llamó a mis padres cuando nacieron los niños para comunicarles que se habían convertido en abuelos, pero su respuesta dejó muy claro lo que pensaban.

Le dijeron que ellos no podían tener nietos porque no tenían hijos y colgaron. Aquella fue la última vez que supimos de ellos.

Arturo y Carlo continuaban juntos y viviendo en España. El día de su boda puse la casa a su nombre y ese fue mi regalo, mientras que mi marido les obsequió con el viaje de luna de miel.

Se habían casado el año anterior y ahora estaban en la lista de espera para adoptar a dos hermanos: un niño de dos años y una niña de tres, de quienes se habían enamorado nada más conocerlos.

Todos esperábamos que Adrián e Indira, que así se llamaban, no tardaran demasiado en llegar a su casa, aunque podían visitarlos con frecuencia porque eran dos de los niños que vivían en nuestra casa de acogida.

Y ahora nos toca el turno a nosotros.

Fabrizzio y yo seguíamos tan enamorados como el primer día y no habíamos perdido la pasión que nos caracterizaba, aunque ahora dispusiéramos de mucho menos tiempo.

Os estaréis preguntando el motivo de esa falta de tiempo y no, no era el trabajo, aunque también influía.

Nos casamos dos años después, en una boda conjunta con mi hermano y Valeria. Al fin y al cabo, teníamos la misma lista de invitados y nos parecía una tontería celebrar una boda primero y otra después.

La ceremonia tuvo lugar en los jardines de la casa de acogida, con todos los niños como invitados especiales, además de nuestros amigos y algunos compañeros de trabajo.

No fue una de aquellas bodas multitudinarias porque ninguno de nosotros quería convertirla en un espectáculo que terminara apareciendo en la prensa.

Aquella noche, cuando por fin estuvimos solos en el hotel en el que pasaríamos nuestra primera noche como matrimonio, le conté a mi marido que estaba embarazada.

Podéis imaginar cómo reaccionó. Lloró, rio a carcajadas y terminó besándome como si le fuera la vida en ello.

Y sí, yo también tuve un embarazo múltiple, aunque en nuestro caso fueron mellizos: un niño y una niña que ya tenían cuatro años y se llamaban Oliver y Anna.

Pero la cosa no terminó ahí, pues dos años después volví a quedarme embarazada. En aquella ocasión fue un niño, que tenía poco más de un año y se llamaba Saúl, como mi hermano.

Precisamente mi hermano fue quien se encargó de investigar de dónde procedían los embarazos múltiples de nuestra familia. Al parecer, nuestra abuela había tenido gemelos, así que nos había tocado a nosotros continuar con la saga.

Yo seguía al frente de la agencia, aunque ahora compartía la dirección con mi marido. Fabrizzio había dejado el modelaje y, como no quería quedarse en casa de brazos cruzados, acordamos que se incorporara para ayudarme a llevarla.

En aquel momento nos estábamos arreglando porque teníamos que acudir a una gala de publicidad. Nos habían concedido un premio, no a nosotros, sino a la agencia.

—Mami, qué guapa estás —me dijo mi hija Anna.

—Gracias, cariño. Tú también estás preciosa.

—Mamita, ¿podemos quedarnos el fin de semana con la abuela y los niños? —preguntó Oliver.

—Anda, mami, te prometemos que vamos a ser buenos. Además, los primos también pasarán allí el fin de semana —insistió Anna.

Miré a mi marido, que alzó las cejas como si aquella fuera la oportunidad perfecta para perdernos los dos solos.

No es que nuestros hijos nos molestaran, ni muchísimo menos, pero también nos gustaba pasar tiempo a solas y disfrutar de momentos de intimidad que, con los niños en casa, resultaban mucho más complicados.

—Está bien. Papá hablará ahora con la abuela para preguntarle si puede quedarse con vosotros o tiene otros planes.

—No hace falta. Ya se lo hemos preguntado nosotros.

—¿Cómo?

—La abuela ha llamado a tu móvil para saber si tardábamos mucho y se lo hemos preguntado. Nos ha dicho que Ramón y ella están encantados de que pasemos allí el fin de semana.

—Así que no hace falta que la llaméis —añadió Oliver—. Además, ya hemos preparado nuestras mochilas. De Saúl no hemos cogido nada porque la abuela tiene allí todo lo que necesita.

—Jovencita, ¿cuántas veces tengo que deciros que no contestéis a mis llamadas? ¿Y si hubiera llamado alguien del trabajo?

—No, mami. Leímos que era la abuela quien llamaba.

—¿Desde cuándo sabéis vosotros leer?

—Desde que nos enseñó Marlene, pero eso no es lo importante.

—Eso, venga, vamos, que al final llegaréis tarde —añadió Oliver.

Mi marido me miró intentando contener la risa. Menudos dos personajes teníamos en casa.

—Cariño, ¿eres feliz? —me preguntó.

—La mujer más feliz del mundo.

—Gracias por cruzarte en mi camino.

—Fabri, tan solo me hicieron falta dos anuncios para conquistarte.

Reímos juntos mientras salíamos de casa, pero, antes de subir al coche, no pudimos resistirnos a darnos un beso. Uno que reflejaba todo lo que todavía nos quedaba por vivir juntos.

Puedes encontrarme en:

Facebook: [Martina Leiva](#)

Instagram: [@martina.leiva.escritora](#)
